

LAS RAÍCES DEL MUNDO SOCIAL

Teorías que explican la sociedad



ISBN: 978-9907-0-0564-6

2025

Rommel
Coba

Fernando
Rea

Fernanda
Ocampo

Sheila
Rangel

LAS RAÍCES DEL MUNDO SOCIAL: TEORÍAS QUE EXPLICAN LA SOCIEDAD

AUTORES:

ROMMEL SEBASTIÁN COBA TORRES

FERNANDO FREDI REA GARCIA

GABRIELA FERNANDA OCAMPO VALLE

SHEILA JANET RANGEL GÓMEZ



Este libro ha sido debidamente examinado y valorado en la modalidad doble par ciego con fin de garantizar la calidad científica.

©Grupo Editorial BLR
Universidad Estatal de Bolívar
Riobamba – Ecuador
Correo: publicaciones@grupobl.com
<https://grupobl.com/libros-investig>
REPOSITORIO



Coba, R., Rea, F., Ocampo, G., Rangel, S. (2025) Las raíces del mundo social: teorías que explican la sociedad. Grupo Editorial BLR.

© Rommel Sebastián Coba Torres
Fernando Fredi Rea García
Gabriela Fernanda Ocampo Valle
Sheila Janet Rangel Gómez

ISBN: 978-9907-0-0564-6

El copyright promueve la libertad de expresión, protege la diversidad de ideas y conocimiento, además apoya la libre expresión. Se prohíbe de manera rigurosa la producción o el almacenamiento de esta publicación, ya sea en su totalidad o en parte, está estrictamente prohibido por ley, incluyendo el diseño de la portada, así como su difusión a través de cualquiera de sus medios, ya sean electrónicos, mecánicos, ópticos, de grabación o incluso de fotocopia, sin permiso de los propietarios de los derechos de autor.

FILIACIONES DE LOS AUTORES

Rommel Sebastián Coba Torres

Universidad Estatal de Bolívar

Correo Electrónico: rcoba@ueb.edu.ec

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-7142-2847>

Fernando Fredi Rea Garcia

Universidad Estatal de Bolívar

Correo Electrónico: frea@ueb.edu.ec

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-9800-56648>

Gabriela Fernanda Ocampo Valle

Universidad Estatal de Bolívar

Correo Electrónico: gabriela.ocampo@ueb.edu.ec

ORCID: <https://orcid.org/0009-0003-1829-1811>

Sheila Janet Rangel Gómez

Universidad Estatal de Bolívar

Correo Electrónico: srangel@ueb.edu.ec

ORCID: <https://orcid.org/0000-0002-4476-8201>



ÍNDICE

ÍNDICE.....	i
-------------	---

CAPÍTULO I.....	9
-----------------	---

1 ¿QUÉ ES LA SOCIOLOGÍA? IMAGINAR LO SOCIAL

1.1 La sociología como ciencia social.....	9
1.2 El objeto y método de la sociología	15
1.3 La imaginación sociológica (C. Wright Mills).....	20
1.4 La sociología y la vida cotidiana	25
1.5 Peter L. Berger: La construcción social de la realidad.....	31
1.6 La mirada sociológica: De lo personal a lo estructural	36

CAPÍTULO II	41
-------------------	----

2 LOS ORÍGENES DEL PENSAMIENTO SOCIOLOGICO **41**

2.1 Contexto histórico: Modernidad e industrialización	41
2.2 Precursores de la sociología: Filosofía social (Hobbes, Rousseau, Saint-Simon)	46
2.3 Auguste Comte y el positivismo	50
2.4 Herbert Spencer y el organicismo social.....	55

2.5	Karl Marx: Conflicto, clase y cambio social	58
2.6	Harriet Martineau y la primera sociología empírica	62
2.7	Ibn Jaldún y los orígenes no occidentales de la sociología ...	67
CAPÍTULO III		71
3	SOCIOLOGÍA CLÁSICA (1850–1920)	71
3.1	Émile Durkheim: Los hechos sociales y la cohesión	71
3.2	Max Weber: Acción social, racionalidad y tipos ideales	75
3.3	Georg Simmel: Formas de interacción y vida urbana	80
3.4	W.E.B. Du Bois: Raza, desigualdad y doble conciencia.....	84
3.5	Charlotte Perkins Gilman: Economía doméstica y género....	89
3.6	William G. Sumner: Normas, folkways y mores	93
3.7	El concepto de rol social y estructura social	97
CAPÍTULO IV.....		102
4	TEORÍAS MODERNAS Y PARADIGMAS DEL SIGLO XX	102
4.1	Escuela de Chicago: El interaccionismo simbólico (Mead, Cooley, Park).....	102
4.2	Funcionalismo estructural (Parsons, Merton)	106

4.3	Talcott Parsons y el sistema social	107
4.4	Robert K. Merton y las funciones manifiestas y latentes	109
4.5	Aportes y críticas.....	110
4.6	Teoría del conflicto (Dahrendorf, Wright Mills).....	111
4.7	Teoría crítica (Horkheimer, Adorno, Marcuse, Habermas)	116
4.8	Sociología del conocimiento (Berger y Luckmann).....	121
4.9	El enfoque fenomenológico y la vida cotidiana	126
CAPÍTULO V		132
5	TEORÍAS CONTEMPORÁNEAS Y NUEVOS ENFOQUES.....	132
5.1	Pierre Bourdieu: Habitus, campo y capital simbólico.....	132
5.1.1	Habitus.....	132
5.1.2	Campo	133
5.1.3	Capital simbólico.....	133
5.1.4	Críticas y aportes	134
5.2	Anthony Giddens: Estructuración y reflexividad.....	134
5.2.1	Teoría de la estructuración	135
5.2.2	Reflexividad	135

5.2.3	Aplicaciones contemporáneas	136
5.2.4	Críticas y aportes	136
5.3	Michel Foucault: Poder, discurso y biopolítica.....	137
5.3.1	Poder y saber	137
5.3.2	Discurso.....	138
5.3.3	Biopolítica	138
5.3.4	Críticas y aportes	138
5.4	Zygmunt Bauman: Modernidad líquida y consumo.....	139
5.4.1	Modernidad líquida	139
5.4.2	Consumo y cultura.....	140
5.4.3	Riesgos y precariedad.....	140
5.4.4	Críticas y aportes	141
5.5	Judith Butler: Performatividad e identidad	141
5.5.1	Performatividad	142
5.5.2	Identidad y normatividad.....	142
5.5.3	Subversión y agencia.....	142
5.5.4	Críticas y aportes	143

5.6	Patricia Hill Collins: Conocimiento situado e interseccionalidad.....	144
5.6.1	Conocimiento situado.....	144
5.6.2	Interseccionalidad.....	144
5.6.3	Aplicaciones contemporáneas	145
5.6.4	Críticas y aportes	145
5.7	Mark Fisher: Realismo capitalista y deseo postcapitalista ..	146
5.7.1	Realismo capitalista.....	146
5.7.2	Deseo postcapitalista	147
5.7.3	Aplicaciones contemporáneas	147
5.7.4	Críticas y aportes	148
CAPÍTULO VI.....		149
6	PERSPECTIVAS NO OCCIDENTALES Y DEL SUR GLOBAL.....	149
6.1	Orlando Fals Borda: Investigación acción participativa	149
6.2	Aníbal Quijano: Colonialidad del poder	151
6.3	Boaventura de Sousa Santos: Epistemologías del Sur	154

6.4	Raewyn Connell: Sociologías del Sur y conocimiento situado	157
6.5	Silvia Rivera Cusicanqui: Descolonización y pensamiento andino	160
6.6	Syed Hussein Alatas: Crítica a la sociología eurocéntrica ..	162
CAPÍTULO VII		166
7	CONCEPTOS FUNDAMENTALES PARA IMAGINAR LO SOCIAL	166
7.1	Hecho social y norma	166
7.2	Socialización primaria y secundaria.....	166
7.2.1	Socialización primaria	167
7.2.2	Socialización secundaria	167
7.2.3	Interrelación entre socialización primaria y secundaria	168
7.2.4	Relevancia sociológica	168
7.2.5	La estructura social.....	169
7.2.6	La agencia individual	169
7.2.7	La teoría de la estructuración	170
7.2.8	Familia.....	171

7.2.9	Educación	171
7.2.10	Religión	172
7.2.11	Economía.....	172
7.2.12	Política.....	172
7.3	Cultura, valores, normas y sanciones	173
7.3.1	Valores.....	173
7.3.2	Normas	174
7.3.3	Sanciones.....	174
7.3.4	Interrelación entre cultura, valores, normas y sanciones.....	174
7.4	Identidad, rol y estatus.....	175
7.4.1	Identidad.....	175
7.4.2	Rol	175
7.4.3	Estatus	176
7.4.4	Interrelación entre identidad, rol y estatus	176
7.5	Ideología y hegemonía	176
7.5.1	Ideología.....	177
7.5.2	Hegemonía.....	177

7.6	Globalización y cambio social	178
7.6.1	Globalización económica, cultural y política	179
7.6.2	Cambio social	179
BIBLIOGRAFÍA		181

CAPÍTULO I

1 ¿QUÉ ES LA SOCIOLOGÍA? IMAGINAR LO SOCIAL

1.1 La sociología como ciencia social

La sociología es la ciencia que estudia de manera sistemática, objetiva y crítica los fenómenos sociales. Su propósito fundamental es comprender las formas en que los individuos y los grupos se relacionan, cómo surgen las instituciones y de qué modo se transforman las estructuras sociales. Desde sus orígenes en el siglo XIX, la sociología se ha consolidado como una de las principales ciencias sociales, buscando explicar las causas y consecuencias de la vida en sociedad. Según Durkheim (1895), la sociología “tiene por objeto el estudio de los hechos sociales, es decir, de las maneras de actuar, pensar y sentir exteriores al individuo y dotadas de un poder de coerción” (p. 42). Esta definición marcó el punto de partida para concebir la vida social como una realidad propia, susceptible de ser analizada con métodos científicos.

La sociología surge en un ambiente de cambios históricos en la Revolución Industrial, la urbanización, el avance del capitalismo y la secularización alteraron de manera brusca la vida cotidiana por lo cual este escenario, los pensadores sociales intentaron comprender las nuevas dinámicas que emergían en la modernidad. Según Karl Marx (1867) señaló que la estructura económica constituye la base sobre la cual se levantan las instituciones políticas, jurídicas e ideológicas y que “la historia de todas las sociedades hasta nuestros días es la historia de la lucha de clases” (p. 15). Con esta visión la sociología se enfocó en

examinar como las relaciones de producción las cuales influyen en la estructura de organización social.

Por su parte, Max Weber (1922) concibió la sociología como una ciencia comprensiva que busca interpretar el sentido subjetivo de la acción social. Para Weber, “la sociología es una ciencia que pretende entender, interpretando, la acción social para explicarla causalmente en su desarrollo y efectos” (p. 4). De este modo, introdujo la dimensión del significado y de la intención en el estudio de los fenómenos sociales, resaltando que las conductas humanas no pueden comprenderse sin atender a los valores, las creencias y los motivos de quienes las ejecutan.

Por lo tanto, Émile Durkheim defendía la necesidad de tratar los hechos sociales “como cosas”, es decir, considerarlas realidades objetivas e independientes de la voluntad de cualquier persona. Su obra *Las reglas del método sociológico* (1895) sentó para llevar a cabo las bases para el análisis científico de la sociedad. En esta obra se sostiene que el investigador debe despojarse de los prejuicios y examinar los fenómenos sociales con la misma imparcialidad con la que un físico aplica los fenómenos naturales. De este modo, la sociología se consolidó como una disciplina empírica y teórica al mismo tiempo, interesada tanto en identificar regularidades sociales como en interpretar sus significados.

La sociología al igual que otras ciencias sociales —como la economía, la antropología, la psicología social o la ciencia política— se interesa por comprender la conducta social, sin embargo, se suele destacar por su enfoque en las estructuras y relaciones. Anthony Giddens (1984) plantea que “la sociología investiga las relaciones entre la acción

humana y las estructuras sociales” (p. 17). Esta conexión dialéctica implica reconocer que los individuos generan y mantienen las instituciones sociales, aunque están influenciados por ellas. Por lo tanto, la sociología facilita la comprensión de las acciones individuales adquieren sentido dentro de un entramado social más extensa.

La ciencia sociológica se fundamenta en la observación, la comparación y la interpretación usando métodos cuantitativos —tales como encuestas y estadísticas— y cualitativos —como entrevistas o estudios de caso— para evaluar la realidad social. Bourdieu (1997) señala que la sociología debe “revelar las estructuras invisibles que organizan las prácticas y representaciones de los individuos” (p. 12). Estas estructuras, denominadas *habitus*, son patrones internalizados lo cuales orientan la manera de pensar y actuar. Así, la investigación sociológica no solo describe los hechos, sino que busca explicar las causas profundas que los generan.

Una característica esencial de la sociología es su capacidad para cuestionar lo que parece evidente. Para Berger y Luckmann (1968) sostienen que “la realidad de la vida cotidiana es una construcción social es una idea potente de manera que nos da a entender que esta es casi todo lo que consideramos normal o evidente lo cual no es un hecho si no un acuerdo imparcial y persistente que hemos creando y mantenido entre todos, entonces la forma en la que nos vestimos en una entrevista, el horario de clase o incluso la idea de un título universitario vale más que la experiencia lo cual es mantenida por la interacción entre los individuos” (p. 33). Desde esta mirada, el conocimiento común —aquello que las personas consideran “natural”— es producto de procesos

históricos y culturales. El sociólogo, por tanto, debe “desnaturalizar” lo social mostrando cómo las normas, los roles o las jerarquías se construyen y se transforman. Esta actitud crítica distingue a la sociología de otras formas de conocimiento cuestionando la base misma de lo que damos por sentado es lo que separa a la sociología de cualquier otra forma de conocimientos.

A través de la historia, la sociología ha emergido con diversas corrientes teóricas que amplían su campo de estudio. El funcionalismo, liderado por autores como Talcott Parsons en 1951 se entiende a la sociedad como un sistema constituido por elementos que dependen unos de otros, buscando preservar un estado de equilibrio, por otro lado, la perspectiva del conflicto subrayando las tensiones y desigualdades que son parte integral de cada organización social. Marx y los pensadores neo marxistas argumentan que la competencia por recursos tanto económicos como simbólicos es lo que impulsan al cambio a lo largo de la historia, entre esos dos enfoques, la teoría crítica de la escuela de Frankfurt, con figuras como, Adorno y Horkheimer, trajo a la discusión el examen del poder, la cultura y la racionalidad instrumental en la era moderna.

En la actualidad, la sociología está ampliando su ámbito de investigación hacia nuevos problemas: la globalización, las diferencias de género, las crisis ecológicas, la tecnología digital y los emergentes movimientos sociales. Según Bauman (2003) sostiene que estamos en una “modernidad líquida”, la cual se caracteriza por la fragilidad de las relaciones y la inestabilidad de las identidades (p.8). Este análisis resalta la importancia de entender cómo las transformaciones económicas y culturales influyen en las interacciones, el trabajo y el

reconocimiento entre las personas. Por lo tanto, la sociología sigue siendo una herramienta crucial para entender los cambios en el mundo actual.

La relevancia de la sociología no se limita al saber teórico, sino que también abraza su uso en situaciones reales, las investigaciones sociológicas guían el desarrollo de políticas públicas, la planificación de ciudades, la educación, el sector salud y la comunicación. Wright Mills (1959) describió la "imaginación sociológica" como la habilidad para vincular vivencias personales con estructuras sociales e históricas. Reconocer, por ejemplo, que el desempleo es más que un desafío individual y que es resultado de la configuración económica, permite entender la conexión entre la manera en que las personas se perciben a sí mismas y a su entorno.

La sociología como una disciplina social, intenta unir la objetividad con la comprensión, a diferencia de las ciencias naturales que se centran en fenómenos físicos y biológicos. Esta rama de estudio involucra a individuos que piensan, sienten y actúan. Por esta razón su conocimiento es interpretativo, contextual y plural. Según Habermas, en 1981, la racionalidad social va más allá de la técnica ya que incluye comunicación y entendimiento entre personas. El análisis de los procesos sociales requiere, por lo tanto, reconocer la complejidad del lenguaje, la cultura y las dinámicas de poder.

Otro rasgo distintivo de la sociología es su vocación crítica desde su nacimiento ha cuestionado las injusticias y desigualdades presentes en la sociedad lo que para Pierre Bourdieu (1998), el sociólogo debe

“romper con las evidencias del sentido común para revelar las condiciones sociales de producción de la realidad” (p. 21). Esta postura implica un compromiso ético con la verdad y con la transformación social, en este sentido la sociología no solo describe el mundo, sino que también busca contribuir a su mejora.

La relación entre individuo y sociedad constituye el núcleo del análisis sociológico los seres humanos no existen aislados, sino inmersos en redes de interdependencia. Según Norbert Elias (1987) describe esta condición como una “figuración social”, donde cada persona depende de otras para sobrevivir y desarrollarse (p. 45), al comprender estas interconexiones permite identificar cómo las acciones individuales tienen consecuencias colectivas, así como en la sociología muestra que la libertad humana solo puede ejercerse en relación con los demás.

La sociología como ciencia social se ocupa de estudiar las causas, los significados y las consecuencias de la vida en sociedad integrando métodos empíricos, teorías y análisis críticos para explicar las formas de convivencia humana lo que a través de su mirada, revela que los problemas personales son también problemas públicos y que las estructuras sociales pueden ser comprendidas y transformadas siendo su propósito no es ofrecer respuestas definitivas, sino abrir preguntas que permitan pensar de otro modo lo que parece natural en palabras de Giddens (1991), “la sociología nos enseña que la sociedad no es un destino, sino una construcción que los seres humanos pueden cambiar” (p. 27). En ese sentido, la sociología sigue siendo una herramienta indispensable para comprender y actuar en el mundo contemporáneo.

1.2 El objeto y método de la sociología

La sociología, como ciencia social, tiene un objeto de estudio específico y un método propio que la distinguen de otras disciplinas teniendo en cuenta que su objeto principal siempre va a ser la sociedad, entendida no como una entidad abstracta o una simple suma de individuos, sino como un conjunto organizado de relaciones, estructuras, normas y significados que orientan la vida colectiva. Desde sus inicios, los fundadores de la sociología buscaron delimitar con precisión qué debía estudiar esta nueva ciencia y cómo debía hacerlo.

Para Émile Durkheim (1895), el objeto de la sociología son los hechos sociales, es decir, “todas las maneras de obrar, pensar y sentir exteriores al individuo y dotadas de un poder de coerción” (p. 42). Estos hechos como las normas, las costumbres o las instituciones ejercen una fuerza sobre los individuos y configuran sus comportamientos. El individuo, aunque actúe con libertad, está condicionado por el medio social que lo rodea. La tarea del sociólogo consiste en identificar esas reglas que rigen la vida colectiva y descubrir cómo se mantienen o transforman en el tiempo.

Karl Marx (1867), en cambio, situó el objeto de la sociología en las relaciones de producción y en los conflictos que surgen de ellas. Según Marx, “no es la conciencia del hombre la que determina su ser, sino, por el contrario, su ser social el que determina su conciencia” (p. 27), con ello recalcó que las condiciones materiales la economía, la propiedad, el trabajo estructuran la vida social y las ideas que circulan en ella, desde su enfoque el comprender la sociedad implica analizar las desigualdades

entre clases y los mecanismos de explotación que sustentan el sistema capitalista.

Max Weber (1922) propuso una definición distinta, centrada en el sentido subjetivo de la acción. Para él, “la sociología es una ciencia que pretende entender, interpretando, la acción social para explicarla causalmente en su desarrollo y efectos” (p. 4), de este modo, el objeto de la sociología no es solo el comportamiento externo, sino los motivos que lo inspiran. Weber introduce la comprensión *Verstehen* como método fundamental, pues considera que los fenómenos sociales no pueden explicarse únicamente por causas externas, sino también por los significados que los individuos otorgan a sus actos.

A partir de estas perspectivas, el enfoque de la sociología puede entenderse como el estudio de las interacciones humanas en el marco de estructuras sociales. Según Giddens (1984) señala que la sociología “analiza las relaciones recíprocas entre la acción y la estructura” (p. 17), es decir, cómo las personas crean las instituciones al mismo tiempo que son moldeadas por ellas, la sociedad desde esta óptica no es algo fijo, sino un proceso dinámico que se construye continuamente mediante la práctica social.

En cuanto a su método, la sociología adopta procedimientos científicos que buscan garantizar la objetividad, la verificación y la coherencia teórica. Sin embargo, el carácter de su objeto ‘‘la vida social’’ exige una metodología flexible, que combine la explicación causal con la comprensión del sentido. Durkheim (1895) propuso aplicar al estudio de la sociedad los mismos principios que rigen las ciencias naturales:

observación, clasificación y comparación la cual se recomendaba “tratar los hechos sociales como cosas” (p. 45), es decir, analizarlos como realidades objetivas e independientes de las opiniones personales del investigador. Su método se apoya en la estadística, la comparación entre grupos y el estudio de regularidades colectivas.

Weber, en cambio, desarrolló el método comprensivo, orientado a interpretar los significados subjetivos considerando que, mientras las ciencias naturales buscan explicar fenómenos a partir de leyes universales, las ciencias sociales deben comprender las acciones humanas desde dentro. Por ello introdujo la noción de tipo ideal, un modelo conceptual que permite comparar los comportamientos reales con un esquema analítico construido racionalmente. Así, la sociología no solo explica las causas externas de los hechos, sino que interpreta los sentidos que los actores les atribuyen.

A lo largo del siglo XX, distintos autores complementaron ambas perspectivas. Parsons (1951) intentó integrar la explicación objetiva de Durkheim con la comprensión subjetiva de Weber en una teoría general de la acción social. Sostenía que toda sociedad necesita satisfacer ciertas funciones —como la adaptación, la integración o el mantenimiento de valores— para conservar su equilibrio. Por su parte, Bourdieu (1997) propuso una síntesis metodológica entre la objetividad estructural y la subjetividad de las prácticas. Según él, “la sociología debe situarse en la intersección entre las estructuras objetivas y las disposiciones subjetivas, comprendidas como *habitus*” (p. 21).

La diversidad metodológica de la sociología se refleja en la variedad de técnicas que utiliza, los métodos cuantitativos como encuestas, censos o análisis estadísticos permiten observar tendencias generales y establecer correlaciones entre variables, por otro lado, los métodos cualitativos como entrevistas, grupos focales o etnografías profundizan en los significados, experiencias y contextos particulares, ya que, ambos enfoques son complementarios: la cuantificación ayuda a medir la magnitud de los fenómenos, mientras que la interpretación permite entender su sentido social.

Berger y Luckmann (1968) destacan que el método sociológico implica también reflexividad, es decir, reconocer que el investigador forma parte del mundo que estudia. “El sociólogo no puede situarse fuera de la sociedad; su mirada crítica nace de estar inmerso en ella” (p. 11). Este principio obliga a revisar los supuestos y prejuicios que pueden distorsionar la observación con esto la sociología, en consecuencia, no solo aplica métodos, sino que reflexiona sobre sus propias condiciones de conocimiento.

La elección del método depende del objeto y del problema de investigación lo cual en estudios sobre estructuras económicas o demográficas suelen predominar los métodos estadísticos; como en investigaciones sobre cultura, identidad o poder, los enfoques cualitativos suelen ser más adecuados. Giddens (1991) sostiene que la sociología “debe combinar la explicación científica con la interpretación hermenéutica para comprender la complejidad del mundo social” (p. 27), este pluralismo metodológico refleja la riqueza y la amplitud de su campo de estudio el método sociológico también implica una actitud

crítica frente a la realidad. Habermas (1981) subraya que la ciencia social no debe limitarse a describir, sino también a emancipar, promoviendo la comprensión y el cambio social (p. 56). En este sentido, la sociología no es una ciencia neutral: su tarea es hacer visible lo oculto, revelar las estructuras de poder y las desigualdades que atraviesan la vida cotidiana. Al analizar cómo se construyen las normas, los valores y las jerarquías, el método sociológico contribuye a la transformación de la sociedad.

Bauman (2003) recuerda que el conocimiento sociológico requiere sensibilidad histórica: “la sociedad cambia constantemente y lo que hoy parece permanente mañana puede desaparecer” (p. 12). Por ello, el método sociológico debe adaptarse a nuevas realidades como la globalización, la digitalización o la crisis ambiental sin perder su rigor analítico. La observación de los fenómenos contemporáneos exige herramientas flexibles que integren teoría, evidencia y reflexión crítica siendo este el objeto de la sociología lo que es conocido como la vida social en toda su diversidad: las instituciones, las interacciones, las estructuras y los significados que configuran la existencia colectiva, sus métodos, por su parte, combina la explicación objetiva con la comprensión subjetiva, articulando diversas estrategias de investigación como ciencia, la sociología busca establecer un conocimiento sistemático, verificable y crítico sobre la sociedad. En palabras de Wright Mills (1959), “el sociólogo debe relacionar los problemas personales con las estructuras públicas” (p. 14), reconociendo que los hechos individuales son expresión de procesos sociales más amplios.

De esta manera, el enfoque en el que la técnica sociológica se refuerza mutuamente al investigar la sociedad teniendo en cuenta las circunstancias estructurales como las interpretaciones que generan los individuos, la sociología, al combinar estas dos perspectivas, proporciona una visión completa del ámbito social y sigue siendo una disciplina fundamental para estudiar y modificar la realidad actual.

1.3 La imaginación sociológica (C. Wright Mills)

La sociología, como ciencia social, tiene entre sus principales tareas revelar las conexiones ocultas entre las experiencias personales y las estructuras sociales. Esta capacidad de vincular lo individual con lo colectivo fue denominada por C. Wright Mills como imaginación sociológica. En su célebre obra *La imaginación sociológica* (1959), el autor define esta facultad como la aptitud para comprender la relación entre la biografía personal y la historia de la humanidad, mostrando cómo los problemas individuales están enraizados en las transformaciones estructurales de la sociedad. Según Mills (1959), “la imaginación sociológica permite comprender la historia y la biografía y las relaciones entre ambas dentro de la sociedad” (p. 14).

Para Mills, el pensamiento sociológico no consiste solo en acumular datos o teorías, sino en desarrollar una mirada crítica que revele las fuerzas sociales que influyen en la vida de las personas, la imaginación sociológica se opone a la visión limitada del sentido común que interpreta los hechos sociales como producto exclusivo de la voluntad individual, en cambio esta perspectiva enseña que los destinos personales están profundamente condicionados por las instituciones, los

sistemas económicos, la cultura y el momento histórico; Por ejemplo, el desempleo, la pobreza o la inseguridad laboral no pueden explicarse únicamente como fallas personales, sino como consecuencias de estructuras económicas y políticas que trascienden al individuo.

La imaginación sociológica combina tres dimensiones del conocimiento: la historia, la biografía y la estructura social, la historia permite situar los procesos individuales en el contexto de los cambios colectivos; la biografía remite a las experiencias personales y a la trayectoria vital de cada sujeto y la estructura social refiere a las instituciones, normas y relaciones de poder que organizan la vida colectiva, solo integrando estos tres niveles se logra comprender de manera completa un fenómeno social. Mills (1959) afirma que “el hombre no puede entenderse a sí mismo si no comprende la historia, y no puede entender la historia si no comprende su lugar en ella” (p. 20).

El objetivo de Mills era recuperar la función crítica y transformadora de la sociología en un contexto dominado por el positivismo y el funcionalismo criticó duramente la sociología estadounidense de su época a la que acusó de haberse vuelto excesivamente técnica y deshumanizada considerando que muchos sociólogos se limitaban a producir investigaciones fragmentarias, sin cuestionar las estructuras de poder que condicionaban la vida social.

Frente a ello propuso un pensamiento que uniera el análisis científico con la reflexión ética y política, la imaginación sociológica, por tanto, no solo busca explicar el mundo, probablemente también el comprenderlo para transformarlo por lo cual esta propuesta de Mills se

relaciona con la necesidad de que el investigador mantenga una conciencia crítica frente a la sociedad, por lo tanto, su tarea no consiste únicamente en describir hechos, sino en comprender los procesos que los originan y las consecuencias que producen. El sociólogo debe ser capaz de ir más allá de las apariencias, cuestionando las explicaciones simplistas. En palabras de Berger (1963), “la sociología es una forma particular de conciencia, una invitación a mirar detrás de los escenarios de la vida social” (p. 21). De este modo, la imaginación sociológica coincide con la idea de que el conocimiento sociológico implica una actitud de sospecha ante lo que parece natural o evidente.

La imaginación sociológica también se articula con la propuesta de Giddens (1991), quien subraya la relación dinámica entre la acción individual y la estructura social. Para Giddens, “los seres humanos son a la vez productores y producto de la sociedad” (p. 35). Esta idea complementa la visión de Mills al destacar que las personas no solo están condicionadas por las estructuras, sino que también las reproducen o transforman mediante sus acciones. La utopía sociológica, en este sentido, no implica resignación ante los determinismos sociales, sino comprensión de los mecanismos que permiten cambiarlos.

En el pensamiento de Mills, la sociología tiene la responsabilidad de vincular el conocimiento científico con los problemas públicos siendo las dificultades personales como el desempleo, la ansiedad o la precariedad son en realidad, síntomas de disfunciones estructurales que requieren soluciones colectivas entonces esta concepción se opone a la tendencia moderna a privatizar los problemas, trasladando la responsabilidad del fracaso social al individuo. Según Mills (1959)

advierte que “la primera tarea de la imaginación sociológica es traducir los problemas personales en cuestiones públicas” (p. 23). De esta manera, el sociólogo actúa como mediador entre la experiencia individual y la conciencia colectiva.

Desde esta perspectiva, la imaginación sociológica posee un valor pedagógico y emancipador, enseñando a las personas a reconocer las conexiones entre su vida cotidiana y las fuerzas históricas que las afectan. Berger y Luckmann (1968) plantean que “la realidad social es una construcción humana mantenida por la interacción” (p. 33). Comprender esa construcción es el primer paso para modificarla, por eso, el conocimiento sociológico no solo amplía la comprensión del mundo, sino que fortalece la capacidad crítica de los ciudadanos frente a las estructuras que los oprimen.

La sociología contemporánea ha retomado la noción de imaginación sociológica para interpretar los desafíos actuales. Bauman (2003) sostiene que en la “modernidad líquida” las biografías se vuelven inciertas y frágiles, pues las instituciones ya no ofrecen seguridad ni estabilidad, en este contexto la imaginación sociológica se vuelve aún más necesaria, porque ayuda a comprender cómo los problemas de precariedad, identidad o aislamiento se relacionan con los cambios estructurales del capitalismo global, el miedo al desempleo, la presión del consumo o la inestabilidad emocional son síntomas de una sociedad que ha disuelto muchos de sus vínculos tradicionales.

Mills no concebía la imaginación sociológica como una habilidad exclusiva de los académicos, sino como una forma de pensamiento que

toda persona puede desarrollar lo cual su intención era democratizar el conocimiento sociológico invitando a los individuos a reflexionar sobre su posición en el mundo. Esta visión coincide con la de Giddens (1991), quien afirma que “una sociedad reflexiva es aquella en la que los individuos pueden examinar las condiciones sociales de su propia existencia”. En ese sentido la sociología cumple una función liberadora al brindar herramientas para comprender los vínculos entre experiencia personal y estructura social.

La práctica de la imaginación sociológica requiere sensibilidad histórica y rigor analítico supone reconocer que cada fenómeno social es producto de procesos históricos acumulativos y que las experiencias individuales solo pueden entenderse a la luz de esos procesos. También exige distancia crítica, es decir, la capacidad de observar los hechos sin quedar atrapado en las propias emociones o prejuicios. El sociólogo debe aprender a mirar su propia sociedad como si fuera extraña, para poder descubrir sus mecanismos invisibles esta actitud, que Berger (1963) denomina “desconcierto sociológico”, permite observar la realidad cotidiana desde nuevas perspectivas.

La creatividad sociológica, en última instancia proporciona una opción frente a la división de saber contemporánea en un tiempo en el que hay demasiado contenido, pero por falta de comprensión, la sociología facilita la conexión de información en contextos interpretativos más globales. Según Giddens (1984) Menciona que el propósito de la teoría es conectar las experiencias individuales pequeñas con las grandes estructuras sociales debido a esta conexión entre lo pequeño y lo grande es en efecto el núcleo de la creatividad sociológica.

En la actualidad en un entorno repleto de incertidumbre y las complicaciones, la imaginación sociológica se mantiene como una herramienta esencial facilitando el reconocimiento de cómo los fenómenos globales como la tecnología y la migración o el cambio climático impactan en la vida diaria modificando comportamientos, principios y vínculos. Según Bauman (2003) Señala que “Existir en una modernidad líquida demanda entender que la estabilidad es la excepción, no la norma” por lo tanto, en ese contexto la sociología proporciona una guía para navegar a través de las transformaciones continuas de la época.

La imaginación sociológica de C. Wright Mills invita a pensar críticamente la relación entre el individuo y la sociedad, dando a conocer que los problemas personales son reflejo de procesos estructurales y que la comprensión de estos vínculos es el primer paso hacia la acción consciente. Esta se complementa por las reflexiones de Giddens, Berger y Bauman, esta noción se mantiene vigente como una de las bases de la sociología contemporánea. A través de ella, el pensamiento sociológico renueva su compromiso con la comprensión y la transformación del mundo.

1.4 La sociología y la vida cotidiana

La sociología encuentra su sentido más profundo en la observación de la vida cotidiana, lo que las personas hacen, piensan, sienten y dicen en su día a día constituye el punto de partida para comprender la organización social en su conjunto, la vida cotidiana no es un espacio trivial ni meramente rutinario; es el escenario donde se reproducen las estructuras sociales donde se manifiestan los valores, las normas y los

significados que dan forma a la sociedad. Según Peter L. Berger y Thomas Luckmann (1968) señalaron que “la realidad de la vida cotidiana se presenta como un mundo que se da por supuesto, pero que se construye socialmente”. Esta afirmación revela el núcleo del pensamiento sociológico lo que parece natural o inevitable es en realidad, producto de interacciones y acuerdos colectivos, la vida cotidiana está formada por prácticas, roles y rituales, aunque parezcan insignificantes, sostienen la estabilidad del orden social ; cada saludo, cada norma de cortesía, cada hábito de consumo o expresión emocional encierra significados que reflejan la cultura de una sociedad. Para Erving Goffman (1959) utilizó la metáfora teatral para describir la interacción humana: los individuos actúan como si estuvieran en un escenario, representando papeles ante los demás, “toda interacción social es una representación en la que los individuos controlan las impresiones que los otros se forman de ellos”. Así, las relaciones cotidianas se rigen por códigos implícitos que los sujetos aprenden y reproducen continuamente.

Según Alfred Schutz (1974) explicó que la vida cotidiana es el ámbito del sentido común, un mundo ordenado que las personas interpretan y comparten a través del lenguaje, la sociología de la vida cotidiana permite comprender cómo las estructuras sociales se encarnan en las acciones más simples y en cada sociedad genera un conjunto de tipificaciones imágenes y categorías que permiten comprender y anticipar el comportamiento de los otros. Por otro lado, Schutz y “la tarea del sociólogo” consiste en descubrir cómo los individuos construyen sentido a partir de esas experiencias ordinarias como la vida

cotidiana, por lo tanto, no es un caos, sino un espacio organizado simbólicamente.

En este nivel micro de análisis, la sociología se convierte en una herramienta para ver lo extraordinario en lo ordinario. Anthony Giddens (1984) sostiene que “la sociedad no existe fuera de las prácticas que la producen y reproducen constantemente” o en otras palabras, la vida cotidiana es el lugar donde la estructura y la acción se entrelazan, los individuos actúan dentro de marcos sociales, pero sus acciones también contribuyen a mantener o transformar esos marcos, así que el trabajo, la familia, la educación o el ocio son espacios en los que se expresan los valores colectivos y donde se configuran las identidades sociales.

La vida cotidiana es, además, un espacio de poder. Michel de Certeau (1980) destacó que las prácticas diarias son también formas de resistencia: los sujetos reinterpretan, adaptan o transgreden las reglas impuestas en ese sentido, la vida cotidiana no solo reproduce el orden social, sino que también ofrece posibilidades de cambio. Las decisiones mínimas cómo hablar, qué vestir, qué consumir expresan estrategias mediante las cuales los individuos negocian su lugar dentro de la sociedad este enfoque permite entender que el poder no solo se ejerce desde las instituciones, sino también en los pequeños gestos y elecciones del día a día.

Para Berger (1963), la sociología enseña a “ver el extraño en lo familiar” ese contexto es precisamente el valor de analizar la vida cotidiana descubrir las estructuras que operan detrás de lo aparente cuando una persona saluda, respeta una fila o asiste a trabajar, está siguiendo

patrones sociales que sostienen la cohesión del grupo estas acciones, repetidas millones de veces, mantienen viva la estructura social. Sin embargo, al mismo tiempo, cada individuo puede reinterpretarlas y dotarlas de nuevos significados, introduciendo pequeñas transformaciones. Según Bauman (2003) aporta una mirada contemporánea al señalar que la vida cotidiana en la modernidad líquida se caracteriza por la incertidumbre y la fragmentación. “Las relaciones humanas se vuelven frágiles, temporales y fácilmente reemplazables”. En este contexto, la sociología adquiere la tarea de estudiar cómo la vida diaria se ve afectada por la globalización, la tecnología y el consumo dado a que la rutina ya no garantiza estabilidad los individuos deben adaptarse constantemente a nuevos entornos, redefiniendo sus roles y vínculos para comprender la vida cotidiana moderna implica, entonces, analizar cómo las transformaciones macroestructurales inciden en las emociones, las prácticas y las interacciones.

La cotidianidad también es un espacio donde se construyen las identidades los individuos se definen a sí mismos a través de lo que hacen todos los días; su trabajo, su modo de hablar, su vestimenta o sus gustos culturales. Pierre Bourdieu (1997) explica que las prácticas diarias están guiadas por el habitus, es decir, por esquemas de percepción y acción interiorizados a lo largo de la historia social de cada individuo. Este concepto muestra que la vida cotidiana no es una suma de actos libres, sino el resultado de disposiciones sociales aprendidas el habitus reproduce la estructura social, pero también permite su cambio gradual a través de la acción.

Desde otra perspectiva, la vida cotidiana es el lugar donde se manifiestan las desigualdades, las diferencias de clase, género, edad o etnia se expresan en los hábitos, las oportunidades y los modos de interacción. La sociología revela que detrás de las rutinas más comunes se esconden mecanismos de exclusión y jerarquización. Por ejemplo, las tareas domésticas, tradicionalmente asignadas a las mujeres, reproducen una división del trabajo basada en el género desde un enfoque sociológico permite visibilizar estas desigualdades y comprender cómo se naturalizan a través de la costumbre y la repetición.

La vida cotidiana también puede ser vista como un espacio de sentido. Schutz (1974) señalaba que, al actuar en el mundo cotidiano, las personas buscan coherencia y orientación en sus experiencias a través de la comunicación, comparten significados y construyen realidades compartidas. Berger y Luckmann (1968) agregan que esta construcción social de la realidad implica procesos de objetivación, institucionalización y legitimación: lo que en un principio es una práctica individual se convierte, con el tiempo, en una institución reconocida por todos así, ya que, lo cotidiano se transforma en historia.

La observación de la vida cotidiana requiere una actitud sociológica particular entonces el investigador debe distanciarse de sus propias rutinas para analizarlas como fenómenos sociales. Como Wright Mills (1959) propone que el sociólogo desarrolle una “imaginación sociológica”, es decir, la capacidad de conectar los problemas personales con las estructuras colectivas. Este enfoque permite comprender cómo los acontecimientos de la vida diaria reflejan procesos históricos más amplios. Por ejemplo, la ansiedad laboral o el aislamiento

urbano no son solo experiencias individuales, sino expresiones de las transformaciones económicas y culturales de la modernidad.

El estudio de la vida cotidiana combina métodos cualitativos y cuantitativos, la observación participante, las entrevistas en profundidad y los diarios personales permiten captar los significados subjetivos que los individuos atribuyen a sus acciones la estadística, en cambio, permite identificar patrones y regularidades. Ambos enfoques se complementan el primero ilumina la experiencia vivida, mientras la segunda muestra las tendencias colectivas. Giddens (1991) destaca que “la sociología debe articular la comprensión de las acciones individuales con el análisis de las estructuras globales” integrando lo micro y lo macro en un mismo horizonte teórico.

En el mundo actual, la vida cotidiana está atravesada por la tecnología y los medios de comunicación y las redes sociales, los dispositivos móviles y el flujo constante de información transforman la forma en que las personas interactúan, se representan y construyen su identidad. Bauman (2003) advierte que la digitalización ha intensificado la superficialidad de los vínculos y la exposición de la intimidad la sociología contemporánea estudia cómo la rutina digital redefine el tiempo, el trabajo, la comunicación y el ocio, afectando la experiencia cotidiana de millones de personas.

La vida cotidiana constituye el laboratorio principal de la sociología es allí donde se materializan las estructuras, se reproducen los valores y se transforman los significados, analizar lo cotidiano permite comprender la sociedad desde dentro, desde la mirada del sujeto que actúa y siente.

Como señaló Berger (1963), “la sociología nos invita a mirar más allá de lo obvio y a descubrir los mecanismos ocultos que sostienen la existencia social” estudiar la vida diaria es, en última instancia, estudiar la sociedad misma en su expresión más humana.

1.5 Peter L. Berger: La construcción social de la realidad

La sociología contemporánea debe gran parte de su comprensión del mundo cotidiano a Peter L. Berger y Thomas Luckmann, autores de *La construcción social de la realidad* (1968). Esta obra estableció un antes y un después en la reflexión social al sugerir que la realidad no es un hecho estático, sino un producto colectivo que emerge de la relación entre las personas. Berger y Luckmann sostienen que “la realidad de la vida cotidiana se presenta como un mundo intersubjetivo, compartido con otros” (1968) Es decir, lo que consideramos verdadero, natural o normal no existe por sí mismo, sino que se produce y mantiene mediante procesos sociales.

En el enfoque de Berger, la sociedad no es una estructura externa que se impone sobre el individuo, sino una realidad construida por la acción humana y al mismo tiempo, una fuerza que condiciona esa acción viéndose así la vida social se desarrolla en un movimiento circular sin embargo los seres humanos crean instituciones que con el tiempo adquieren una existencia independiente y ejercen poder sobre sus creadores y con este proceso se explica mediante tres conceptos fundamentales: externalización, objetivación e internalización.

- La externalización es el proceso por el cual los individuos expresan su actividad en el mundo, creando significados, normas

y prácticas siendo este que todo acto humano es una forma de proyectar sentido hacia fuera.

- La objetivación ocurre cuando esas creaciones se consolidan y adquieren una apariencia de realidad independiente, las instituciones, los roles o las costumbres dejan de percibirse como invenciones humanas y se consideran hechos naturales.
- Finalmente, la internalización se refiere al momento en que los individuos aprenden e incorporan esas realidades socialmente construidas, reproduciéndolas en su conducta.

En palabras de Berger y Luckmann (1968), “la sociedad es un producto humano la sociedad es una realidad objetiva “el hombre es un producto social” esta teoría constituye una síntesis entre las perspectivas objetivistas y subjetivistas de la sociología. Mientras autores como Durkheim habían concebido los hechos sociales como cosas exteriores e independientes del individuo, Berger subraya que esas “cosas” son el resultado de procesos simbólicos y comunicativos. Al mismo tiempo, evita caer en el relativismo extremo al reconocer que, una vez construidas, las instituciones ejercen una coerción real sobre las personas. Así, su propuesta logra articular la dialéctica entre individuo y sociedad: los seres humanos hacen la sociedad, pero la sociedad, a su vez, hace a los seres humanos.

El lenguaje desempeña una función crucial en la manera en que construimos nuestra realidad mediante él se configuran y comunican los significados colectivos que hacen posible la interacción social al designar las cosas significa establecer sus definiciones otorgándoles una existencia dentro de un marco simbólico, los mitos, religiones,

ideologías y ciencias representan sistemas de significado que organizan la percepción colectiva de lo que consideramos real, por tal para entender la sociedad resulta fundamental analizar como los discursos influyen en su estructura.

En este marco, la socialización es el proceso mediante el cual los individuos aprenden a habitar la realidad social. Berger y Luckmann (1968) distinguen entre socialización primaria y secundaria la primera ocurre en la infancia, cuando el individuo interioriza las normas y valores fundamentales de su cultura a través de la familia y los cuidadores. En esta etapa, la realidad se percibe como incuestionable la socialización secundaria, en cambio, tiene lugar en la adultez, cuando el sujeto asume nuevos roles como estudiante, trabajador o ciudadano y se integra en diferentes instituciones. En ambas fases, el lenguaje y la interacción juegan un papel decisivo, pues son los medios por los cuales el individuo internaliza el mundo social.

La propuesta de Berger y Luckmann también presenta el concepto de realidades simbólicas las cuales son conjuntos de creencias que validan unifican las experiencias en sociedad, estas realidades pueden ser de carácter religioso, científico, político o cultural, la validación de las instituciones se lleva a cabo a través de ellas; las reglas y funciones se fundamentan en discursos que las describen como imprescindibles o innatas, de esta forma la creación de la realidad está profundamente relacionada con el poder y como influyen en la forma en que las personas perciben el mundo.

La construcción social de la realidad implica, además, reconocer el carácter histórico del conocimiento lo que una sociedad considera verdadero cambia con el tiempo las instituciones, las normas y las creencias se transforman conforme a las condiciones materiales y culturales. Berger (1963) advierte que “toda sociedad humana es una empresa que produce un mundo”. De este modo, la sociología debe analizar cómo se generan, mantienen y modifican los significados que sustentan ese mundo desde este punto de vista se permite entender que la realidad no es universal, sino plural: cada grupo social crea sus propias interpretaciones, sus valores y su visión del orden.

La teoría de la construcción social de la realidad ofrece también una herramienta crítica si lo que consideramos natural es resultado de procesos históricos, entonces puede ser transformado. Las estructuras de género, las pautas éticas o los principios económicos no son permanentes; fueron establecidos por personas y por lo tanto son susceptibles a cambios lo que lleva a esta noción conlleva repercusiones políticas y liberadoras, ya que otorga a las personas la habilidad de desafiar las instituciones y reinventar la realidad social desde fundamentos diferentes.

Anthony Giddens (1984) Enriquece esta perspectiva a través de su noción de estructuración al señalar que las estructuras no son tanto el medio como el resultado de las prácticas sociales lo cual la sociedad en este contexto se entiende no como un conjunto de normas rígidas Sino como un proceso en constante evolución. Tanto Berger como Giddens coinciden en resaltar que los individuos no son simplemente productos

de estructura sino actores que se involucran activamente en su reproducción y transformación.

Bauman (2003) Retoma esta idea para examinar la vulnerabilidad de los significados en la modernidad fluida lo cual era caracterizada por los cambios perpetuos y la falta de certidumbre, anteriormente ofrecían sentido y estabilidad a la vida se han vuelto volátiles y efímeras (Bauman) En este contexto la construcción social de la realidad se convierte en algo más transitorio los Marcos simbólicos se multiplican y se desvanecen rápidamente forzando a los individuos a reinventarse de manera constante, la sociología, inspirada por Berger, asume el desafío de estudiar estos procesos de producción simbólica. Analizar la realidad social significa examinar los discursos, las interacciones y los mecanismos que definen lo posible y lo verdadero en cada momento histórico en este sentido, la teoría de Berger no solo describe cómo se construye el mundo, sino que invita a reflexionar sobre quiénes lo construyen, con qué fines y bajo qué relaciones de poder.

Comprender la construcción social de la realidad implica reconocer que la sociedad es un proceso permanente de creación los significados se generan, se legitiman y se transforman sin cesar, en cada conversación, en cada gesto y en cada institución se recrea el orden social. La sociología, al estudiar este proceso muestra que la realidad es una obra colectiva, una estructura de sentido sostenida por la interacción humana así como sintetiza Berger (1963), “la sociología revela que el mundo humano es un mundo hecho por los hombres y que, por tanto, puede ser cambiado por ellos”.

1.6 La mirada sociológica: De lo personal a lo estructural

La sociología invita a mirar la realidad desde una perspectiva que va más allá de lo evidente su mirada se caracteriza por descubrir las conexiones entre lo que parece individual y lo que pertenece al orden colectivo. Esta capacidad para trascender la visión común y situar los problemas personales dentro de un contexto social más amplio constituye el núcleo de la mirada sociológica. En palabras de C. Wright Mills (1959), “la imaginación sociológica nos permite comprender la historia y la biografía y las relaciones entre ambas dentro de la sociedad” permitiendo observar el mundo con una mirada sociológica es, por tanto, reconocer que la vida personal no puede entenderse sin las estructuras que la sostienen.

El punto de partida de esta mirada consiste en cuestionar la idea de que los individuos actúan de manera aislada las decisiones, los valores, las oportunidades o los miedos no surgen de la nada; son el resultado de procesos sociales e históricos que moldean las posibilidades de cada persona. Anthony Giddens (1984) explica que “la sociedad es tanto el medio como el resultado de las acciones humanas”, en este sentido, lo individual y lo estructural forman un círculo de interdependencia los sujetos producen la sociedad mediante sus prácticas cotidianas, pero esas prácticas están condicionadas por las reglas, los recursos y las instituciones preexistentes.

La mirada sociológica exige aprender a ver lo general en lo particular cada experiencia individual refleja una trama de relaciones colectivas el desempleo, la pobreza, la educación o la familia son fenómenos que,

aunque afectan a personas concretas, dependen de estructuras económicas, políticas y culturales más amplias. Berger (1963) afirmaba que “la sociología permite ver el extraño en lo familiar” (p. 23), es decir, descubrir los procesos sociales que se esconden detrás de lo que parece natural. Lo que una persona considera una decisión privada como casarse, estudiar o migrar está atravesado por normas, expectativas y condiciones sociales que influyen silenciosamente en su elección.

El desarrollo de esta mirada implica romper con el sentido común la sociología enseña que lo obvio es muchas veces, una construcción social. Durkheim (1895) insistía en que los hechos sociales deben tratarse “como cosas”, es decir, como realidades objetivas que poseen existencia propia y que ejercen una influencia sobre los individuos. La mirada sociológica observa la moral, la religión, el derecho o la educación no como productos de voluntades individuales, sino como estructuras colectivas que orientan el comportamiento con este enfoque permite comprender por qué las personas actúan de manera similar dentro de una misma cultura y cómo las normas se mantienen incluso cuando nadie las impone explícitamente.

La relación entre lo personal y lo estructural puede apreciarse en todos los ámbitos de la vida. Por ejemplo, la desigualdad económica no solo se expresa en el ingreso de las personas, sino en las oportunidades de educación, salud y participación que la estructura social distribuye de forma desigual. Marx (1867) explicó que las condiciones materiales determinan en gran medida la conciencia y las posibilidades de acción: “no es la conciencia la que determina la vida, sino la vida social la que determina la conciencia” “desde esta perspectiva, los problemas

personales, como la falta de empleo o el endeudamiento, no son fallas morales individuales, sino manifestaciones de sistemas económicos que generan y reproducen desigualdades, esta concepción también se aplica a los fenómenos culturales, las preferencias, los gustos y las modas no surgen espontáneamente que están relacionadas con posiciones sociales y con mecanismos de distinción. Pierre Bourdieu (1997) argumenta que “las prácticas sociales están regidas por el habitus, un sistema de disposiciones duraderas y transferibles” dicho de otro modo, las elecciones que parecen personales como el tipo de música que se escucha o la manera de hablar reflejan las condiciones sociales y la trayectoria de clase del individuo. Así, la mirada sociológica revela que incluso las expresiones más íntimas son el resultado de procesos colectivos e históricos.

La sociología, además, enseña a conectar la biografía con la estructura y la historia, cada vida es una expresión particular de las transformaciones sociales de su tiempo. Giddens (1991) señala que en la modernidad los individuos deben construir sus identidades reflexivamente, tomando decisiones dentro de un contexto de incertidumbre (p. 35). La libertad moderna no consiste en escapar de la estructura, sino en actuar dentro de ella con conciencia de sus límites, entonces la mirada sociológica, por tal, no anula la individualidad, sino que la enmarca dentro de las condiciones sociales que la hacen posible.

Esta perspectiva también permite comprender el poder y sus manifestaciones las instituciones como la familia, la escuela o el estado definen normas y jerarquías que determinan quién puede hacer qué y con qué consecuencias. Foucault (1975) advirtió que el poder no solo se

concentra en el gobierno o la ley, sino que se distribuye en las prácticas cotidianas ejerciendo en los discursos, en las costumbres y en las miradas. La sociología examina cómo ese poder configura las identidades y cómo puede ser persistente o transformado mediante la acción colectiva.

Bauman (2003) aporta una visión contemporánea de esta mirada al señalar que la sociedad moderna se ha vuelto fluida, y con ello las estructuras tradicionales pierden su solidez las relaciones, las instituciones y las identidades se vuelven temporales, inestables y negociables. En este contexto, la mirada sociológica es aún más necesaria: permite analizar cómo los cambios globales como la digitalización, la migración o la precariedad laboral repercuten en las vidas individuales el comprender lo estructural se convierte en una forma de orientación frente a la incertidumbre del mundo moderno.

La mirada sociológica, además, posee una dimensión ética invita a la responsabilidad intelectual de comprender la complejidad antes de emitir juicios o buscar soluciones. Para Mills (1959) afirmaba que el sociólogo debe ser consciente de su papel público, ayudando a las personas a reconocer que sus problemas personales los cuáles son también problemas sociales. De este modo, la sociología no se limita a describir la realidad, sino que contribuye a transformarla la comprensión de lo estructural abre el camino a la acción colectiva, al reconocimiento de la injusticia y a la búsqueda de alternativas.

Aprender a mirar sociológicamente implica adoptar una postura crítica frente a la aparente naturalidad del mundo

Significa ver a las instituciones como construcciones humanas, las normas como acuerdos históricos y las desigualdades como resultados de decisiones políticas. La sociología, en su esencia, busca desnaturalizar lo social para hacerlo inteligible. Como resume Berger (1963), “la sociología es una forma de conciencia que permite comprender la estructura del mundo humano”. Esa conciencia transforma la manera en que una persona se ve a sí misma y entiende a los demás así la mirada sociológica convierte lo cotidiano en objeto de análisis, lo personal en expresión de lo colectivo y lo individual en manifestación de lo estructural, enseñando que la vida humana está entrelazada con las instituciones, los valores y las normas que los propios individuos han construido buscando comprender esa relación es el primer paso para intervenir en ella con conocimiento y sentido crítico.

CAPÍTULO II

2 LOS ORÍGENES DEL PENSAMIENTO SOCIOLÓGICO

2.1 Contexto histórico: Modernidad e industrialización

La sociología nació como respuesta intelectual a un tiempo de transformaciones profundas. Su surgimiento en el siglo XIX no fue casual: coincidió con la expansión de la modernidad y con la consolidación de la sociedad industrial. La Revolución Industrial y los procesos de urbanización modificaron radicalmente las formas de vida, el trabajo, la familia y las relaciones sociales. Comprender este contexto histórico es esencial para entender por qué la sociología se constituyó como una ciencia social orientada a analizar el cambio, el conflicto y la estructura de la vida moderna.

La modernidad puede entenderse como un período histórico caracterizado por la racionalización, la secularización y la confianza en el progreso. Anthony Giddens (1991) define la modernidad como “un orden postraducciona caracterizado por la expansión del conocimiento reflexivo y la transformación continua de las condiciones sociales” (p. 21). La fe en la ciencia y la técnica reemplazó progresivamente las explicaciones religiosas del mundo, generando una nueva visión basada en la razón y la observación empírica. Este cambio cultural y epistemológico fue la base para el desarrollo de las ciencias sociales, entre ellas la sociología.

La Revolución Industrial, iniciada en Inglaterra a fines del siglo XVIII, transformó las estructuras económicas y sociales. El paso del trabajo

artesanal al trabajo fabril, la mecanización de la producción y el surgimiento del capitalismo moderno alteraron profundamente la organización del tiempo, del espacio y de la vida cotidiana. Las ciudades crecieron de manera acelerada, concentrando grandes masas de trabajadores en condiciones precarias. Marx (1867) describió esta nueva realidad al afirmar que “el capital ha convertido el valor personal en valor de cambio” (p. 45), denunciando cómo la lógica del mercado redujo las relaciones humanas a relaciones de producción.

La industrialización también dio lugar a nuevas clases sociales: la burguesía, propietaria de los medios de producción, y el proletariado, que vendía su fuerza de trabajo. Entre ambas se estableció una relación de explotación y conflicto que, para Marx, era el motor de la historia. La sociología heredó de este análisis la preocupación por las desigualdades sociales y las contradicciones del capitalismo. En El manifiesto comunista, Marx y Engels (1848) escribieron que “la historia de todas las sociedades existentes hasta ahora es la historia de la lucha de clases” (p. 2). Este conflicto estructural se convirtió en uno de los ejes de la reflexión sociológica posterior.

El proceso de modernización no solo transformó la economía, sino también la cultura y la organización política. La Revolución Francesa de 1789 simbolizó la ruptura con el antiguo régimen y la emergencia de los valores de libertad, igualdad y ciudadanía. La sociedad dejó de concebirse como un orden jerárquico y divinamente establecido para ser vista como una creación humana sujeta a cambio. Según Durkheim (1895), esta transición generó un nuevo tipo de solidaridad social: la solidaridad orgánica, basada en la interdependencia de funciones en una

sociedad compleja (p. 102). A diferencia de la solidaridad mecánica de las comunidades tradicionales, la moderna se sostiene en la especialización del trabajo y en la cooperación entre individuos diferentes.

La urbanización fue otro fenómeno decisivo. Las ciudades se convirtieron en centros de producción, comercio y vida social, pero también en escenarios de anonimato, pobreza y desintegración comunitaria. Georg Simmel (1903) describió la experiencia urbana como una forma de vida marcada por la impersonalidad y la sobreestimulación. En su ensayo *Las grandes urbes y la vida del espíritu*, señaló que “el habitante de la metrópoli desarrolla una actitud blasé para protegerse del exceso de estímulos” (p. 15). Este distanciamiento emocional, necesario para sobrevivir en la multitud, es una de las características psicológicas de la modernidad.

La modernidad implicó, además, una nueva relación con el tiempo y el espacio. El reloj industrial reguló la jornada laboral y la vida cotidiana, imponiendo un ritmo uniforme. La movilidad geográfica y social aumentó: millones de personas migraron del campo a la ciudad en busca de trabajo, rompiendo con las estructuras familiares tradicionales. Giddens (1991) explica que la modernidad “desancla las relaciones sociales de los contextos locales y las reestructura en escalas indefinidas de tiempo y espacio” (p. 29). Este fenómeno —que anticipa la globalización— introdujo una sensación de incertidumbre y desplazamiento que aún define la vida contemporánea.

La aparición de la sociedad industrial también transformó la vida moral y espiritual. Max Weber (1905) analizó este proceso en *La ética protestante y el espíritu del capitalismo*, donde argumentó que la racionalidad económica moderna tiene raíces en la ética calvinista. Para Weber, la modernidad se caracteriza por la racionalización, un proceso mediante el cual las acciones humanas se orientan por la eficiencia y el cálculo. Sin embargo, advirtió que esta racionalidad instrumental podía encerrar al individuo en una “jaula de hierro” (Weber, 1922, p. 25), donde la burocracia y el control reemplazan a la libertad y al sentido.

El pensamiento de Weber muestra la ambigüedad de la modernidad: por un lado, la expansión del conocimiento y la organización racional permitieron avances sin precedentes; por otro, generaron alienación, pérdida de sentido y dominación. Bauman (2003) retoma esta tensión al afirmar que la modernidad “prometió seguridad y orden, pero trajo consigo incertidumbre y fluidez” (p. 9). La industrialización, que alguna vez simbolizó el progreso, se convirtió también en fuente de desigualdad, contaminación y crisis sociales.

El contexto de la modernidad e industrialización dio lugar a las preguntas fundacionales de la sociología: ¿cómo es posible el orden social en un mundo que cambia rápidamente? ¿Qué une a los individuos en sociedades cada vez más diferenciadas? ¿Cómo afectan las estructuras económicas y tecnológicas a la conciencia y a la vida cotidiana? Durkheim, Marx y Weber ofrecieron respuestas distintas, pero complementarias, que siguen siendo la base de la disciplina. Durkheim buscó explicar la cohesión social; Marx, el conflicto y la explotación; Weber, el sentido de la acción y la racionalización.

La sociología surgió, entonces, como una ciencia de la modernidad. Su objeto era comprender los efectos de la industrialización, la urbanización y el cambio cultural sobre los individuos y las instituciones. Berger (1963) señala que “la sociología es el intento sistemático de comprender las estructuras de la sociedad moderna” (p. 18). En un mundo donde las certezas tradicionales se desmoronaban, la sociología ofreció una nueva manera de interpretar el orden social y de buscar soluciones racionales a los problemas colectivos.

El siglo XIX representó, así, un laboratorio social. Las fábricas, las ciudades, las huelgas y las revoluciones fueron escenarios donde se ensayaron nuevas formas de organización humana. La sociología nació en ese contexto, no como una ciencia abstracta, sino como una respuesta a las tensiones entre progreso y desigualdad, entre libertad y control. Como escribió Mills (1959), “la sociología surge cuando los hombres se hacen conscientes de la relación entre su destino personal y las grandes transformaciones históricas” (p. 14).

La modernidad y la industrialización no solo transformaron la economía, sino la manera misma de ser y de pensar. La sociedad dejó de ser vista como un orden natural y eterno para convertirse en un proceso histórico susceptible de análisis. La sociología emergió para estudiar precisamente esa transformación: la construcción de un nuevo mundo hecho por los hombres y, por tanto, abierto a la comprensión y al cambio.

2.2 Precursores de la sociología: Filosofía social (Hobbes, Rousseau, Saint-Simon)

Antes de consolidarse como una ciencia autónoma, la sociología fue anticipada por una larga tradición de pensamiento filosófico que buscó comprender la naturaleza de la sociedad, el poder y la convivencia humana. En los siglos XVII y XVIII, varios pensadores reflexionaron sobre las bases del orden social, la autoridad política y el contrato entre los individuos, sentando las raíces intelectuales de la sociología moderna. Entre ellos destacan Thomas Hobbes, Jean-Jacques Rousseau y Claude-Henri de Saint-Simon, quienes, desde diferentes perspectivas, abordaron la cuestión central que la sociología heredaría: cómo es posible la vida en común.

Thomas Hobbes (1588–1679) fue uno de los primeros en formular una teoría sistemática sobre el origen y la organización de la sociedad. En su obra *Leviatán* (1651), planteó que el ser humano, en su estado natural, vive en una condición de conflicto permanente, motivado por el miedo y la búsqueda de poder. Según Hobbes, “el hombre es un lobo para el hombre” (*homo homini lupus*) (1651, p. 88). En ausencia de autoridad, todos los individuos estarían en guerra contra todos, guiados por el instinto de supervivencia y la competencia. Para evitar la anarquía, los hombres deciden establecer un contrato social, cediendo parte de su libertad a un soberano —el *Leviatán*— que garantice la paz y la seguridad.

Hobbes introduce una idea fundamental para la sociología: el orden social no es natural, sino resultado de un pacto humano. La sociedad

surge como una construcción racional, producto de la voluntad de los individuos que buscan escapar del caos. Aunque su visión es profundamente pesimista respecto a la naturaleza humana, su aporte fue decisivo al situar la vida colectiva como un problema que puede ser analizado y comprendido racionalmente. El poder político, lejos de ser divino, se convierte en una institución social destinada a mantener el equilibrio entre libertad y seguridad.

Jean-Jacques Rousseau (1712–1778) retomó el problema del contrato social desde una perspectiva opuesta. Mientras Hobbes veía en el Estado la única vía para evitar la barbarie, Rousseau consideraba que la civilización y la propiedad habían corrompido la bondad natural del ser humano. En *El contrato social* (1762), escribió: “El hombre nace libre, pero en todas partes se encuentra encadenado” (Rousseau, 1762, p. 49). Para él, el estado natural no era de guerra, sino de inocencia y libertad. La desigualdad surgió cuando algunos hombres comenzaron a apropiarse de la tierra y a dominar a otros, instaurando un orden artificial e injusto.

Rousseau propuso un contrato social distinto al de Hobbes: uno en el que los individuos, al unirse, crean una voluntad general orientada al bien común. Esta voluntad no pertenece a ningún gobernante, sino al pueblo soberano. El poder legítimo no es el que se impone por la fuerza, sino el que surge del consenso y la participación. En esta concepción, la sociedad no es una mera agregación de intereses individuales, sino una comunidad moral basada en la cooperación y la igualdad. La influencia de Rousseau fue enorme en la sociología posterior, especialmente en

Durkheim, quien heredó su preocupación por la cohesión social y los valores colectivos.

Claude-Henri de Saint-Simon (1760–1825) es considerado uno de los primeros pensadores que concibieron la sociedad como objeto de una ciencia específica. Vivió los efectos de la Revolución Francesa y del auge industrial, y comprendió que la humanidad estaba entrando en una nueva era dominada por la razón, la ciencia y la técnica. En sus obras *Carta a los filadelfos* (1803) y *El nuevo cristianismo* (1825), planteó la necesidad de una reorganización social dirigida por científicos, industriales y reformadores morales. Para Saint-Simon, la política debía dejar de ser un campo de disputa ideológica para convertirse en una ciencia de la sociedad.

Saint-Simon creía que la humanidad avanzaba hacia un orden positivo en el que la cooperación reemplazaría al conflicto. Defendía una visión funcional de la sociedad: cada individuo debía cumplir un papel según su capacidad y contribuir al bienestar colectivo. En cierto modo, anticipó las ideas del organicismo sociológico y del funcionalismo. Sostenía que “la sociedad debe organizarse como un cuerpo vivo, donde cada parte cumpla su función para el bien del todo” (Saint-Simon, 1825, p. 61). Su ideal era una sociedad industrial pacífica, guiada por el conocimiento científico y el progreso moral.

La influencia de Saint-Simon fue decisiva en Auguste Comte, quien fuera su discípulo y posteriormente considerado el fundador de la sociología. De Saint-Simon heredó la idea de que la sociedad podía estudiarse con el mismo rigor que los fenómenos naturales, y que debía

existir una “física social” dedicada a descubrir las leyes del comportamiento colectivo. Comte transformó ese planteamiento en una ciencia autónoma, con métodos propios y con la finalidad de explicar y mejorar la organización social.

Estos tres pensadores siendo estos Hobbes, Rousseau y Saint-Simon representan las tres grandes raíces filosóficas de la sociología: el orden, la libertad y el progreso. Hobbes aportó la noción de autoridad como fundamento del orden; Rousseau, la idea de la voluntad colectiva como principio de legitimidad moral; y Saint-Simon, la visión científica y reformadora de la sociedad. Cada uno, a su manera, intentó responder a la pregunta central de su tiempo: ¿cómo puede mantenerse la cohesión en una sociedad que cambia rápidamente?

En Hobbes, la respuesta se encuentra en el poder soberano en Rousseau, en el consenso social en Saint Simon, en la racionalidad científica y la cooperación estas visiones, aunque diferentes comparten una convicción la sociedad es una creación humana que puede ser comprendida, explicada y transformada.

Además de su dimensión política, estos filósofos sentaron las bases metodológicas y conceptuales para el estudio posterior de la sociedad. Introdujeron el análisis de las instituciones, la noción de contrato social, la relación entre individuo y comunidad y la búsqueda de leyes generales del comportamiento humano. Giddens (1991) subraya que “la sociología nació del intento de los pensadores modernos por entender el cambio social en el marco de la razón y el progreso” (p. 18). Ese esfuerzo comenzó precisamente con la filosofía social del siglo XVII y XVIII.

Los pioneros de la sociología fueron Hobbes Rousseau y Saint Simón ya que transformaron a la sociedad en un objeto de análisis crítico y racional desechando las justificaciones religiosas o míticas del orden social y sugiriendo fundamentos no religiosos, históricos y humanos, la sociología tomo de sus pensamientos su interrogante fundamental; tal como se evidenciaron estos filósofos, la solución no se encuentra en lo natural ni en lo divino, sino en la actividad y la conciencia de los seres humano.

2.3 Auguste Comte y el positivismo

La sociología, tal como hoy la conocemos tiene su origen formal en el pensamiento de Auguste Comte (1798–1857); considerado el padre fundador de esta disciplina marcando el área de la sociología con su obra marcó la transición de la filosofía social hacia una ciencia de la sociedad basada en la observación, la verificación empírica y la búsqueda de leyes generales del comportamiento humano. Comte introdujo el término sociología en su Curso de filosofía positiva (1830–1842), al proponer una nueva ciencia que estudiara la organización y el progreso de la humanidad con el mismo rigor que las ciencias naturales, su proyecto intelectual conocido como positivismo, pretendía descubrir las leyes que gobiernan la sociedad para orientarla racionalmente hacia el orden y el progreso.

Comte vivió en un periodo de grandes transformaciones políticas y sociales conjunto con la revolución francesa había arrasado con el antiguo régimen y la industria estaba cambiando las maneras de trabajar, la vida urbana y los vínculos familiares, por lo cual, la sociedad europea

del siglo XIX se caracterizaba por la incertidumbre y el conflicto, ante este panorama, Comte intento encontrar una ciencia que pudiera reestablecer la estabilidad y brindar un fundamento racional al orden social siendo este la falta de un sistema común de valores y saberes era la causa del caos de su época, la sociología tiene que tener un rol de unificación, orientando a la humanidad moralmente mediante el saber científico.

El positivismo se fundamenta en la idea de que todo conocimiento verdadero proviene de la observación y la experiencia, para Comte rechaza las explicaciones metafísicas o teológicas, sosteniendo que la ciencia debía limitarse a describir los hechos observables y las relaciones entre ellos. Según él, “no podemos conocer la esencia de las cosas, solo sus leyes y sus fenómenos” (Comte, 1830). Este principio es aplicado al estudio de la sociedad, dio origen a una sociología empírica y objetiva, preocupada por identificar las regularidades del comportamiento social.

Una de las contribuciones mas famosas de Comte fueron su formulación de la ley de los tres estados de acuerdo con esa ley el pensamiento humano y las sociedades pasan por tres fases históricas; la metafísica, la teología y la positiva, ya que en el estado metafísico se utilizan fuerzas ocultas o entidades abstractas para explicar los fenómenos, por otro lado lo teológico se contribuye a los seres sobre naturales y por ultimo en el positivismo deja de lado la indagación de causas finales y se enfoca en observar y descubrir leyes generales, así que la perspectiva de comte llega a tomar forma en cuanto la humanidad ya había llegado a aquella etapa final gracias al progreso de las ciencias modernas siendo la

sociología una ciencia que estudia a la sociedad conocido como el punto mas alto de este proceso.

En la jerarquía de las ciencias que propuso Comte, la sociología ocupa el lugar más elevado porque estudia el fenómeno más complejo “la vida social” dado a que, según su clasificación el conocimiento progresa desde lo simple a lo complejo; matemáticas, astronomía, física, química, biología y finalmente la sociología. Cada ciencia depende de las anteriores, pero añade un nuevo nivel de complejidad de este modo la sociología debía sintetizar los avances de las demás disciplinas y aplicarlos al estudio de la humanidad con esto Comte la definió como “la ciencia de las leyes que rigen los fenómenos sociales” (1839, p. 102).

El positivismo según Comte combinaba el afán científico con una preocupación moral creía que el conocimiento debía servir al bienestar colectivo, no solo a la curiosidad intelectual, por ello, su lema “orden y progreso” expresaba la aspiración de equilibrar estabilidad y transformación en donde, el orden era necesario para garantizar la cohesión social, mientras que el progreso permitía el avance de la razón y la justicia. Esta síntesis se convertiría más tarde en el ideal político de las sociedades modernas e incluso en el lema de la bandera de Brasil, uno de los países donde el positivismo tuvo mayor influencia, la sociología de Comte se divide en dos grandes campos; la estática social y la dinámica social.

La estática social estudia las condiciones que aseguran la estabilidad y el equilibrio de la sociedad las instituciones, las normas, la familia, la religión.

La dinámica social, en cambio, analiza los procesos de cambio y desarrollo histórico en palabras del autor, “la estática nos enseña las leyes del orden, la dinámica las leyes del progreso” (Comte, 1839, p. 110).

Esta distinción permitió que la sociología integrara tanto el estudio de la estructura como el del cambio, una dualidad que perdura hasta hoy en la disciplina, Comte consideraba que la sociedad debía organizarse sobre principios científicos y morales proponiendo una “religión de la humanidad”, sin dioses ni revelaciones, basada en el culto al ser humano y en el reconocimiento del trabajo y la cooperación como valores supremos. En su visión, los científicos y los sociólogos debían ocupar el lugar que antes tuvieron los sacerdotes, guiando a la sociedad mediante la razón.

El pensamiento positivista influyó en numerosos autores posteriores, como Émile Durkheim, quien retomó la idea de que los fenómenos sociales pueden estudiarse con el mismo rigor que los naturales, Durkheim adoptó de Comte la búsqueda de leyes generales y el principio de objetividad, pero añadió una perspectiva empírica más rigurosa, que al igual que su maestro intelectual, sostuvo que la sociología debía basarse en hechos observables y verificables, no en especulaciones filosóficas. Sin embargo, Durkheim se distanció del ideal normativo de Comte al desarrollar una metodología propia y al reconocer la autonomía de los hechos sociales.

El positivismo de Comte tuvo también un impacto en la evolución de la pedagogía la administración y ciencia política, su perseverancia en la

organización racional de la sociedad motivo iniciativas de modernización por Europa y América latina durante el siglo XIX los pensadores de América Latina tomaron sus ideas como fundamento para la creación del estado moderno y el avance de la sociedad, en Argentina intelectuales como Alberdi y Sarmiento consideran la ciencia como el camino promoviendo las reformas basadas en Comte. Sin embargo el positivismo fue criticado también, ya que su confianza total en la ciencia condujo a una subestimación de la cultura, subjetividad y los conflictos sociales. Para Karl Marx coetáneo de Comte pensó que el positivismo pasaba por alto las relaciones de poder y los antagonismos entre clases de Max Weber, posteriormente, hizo notar que una excesiva racionalización podía dar lugar a un mundo deshumanizado.

Desde un punto de vista moderno, la obra de Comte es el origen de la sociología, ya que su planteamiento de observar, comparar y formular leyes para estudiar los fenómenos sociales siendo un principio a la sociología que según Giddens (1991), surgió del intento de utilizar la razón científica en el análisis de la sociedad moderna, su proyecto de fusionar ciencia, moral y orden continua motivando la reflexión acerca del rol del conocimiento en la creación de un mundo mas racional y equitativo a pesar de que sus ideas actuales se leen con una visión crítica.

Auguste Comte legó a la sociología un doble compromiso el de comprender científicamente la sociedad y el de contribuir a su mejora su positivismo con su énfasis en la observación, el orden y el progreso definió la orientación inicial de la disciplina la sociología desde entonces, no solo busca explicar el mundo, sino también ofrecer instrumentos para orientarlo hacia el bienestar común.

2.4 Herbert Spencer y el organicismo social

Herbert Spencer (1820–1903) fue uno de los principales representantes del pensamiento sociológico del siglo XIX y uno de los primeros en desarrollar una teoría sistemática de la sociedad desde una perspectiva científica su propuesta conocida como organicismo social, comparó la sociedad con un organismo vivo cuyas partes cumplen funciones interdependientes que garantizan la supervivencia del conjunto. Spencer extendió al estudio de la sociedad los principios de la biología y de la evolución natural, inspirándose en las ideas de Charles Darwin. A través de esta analogía, buscó explicar el cambio social como un proceso de adaptación y evolución, regido por leyes naturales y universales.

En su obra Principios de sociología (1876–1896), Spencer argumentó que la sociedad, al igual que un ser vivo está compuesta por estructuras diferenciadas instituciones, grupos y roles que cooperan para mantener su equilibrio. “La sociedad, como el organismo crece, se desarrolla y se adapta sus partes dependen unas de otras y funcionan para la conservación del todo” (Spencer, 1876, p. 12). Esta visión integradora convirtió a Spencer en uno de los fundadores del pensamiento estructural funcionalista, al concebir la sociedad como un sistema donde cada elemento cumple una función necesaria.

Spencer aplicó los principios del evolucionismo a todos los ámbitos del conocimiento humano en su visión, la evolución no solo explicaba la vida biológica, sino que también la organización política, moral y económica lo cual se consideraba que la historia de la humanidad seguía un curso ascendente, desde el militarismo autoritario hacia un orden

industrial más libre y subsidiario el progreso consistía en el paso de la dominación a la contribución de la imposición al consenso este planteamiento reflejaba su fe en la racionalidad, la libertad individual y el desarrollo espontáneo de la sociedad.

Uno de los aspectos más influyentes y también más controvertidos del pensamiento de Spencer fue su formulación del darwinismo social, aunque no utilizó originalmente este término, sus ideas fueron interpretadas como una justificación del individualismo competitivo. Spencer adoptó la expresión “supervivencia del más apto” afirmando que, en la sociedad al igual que en la naturaleza, las personas y los grupos más capaces tienden a prosperar, mientras que los menos adaptados tienden a desaparecer. “El progreso de la humanidad depende de que los individuos más aptos prevalezcan sobre los menos aptos” (Spencer, 1864, p. 89).

Este enfoque fue criticado por legitimar la desigualdad social, sociedades tenían que desarrollarse sin restricciones dejando que la competencia garantizara en avance en esta línea, su pensamiento mostraba el espíritu liberal del siglo XIX que creía que la libertad individual era el motor de la organización social.

El organicismo social de Spencer tuvo un impacto significativo en el establecimiento de la sociología como disciplina a pesar de las críticas posteriores siendo un pionero en el análisis comparativo de las sociedades y en la búsqueda de leyes generales de progreso social, ya que muchos conceptos posteriormente desarrollaron Parsons y Durkheim fueron anticipados por su perspectiva estructural, a pesar de

estar alejado de la analogía biológica Durkheim admitió que Spencer había hecho posibles comprender a la sociedad como una realidad constituida por partes interdependientes.

El organicismo permitió introducir en la sociología la idea de función, es decir, la contribución que cada institución o práctica realiza al mantenimiento del todo este concepto se convertiría más tarde en la base del funcionalismo. Según Spencer, el Estado, la religión, la familia o la educación cumplen funciones específicas que garantizan la cohesión y la supervivencia social la desorganización o el conflicto son signos de enfermedad social del mismo modo que una disfunción afecta a un organismo vivo así el equilibrio se convierte en la medida del bienestar agrupado.

Spencer identificó dos categorías de sociedades: las de tipo militar y las industriales las primeras dependen de la obligación, la jerarquía y la concentración del poder; las segundas de la colaboración voluntaria y la valorización de la libertad individual ya que creían que la humanidad se dirigía hacia este segundo modelo, donde el enfrentamiento económico reemplazaría a la guerra como medio de selección y avance, según su perspectiva la sociedad industrial constituía el nivel mas elevado del desarrollo humano, definido por la paz, el comercio y la independencia personal.

A pesar de estas limitaciones, el legado de Spencer es innegable dado a que introdujo el análisis comparativo de las sociedades, la noción de función, la idea de evolución social y el concepto de sistema, todos ellos pilares fundamentales de la sociología posterior a su esfuerzo por

establecer una ciencia empírica del cambio social contribuyó a consolidar la sociología como disciplina autónoma dentro del pensamiento moderno.

2.5 Karl Marx: Conflicto, clase y cambio social

Karl Marx (1818–1883) Es una de las personalidades más significativas de negociación de la sociología y del pensamiento contemporáneo su trabajo introdujo un cambio fundamental al colocar el núcleo de análisis sociológico en el conflicto social como la desigualdad y las instalaciones de producción, a diferencia de los pensadores positivistas y organicista de su época quienes veían a la sociedad como un sistema equilibrado y auto Marx la percibió como un ámbito de conflicto constante mucho por el dominio de los recursos materiales como simbólicos su enfoque sobre el conflicto y las clases sociales no solo el lúcido el cambio a través de la historia sino que también proporcionó una crítica la segunda del capitalismo como un modelo de organización económica y social.

En el capitalismo, el modo de producción se basa en la propiedad privada de los medios de producción en donde los propietarios de esos medios como la burguesía obtienen beneficios mediante la explotación del trabajo asalariado de la clase obrera o proletariado. Esta relación desigual genera una contradicción estructural; mientras la burguesía busca aumentar la ganancia, el proletariado lucha por mejores condiciones y por el control del producto de su trabajo lo que lleva al conflicto entre ambas clases es, para Marx, el motor del cambio histórico.

“El capital es trabajo muerto que solo vive chupando trabajo vivo”
(Marx, 1867, p. 202).

Marx no concebía la sociedad como un conjunto armónico de partes interdependientes, sino como una estructura atravesada por intereses opuestos su análisis materialista de la historia el materialismo histórico sostiene que las transformaciones sociales no se explican por las ideas o los valores, sino por los cambios en las condiciones materiales de producción. Cuando las relaciones de producción existentes entran en contradicción con las fuerzas productivas en desarrollo, se produce una crisis que da lugar a un nuevo orden social. Así, el feudalismo dio paso al capitalismo, y este, a su vez, contendría las condiciones para su propia superación.

En el capitalismo, el trabajo se convierte en mercancía y el trabajador en un medio para la producción de riqueza ajena. Marx analizó este proceso en el capital (1867), donde introdujo el concepto de plusvalía; la diferencia entre el valor que el trabajador produce y el salario que recibe esa plusvalía apropiada por el capitalista constituye la base de la explotación. El sistema económico, al transformar el trabajo en objeto de intercambio, aliena al individuo de su propia esencia del trabajador pierde el control sobre el producto de su esfuerzo, sobre el proceso de trabajo y en última instancia, sobre sí mismo. “El obrero se convierte en un ser tanto más pobre cuanto más riqueza produce” (Marx, 1844, p. 79).

La desconexión según Marx es una manera de perder la humanidad ya que el sistema capitalista de socia a la persona de su grupo social y de su potencial creativo lo cual la labor que debería ser una manifestación

libre de la existencia humana se transforma en un deber forzado por urgencia económica, la rutina diaria pasa a estar sujeta a las reglas impersonales del comercio así como la disputa no se restringe a las confrontaciones evidentes entre clases , si no que penetra la subjetividad y las conciencias.

La ideología tiene un papel fundamental en la perpetuación de esa jerarquía desigual es una de sus obras conocidas como la ideología alemana (1846) Marx y Engels afirman que los pensamientos predominantes de cada periodo son los pensamientos de la clase que ejerce dominio siendo estas las instituciones culturales educativas religiosas y los medios de comunicación los cuales ayudan a justificar el control de la burguesía haciendo que el sistema actual parezca natural y necesario la sociología desde el enfoque marxista demostrará que el contenido de las ideologías es enmascarar las verdades relaciones de poder convirtiéndolas en desigualdades sociales y en diferencias que parecen ser aceptables.

Marx propuso una sociología del cambio y no de la estabilidad el conflicto de clases no es una anomalía, sino el mecanismo mediante el cual la sociedad evoluciona a través de las luchas políticas, sindicales y revolucionarias, las clases oprimidas adquieren conciencia de su situación y buscan transformar las estructuras que las oprimen este proceso de conciencia de clase permite pasar de una posición pasiva a una acción colectiva orientada al cambio histórico. “Los filósofos no han hecho más que interpretar el mundo de diversos modos de lo que se trata es de transformarlo” (Marx, 1845, p. 8).

La concepción marxista también presentó un enfoque estructural de la sociedad dividida en dos niveles; la base y la superestructura, la base económica forma el fundamento material sobre el cual se construyen las intenciones políticas legales y culturales aunque la base influye en la superestructura, esta última juega un papel en conservar el sistema de control con este modelo impactó a muchas corrientes sociológicas y políticas posteriores al demostrar que la economía no se puede disociar de la cultura ni del poder

La influencia de Marx fue decisiva en autores como Lenin, Gramsci y Althusser y más tarde en la teoría crítica de la Escuela de Frankfurt, que incorporó al análisis marxista los elementos culturales y psicológicos del capitalismo moderno en la sociología contemporánea, las ideas de Marx siguen presentes en los estudios sobre desigualdad, trabajo, globalización y poder. Giddens (1991) reconoce que “Marx fue el primero en ofrecer una teoría sistemática del cambio social a gran escala, vinculando la estructura económica con la dinámica histórica”.

El pensamiento de Marx también anticipó la crítica a la alienación del individuo en la sociedad de consumo. Bauman (2003) retoma esta preocupación al señalar que el capitalismo moderno ya no se basa solo en la producción, sino en el consumo constante; “el deseo reemplaza al trabajo como principio organizador de la vida social”. Sin embargo, las desigualdades persisten bajo nuevas formas, demostrando la vigencia del análisis marxista sobre la concentración del poder y la riqueza.

Para Marx no fue un simple teórico de la economía, sino un sociólogo del poder y del cambio de hecho su método, el materialismo dialéctico

concibe la sociedad como un proceso histórico en permanente transformación, donde cada forma de organización contiene las contradicciones que darán origen a la siguiente de este modo, el cambio social no depende de la voluntad individual, sino de las tensiones estructurales que surgen en el desarrollo histórico de la humanidad. Karl Marx transformó el estudio de la sociedad al situar el conflicto y la desigualdad en el centro del análisis sociológico mostrando que la sociedad no puede entenderse como un todo armónico, sino como una red de relaciones de poder y dominación que evolucionan históricamente a su legado perdura porque ofrece no solo un método para comprender la realidad, sino también una herramienta para transformarla.

2.6 Harriet Martineau y la primera sociología empírica

Harriet Martineau (1802–1876) ocupa un lugar fundamental en la historia de la sociología por haber sido una de las primeras en aplicar métodos empíricos al estudio de la sociedad aunque durante mucho tiempo su contribución fue barbara, pero hoy se reconoce que su obra sentó las bases metodológicas para una sociología observacional, comparativa y comprometida con la realidad social además fue una de las primeras mujeres en sistematizar la investigación social, combinar teoría y práctica y abordar temas como la desigualdad de género, la moral, la religión y la economía desde una perspectiva crítica.

Martineau nació en Inglaterra y desarrolló su trabajo intelectual en una época marcada por la Revolución Industrial y las transformaciones políticas del siglo XIX. Influida por el pensamiento de Auguste Comte,

tradujo al inglés su curso de filosofía positiva, contribuyendo decisivamente a la difusión del positivismo en el mundo anglosajón pero Martineau fue más que una divulgadora aplicó las ideas de Comte y las complementó con una mirada empírica, ética y socialmente sensible. En su obra *How to Observe Morals and Manners* (1838), estableció las primeras pautas metodológicas para el estudio científico de la sociedad anticipando varios principios que posteriormente serían centrales en la sociología moderna.

Para Martineau, el estudio de la sociedad debía basarse en la observación directa y en la comparación sistemática. Aunque sostenía que los sociólogos debían examinar las costumbres, las leyes, las instituciones y las prácticas cotidianas con una actitud imparcial, pero también con sensibilidad moral. **El observador debe estudiar la sociedad tal como es, pero sin olvidar cómo debería ser** (Martineau, 1838) esta frase resume su método combinar el rigor científico con el juicio ético. La observación social no era solo una tarea técnica, sino también una responsabilidad moral orientada al progreso y a la justicia.

En sus investigaciones, Martineau integro la observación participante con la descripción detallada de los hechos, lo que la convierte en precursora de la etnografía moderna. No se limitó a registrar comportamientos, sino que trató de comprender los significados culturales y morales detrás de ellos ya que, para ella, los hábitos y las costumbres eran indicadores del nivel de desarrollo moral de una sociedad por lo cual creía que el progreso debía medirse no solo por la tecnología o la riqueza, sino por el grado de justicia, igualdad y bienestar alcanzado por todos sus miembros. Su sociología puede considerarse

una forma temprana de investigación empírica. Martineau realizó viajes por Estados Unidos, Europa y Oriente Medio, donde observó y describió de manera detallada la vida social, la educación, la religión, el trabajo y las relaciones de género, analizó las contradicciones entre los ideales democráticos de libertad e igualdad y la persistencia de la esclavitud, el racismo y la desigualdad de las mujeres y denunció con un enfoque crítico, que “una nación que proclama la libertad mientras mantiene a la mitad de su población en servidumbre niega su propio principio moral” (Martineau, 1837, p. 112).

Uno de sus aportes más relevantes fue su reflexión sobre la relación entre moral y sociedad también Martineau consideraba que toda sociedad se sostiene sobre una “base moral”, entendida como el conjunto de valores y principios que regulan la convivencia el estudiar la sociedad implicaba, entonces, estudiar su moral pública esta perspectiva influyó en autores posteriores, como Durkheim, quien desarrolló el concepto de moral colectiva.

Martineau también fue pionera en el análisis sociológico de las mujeres dado a que en sus escritos denunció las desigualdades de género, la exclusión educativa y la subordinación política de las mujeres sosteniendo que no podía entenderse la sociedad sin considerar la situación de las mujeres, ya que ellas constituían la mitad del cuerpo social entonces su enfoque anticipó la sociología del género, al señalar que la desigualdad no era natural, sino una construcción social mantenida por las instituciones y las costumbres.

Su método empírico combinaba tres principios básicos; la observación directa, la comparación y la interpretación moral en primer lugar el investigador quien debía observar los fenómenos sociales con objetividad, evitando prejuicios religiosos o políticos por otro lado en segundo puesto, debía comparar diferentes sociedades para identificar sus patrones comunes y sus variaciones culturales por último y tercero, debía interpretar los resultados a la luz de los ideales universales de justicia y progreso de esta manera, Martineau convirtió la observación empírica en una herramienta para la crítica social.

La obra de Martineau también se destacó por su lenguaje claro y accesible a diferencia de los filósofos de su tiempo, escribió para un público amplio convencida de que el conocimiento debía estar al servicio de la sociedad esta orientación práctica y pedagógica reflejaba su convicción de que la sociología debía contribuir al mejoramiento humano. Y en sus propias palabras dijo

“El conocimiento social solo tiene valor si ayuda a elevar la condición de los hombres y mujeres en su vida común” (Martineau, 1838, p. 60).

Aunque su trabajo fue ampliamente leído en el siglo XIX, durante mucho tiempo fue ignorado por los historiadores de la sociología, en parte debido a su condición de mujer en una época dominada por hombres, sin embargo, investigaciones recientes han recuperado su papel como una de las fundadoras de la sociología empírica y una precursora del pensamiento feminista. Para Giddens (1991) reconoce que “Martineau fue la primera en formular reglas metodológicas sistemáticas para la observación sociológica”, destacando su

contribución al desarrollo de una ciencia social basada en la experiencia y en la ética.

El enfoque de Martineau anticipó numerosos principios que más tarde se volverían fundamentales para la sociología actual; la relevancia de la investigación de campo, la conexión entre teorías y observación, la crítica a las desigualdades y el compromiso con la equidad social, su convicción de que el investigador debe ser tanto analítico como consiente moralmente sentando las bases para futuras investigaciones sobre la ética en las investigaciones.

Asimismo, su perspectiva de la sociedad como un sistema moral y económico interrelacionado impactó en la sociología funcionalista y el pensamiento de Durkheim, la noción de que el orden social depende de la aceptación de valores y normas tiene en Martineau un precursor temprano paralelamente su instancia en la desigualdad y el cambio moral lo alinean con la tradición crítica que posteriormente desarrollaría Marx.

Harriet Martineau fue pionera en transformar la observación la observación social en un método científico riguroso, demostrando que la sociología debía fundarse en experiencias concretas y no únicamente en la teoría especulativa; su labor fusionó la ciencia con la conciencia, la evidencia con la ética, ilustrando que entender la sociedad conlleva también un compromiso hacia su mejoramiento, en una época en la que las mujeres estaban excluidas del ámbito académico, Martineau pavimentó el camino para una socióloga empírica, inclusiva y humanitaria.

2.7 Ibn Jaldún y los orígenes no occidentales de la sociología

Antes del surgimiento formal de la sociología en Europa durante el siglo XIX, existieron pensadores en otras regiones del mundo que reflexionaron de manera profunda sobre la organización social, el poder político, la cultura y el cambio histórico entre ellos destaca Ibn Jaldún (1332–1406), historiador, filósofo y estadista árabe nacido en Túnez, cuya obra *Al-Muqaddimah* (La introducción a la historia universal, 1377) es considerada por muchos como una de las más tempranas formulaciones del pensamiento sociológico, su análisis de las leyes que rigen el ascenso y la decadencia de las civilizaciones, así como su intento de explicar científicamente la vida social, hacen de él un precursor de la sociología siglos antes de Auguste Comte.

Ibn Jaldún vivió en una época de grandes transformaciones en el mundo islámico medieval en donde el declive de los imperios musulmanes, las luchas tribales en el Magreb y la expansión de nuevas dinastías marcaron su contexto siendo así en ese escenario, se propuso entender por qué las sociedades prosperan y por qué, con el tiempo, decaen a diferencia de los cronistas tradicionales, que explicaban los hechos mediante la voluntad divina o el destino, Ibn Jaldún buscó causas sociales, económicas y políticas. Como él mismo escribió: “La historia no es solo una relación de hechos, sino una reflexión sobre las causas y las leyes que gobiernan la sociedad humana” (*Al-Muqaddimah*, 1377, p. 42).

Uno de sus conceptos más originales es el de ‘asabiyya, traducido como “solidaridad grupal” o “cohesión social” para Ibn Jaldún, toda

civilización se origina en un grupo cohesionado una tribu, una comunidad o un pueblo unido por la lealtad, la religión o la necesidad de supervivencia. Esa cohesión otorga fuerza política y capacidad de organización, sin embargo, con el paso del tiempo, el poder y la prosperidad debilitan la ‘asabiyya; las élites se vuelven complacientes, la moral se deteriora y el espíritu colectivo se disuelve como resultado, la civilización entra en decadencia y es reemplazada por otra más vigorosa en sus palabras: “La fuerza de los grupos está en su cohesión; cuando esta se pierde, la dominación pasa a otros” (Ibn Jaldún, 1377, p. 87).

Este estudio sobre el ciclo de las civilizaciones anticipa en enfoque histórico estructural de pensadores contemporáneos como Marx y Durkheim, al igual que estos autores Ibn Jaldún reconoció que las sociedades evolucionan de acuerdo a leyes propias en lugar de ser influenciadas por factores externos o milagros divinos, su método se fundamenta en la observación directa y en la búsqueda de patrones siendo conocidos como los factores sociales detrás del progreso del poder y de la decadencia, debido a esta razón distintos historiadores lo han apodado **“el Comte del mundo árabe”**

Para Al- Muqaddimah, Ibn Jaldún separa el relato histórico de la investigación científica acerca de la sociedad ofreciendo un enfoque que integra la observación, la comparación y la explicación lógica, rechaza la ingenuidad de los cronistas y demanda que se verifiquen las narrativas mediante la lógica y la experiencia, este principio metodológico que sostiene la importancia de contrastar los eventos con las leyes

comportamiento social, representando una forma primitiva del empirismo sociológico.

Ibn Jaldún también analizó la relación entre economía, política y cultura, observando que la división del trabajo es la base de la prosperidad social; cuanto más desarrolladas son las actividades productivas, mayor es el bienestar colectivo, pero advirtió que el exceso de lujo y la concentración de riqueza debilitan la moral y aumentan la corrupción del Estado. Estas reflexiones anticipan la teoría marxista de la estructura económica y la superestructura, así como la preocupación de Durkheim por la cohesión social y la moral colectiva su concepción de la sociedad como un organismo con leyes propias se asemeja, en algunos aspectos, al organicismo posterior de Spencer y al funcionalismo de Durkheim. Ibn Jaldún consideraba que los distintos grupos sociales artesanos, campesinos, gobernantes, religiosos cumplen funciones interdependientes que contribuyen al equilibrio del conjunto. Cuando alguna de esas funciones se corrompe o se concentra en exceso el poder, la estructura se desestabiliza esta visión funcional y sistémica de la sociedad constituye un antecedente claro del pensamiento estructural en sociología.

Sin embargo, Ibn Jaldún se apartó del determinismo absoluto. Para él, aunque las leyes sociales tienen regularidad, los individuos y los gobernantes conservan cierta capacidad de acción moral como la religión, la justicia y la educación pueden fortalecer la cohesión social y prolongar la vida de una civilización en este sentido, su sociología es también ética y política propone una ciencia de la sociedad orientada no solo a explicar, sino también a mejorar la convivencia humana para Ibn

Jaldún también se adelantó a la sociología política al analizar el Estado como una institución histórica sujeta a las leyes de la sociedad. En su visión, el poder político surge de la necesidad de organización, pero su legitimidad depende de su relación con la justicia y la moral, cuando los gobernantes se apartan del bien común, la 'asabiyya se deteriora y el Estado pierde su fuerza de esta manera, Ibn Jaldún integró los elementos económicos, políticos, morales y culturales en una teoría global de la sociedad.

CAPÍTULO III

3 SOCIOLOGÍA CLÁSICA (1850–1920)

3.1 Émile Durkheim: Los hechos sociales y la cohesión

Émile Durkheim (1858–1917) es una de las figuras fundacionales de la sociología moderna. Su obra sentó las bases para que la disciplina se consolidara como una ciencia empírica y autónoma, distinta de la filosofía o la psicología. Frente a los enfoques especulativos o moralistas de su tiempo, Durkheim propuso un método riguroso para estudiar la sociedad como una realidad objetiva, con leyes propias y verificables. En el centro de su pensamiento se encuentran dos conceptos fundamentales: los hechos sociales, como objeto de estudio específico de la sociología, y la cohesión social, como problema esencial que toda sociedad debe resolver para sobrevivir.

Durkheim vivió en una época de profundos cambios: la industrialización, la urbanización y la secularización transformaban las formas tradicionales de vida en Europa la Revolución Francesa había inaugurado una era de libertad e individualismo, pero también de inestabilidad y desintegración moral ante esta crisis, Durkheim se preguntó cómo era posible mantener el orden y la solidaridad en una sociedad moderna cada vez más diversa y fragmentada su respuesta fue construir una sociología científica que pudiera explicar las bases de la cohesión social y ofrecer soluciones racionales a los problemas de su tiempo.

En su obra *Las reglas del método sociológico* (1895), Durkheim definió el objeto de la sociología: los hechos sociales los describió como “modos de actuar, pensar y sentir exteriores al individuo y dotados de un poder de coerción por el cual se le imponen” (Durkheim, 1895). Esto significa que los hechos sociales son realidades colectivas que existen fuera de la conciencia individual y ejercen una influencia sobre las personas las normas, las leyes, las costumbres, la moral o la religión son ejemplos de hechos sociales; guían el comportamiento sin depender de la voluntad de cada individuo.

Para Durkheim, los hechos sociales deben estudiarse “como cosas”, es decir, con la misma objetividad con que las ciencias naturales estudian los fenómenos físicos esta propuesta metodológica representó una ruptura decisiva con el pensamiento filosófico anterior en lugar de especular sobre la naturaleza humana, el sociólogo debía observar, clasificar y comparar los hechos sociales empíricamente, buscando regularidades y leyes, así, la sociología se convertía en una ciencia positiva, capaz de explicar las causas y las funciones de los fenómenos sociales.

Durkheim aplicó este método en varios estudios empíricos siendo el más famoso *El suicidio* (1897) en él que demostró que incluso un acto aparentemente individual tiene causas sociales. A partir del análisis estadístico de diferentes países europeos, concluyó que las tasas de suicidio variaban según factores como la religión, el estado civil o la integración comunitaria, las sociedades protestantes, por ejemplo, presentaban tasas más altas que las católicas debido a un menor grado de cohesión con este estudio, Durkheim mostró que “cada sociedad tiene

una propensión colectiva al suicidio que le es propia” (1897) y que las causas sociales pueden medirse empíricamente.

El problema de fondo que preocupó a Durkheim fue el de la cohesión social cómo mantener la solidaridad en sociedades modernas donde el individualismo crecía y las tradiciones se debilitaban. En *La división del trabajo social* (1893), propuso que existen dos formas de solidaridad que corresponden a diferentes tipos de sociedad; la solidaridad mecánica y la solidaridad orgánica.

La solidaridad mecánica caracteriza a las sociedades tradicionales, pequeñas y homogéneas, donde los individuos comparten las mismas creencias y valores la cohesión se basa en la similitud; todos piensan y actúan de manera parecida ya que, la conciencia colectiva domina sobre la individual y el control social es fuerte en cambio, la solidaridad orgánica define a las sociedades modernas, complejas y diferenciadas en ellas, la cohesión no proviene de la semejanza, sino de la interdependencia de cada persona cumple una función específica dentro de la división del trabajo y la cooperación sustituye a la uniformidad.

Durkheim noto que la transición de un tipo de solidaridad a otro estuvo marcada por crisis la modernidad resulto en una caída de valores compartidos y un debilitamiento de la regulación moral, fenómeno que el dominio anomia en el cual se refiere a una condición de falta de regulación social donde las normas pierden su poder e los individuos no tienen dirección moral en su obra conocida como *El suicidio* quien la escribió como una condición de falta de regulación social donde las normas, para Durkheim las épocas de rápido cambio económico o

turbulencia política propician la anomia, lo que lleva a un incremento del aislamiento.

La alternativa que surgió fue el fortalecimiento de las instituciones morales y profesionales que conectan a los individuos con la vida comunitaria, elementos como la familia, la educación, las asociaciones laborales y la religión son fundamentales para mantener la cohesión, en contraste con Marx quien veía las instituciones como herramientas de opresión, Durkheim las interpreto como medios de integración, a medida que las funciones individuales se desarrollan mas es esencial que estén unidas por una ética común.

A través de su análisis de Durkheim evidencio que los valores, símbolos y normas cumplen una función dentro de la sociedad, asegura la cohesión y el orden, la religión, la ética y la ley son expresiones de la conciencia colectiva que permite a los individuos sentirse parte de un todo, sin estos vínculos simbólicos, la sociedad se dividiría, por esta razón la sociología debía investigar como se crean y se sostienen las creencias compartidas que otorgan significado a la vida social.

La herencia de Durkheim se caracteriza por su esfuerzo en hacer de la sociología una disciplina tanto empírica como ética, ya que se basa en la observación metódica de los hechos, ética porque intenta entender las condiciones necesarias para el orden y la solidaridad este enfoque dejo una huella en las generaciones sucesivas de sociólogos desde Talcott Parsons hasta Robert K. Merton y instituciones.

Aunque su visión del orden social fue criticada por su énfasis en la estabilidad y su escasa atención al conflicto, Durkheim aportó una

comprensión profunda del vínculo entre individuo y sociedad. Su concepto de anomia sigue siendo útil para analizar fenómenos contemporáneos como la soledad, la pérdida de sentido o la desintegración comunitaria en las sociedades globalizadas. Como señaló Giddens (1991), “Durkheim mostró que incluso en la modernidad más individualista, la moral y la solidaridad siguen siendo las condiciones de la vida social” (p. 26).

En síntesis, Émile Durkheim convirtió el estudio de la sociedad en una ciencia positiva centrada en los hechos sociales y en la búsqueda de la cohesión su obra reveló que detrás de los comportamientos individuales existen fuerzas colectivas que dan forma a la vida social y que la estabilidad del mundo moderno depende tanto de las instituciones como del sentido moral compartido por los ciudadanos.

3.2 Max Weber: Acción social, racionalidad y tipos ideales

Max Weber (1864–1920) es una de las figuras más influyentes de la sociología moderna su pensamiento amplió los límites de la disciplina al proponer una comprensión interpretativa de la sociedad, centrada en el sentido subjetivo que los individuos atribuyen a sus acciones a diferencia de Émile Durkheim, quien concebía la sociedad como una realidad externa y coercitiva, Weber consideró que el objeto de la sociología debía ser la acción social, es decir, la conducta humana dotada de sentido y orientada hacia los otros su obra estableció las bases del enfoque comprensivo y de la sociología interpretativa, inaugurando una manera más compleja de analizar la racionalidad, el poder y las instituciones modernas.

La acción social, para Weber, se distingue de los comportamientos meramente instintivos o biológicos porque implica una orientación hacia los demás. Existen tantas formas de acción social como modos de entender el sentido. Por eso, propuso una tipología de cuatro formas ideales de acción:

- Acción racional con arreglo a fines, donde el actor calcula los medios más eficaces para alcanzar un objetivo. Ejemplo: un empresario que invierte para maximizar su ganancia.
- Acción racional con arreglo a valores, guiada por principios éticos o religiosos sin importar el resultado. Ejemplo: una persona que actúa por deber moral.
- Acción afectiva, determinada por emociones o pasiones momentáneas.
- Acción tradicional, basada en la costumbre o en hábitos arraigados.

Estas categorías no existen en estado puro, sino que son tipos ideales: construcciones conceptuales que sirven para interpretar y comparar la realidad. Weber aclaró que “el tipo ideal no es una descripción, sino una herramienta para comprender” (Weber, 1922, p. 9). A través de los tipos ideales, el sociólogo puede abstraer los rasgos esenciales de un fenómeno social como el capitalismo, la burocracia o la religión y analizar su lógica interna.

El concepto de racionalidad ocupa un lugar de dominación tradicional en el pensamiento weberiano según Weber observó que la historia de

Occidente se caracteriza por un proceso de racionalización progresiva: la ciencia, la economía, el derecho y la administración se organizan según principios de cálculo, eficiencia y previsibilidad, en la ética protestante y el espíritu del capitalismo (1905), analizó cómo las creencias religiosas del calvinismo favorecieron una ética del trabajo disciplinado del ahorro y de la acumulación racional de capital.

Sin embargo, Weber no veía la racionalización como un progreso absoluto reconocía su papel en el desarrollo de la ciencia y la eficiencia moderna, pero advertía también sus consecuencias deshumanizadoras en la sociedad moderna, la racionalidad instrumental centrada en la utilidad y el cálculo tiende a dominar sobre los valores éticos o espirituales, produciendo lo que llamó la “jaula de hierro” de la burocracia y del capitalismo. Con esta expresión, se refería a la pérdida de sentido y de trascendencia que acompaña al avance de la racionalidad técnica la burocracia, para Weber, representa la forma más racional de organización en la modernidad. Se basa en la jerarquía, la especialización de funciones, la competencia técnica y la obediencia a normas impersonales. Este modelo garantiza la eficiencia y la previsibilidad, pero también puede volverse rígido y alienante. En sus palabras, “la burocracia es una máquina que, una vez puesta en marcha, difícilmente puede ser detenida” (Weber, 1922, p. 98).

La misma racionalidad que permite el progreso técnico puede, paradójicamente, limitar la libertad y la creatividad humanas, además del análisis de la racionalidad, Weber desarrolló una tipología del poder y la autoridad, conceptos fundamentales para la sociología política. Distingue tres tipos puros de dominación legítima:

- Dominación tradicional, basada en la costumbre y en la herencia (como en las monarquías).
- Dominación carismática, fundada en la devoción hacia un líder excepcional.
- Dominación legal-racional, sustentada en normas impersonalizadas y en la burocracia moderna.

Cada tipo ideal de autoridad corresponde a un modo de legitimidad social la modernidad se caracteriza por el predominio de la autoridad legal racional, donde las instituciones reemplazan al carisma y a la tradición como fuentes de obediencia este análisis permitió a Weber comprender el desarrollo del Estado moderno como un aparato burocrático que monopoliza la violencia legítima. **“El Estado moderno es aquella comunidad humana que reclama con éxito el monopolio de la violencia física legítima dentro de un territorio”** (Weber, 1919, p. 78).

A diferencia de los enfoques positivistas, Weber se opuso a la noción de que la sociología pueda establecer leyes universales sobre el comportamiento humano, creía que la vida social está impregnada de diversidad cultural y del significado subjetivo detrás de las acciones, por esta razón el sociólogo debe mantener una postura neutra en términos de valores, entendiendo las creencias de los individuos sin evaluarlas desde su propia perspectiva, en su obra la ciencia como vocación, publicada en (1919) afirmó que “ la función de la ciencia no

es indicarle al ser humano que debe hacer, sino revelarle las repercusiones de sus decisiones”

La metodología comprensiva de weber combino la interpretación del significado con el análisis de causas, su enfoque trascendió la diferencia entre las ciencias naturales, que se enfocan en explicar y las ciencias sociales que se dedican a la interpretación que al investigar fenómenos mostrando que el comportamiento humano se puede examinar científicamente sin reducirlo a meras causas mecánicas su enfoque se centra en entender las motivaciones internas y en correlacionarlas con las estructuras externas.

El impacto de weber ha sido colosal su propuesta sobre la acción social dejo huella en la sociología fenomenológica, el interaccionismo simbólico y la sociología cultural su estudio sobre la racionalización motivo a la escuela de Frankfurt especialmente a Habermas en su evaluación de la modernidad instrumental. Según Giddens (1991) señala que weber evidencio que la racionalización es un fenómeno que va más allá de lo técnico, convirtiéndose en un dilema moral y existencial de hecho su perspectiva sigue siendo crucial para entender la influencia, la burocracia y las tensiones entre libertad y control, dentro de la sociedad actual.

Max Weber amplio el campo de la sociologia al enfocar la acción, el significado y la racionalidad como ejes del análisis social en contraste con la búsqueda positiva de principios universales introdujo un enfoque interpretativo que valora la subjetividad como una forma validad de conocimiento de su trabajo no solo desentraño la lógica de las

instituciones contemporáneas, sino que también alerta sobre sus peligros, el desvanecimiento de los valores y el desencanto de la realidad.

3.3 Georg Simmel: Formas de interacción y vida urbana

Georg Simmel (1858–1918) es una de las figuras más originales de la sociología clásica su obra se distingue por haber centrado el análisis en los procesos cotidianos de interacción social, en las formas mediante las cuales los individuos se relacionan, construyen vínculos y configuran el tejido de la vida social a diferencia de Durkheim o Marx, que estudiaron las estructuras globales de la sociedad, Simmel orientó su mirada hacia lo micro, hacia los encuentros, gestos y dinámicas interpersonales que, aunque parezcan triviales constituyen la esencia de lo social. Su pensamiento fue decisivo para el desarrollo de la sociología formal, la sociología urbana y la comprensión moderna de la individualidad para Simmel partía de una premisa fundamental la sociedad no es una cosa ni una estructura fija, sino un proceso continuo de interacción en la sociología estudios sobre las formas de socialización (1908), escribió; **“La sociedad existe donde varios individuos entran en interacción recíproca”**. Esta afirmación define su enfoque relacional; la sociedad no se impone desde fuera, sino que se produce y se renueva constantemente a través de los intercambios entre personas lo social, entonces, es un flujo dinámico de formas de relación cooperación, competencia, conflicto, subordinación, intercambio que dan forma a la vida colectiva.

Simmel distinguió entre el contenido y la forma de la interacción del contenido son los impulsos intereses o fines que motivan a las personas

la forma es la estructura o el patrón mediante el cual esos contenidos se expresan (amistad, rivalidad, obediencia, juego). El trabajo del sociólogo consiste en estudiar esas formas recurrentes que organizan las relaciones humanas, por ejemplo, la “cooperación” puede encontrarse tanto en la economía como en el arte, y el “conflicto” puede observarse en la familia o en la política.

Para Simmel, el conflicto no es necesariamente destructivo en su ensayo *El conflicto* (1904), argumentó que las tensiones sociales cumplen una función integradora, pues ayudan a redefinir los límites de los grupos y a reforzar la cohesión. “El conflicto es una forma de socialización que, al resolver la hostilidad, produce unidad” (Simmel, 1904, p. 23). Este planteamiento anticipó la visión funcionalista de la sociedad como un sistema de equilibrio dinámico al mismo tiempo, mostró que la vida social está compuesta de ambivalencias; cooperación y competencia, amor y odio, proximidad y distancia, lo importante no es el tema de la interacción, sino su estructura formal, esta idea convirtió a Simmel en un pionero de la sociología formal

Esta actitud indiferente actúa como un mecanismo de defensa mental pero también se presenta como un reflejo de la racionalización contemporánea en la urbe las interacciones se torna impersonales, mediadas por el dinero, la rapidez y la funcionalidad, pero Simmel noto que la economía monetaria trae consigo una nueva manera de calcular y una distancia emocional, así la vida actual tiende a despersonalizar los vínculos reemplazando la cercanía por la transacción, no obstante Simmel no percibía la vida urbana únicamente como un proceso de deshumanización también reconocía su capacidad creativa la ciudad

con su diversidad y su anonimato posibilita el florecimiento de la individualidad moderna liberando de la influencia de las comunidades tradicionales, el ciudadano urbano tiene la oportunidad de definirse a sí mismo de probar nuevas identidades y formas de expresión buscando su singularidad como una vía de libertad.

Sin embargo, Simmel no veía la vida urbana solo como un proceso de deshumanización también reconocía su potencial creativo la ciudad, con su diversidad y anonimato, permite el surgimiento de la individualidad moderna liberando del control de las comunidades tradicionales, el individuo urbano adquiere la posibilidad de definirse a sí mismo, de experimentar nuevas formas de identidad y de expresión. “En la gran ciudad, el individuo se afirma a sí mismo frente a la masa, busca su particularidad como forma de libertad” (Simmel, 1903). esta tensión entre libertad y alienación define la paradoja de la modernidad; cuanto más libre es el individuo, más fragmentada se vuelve su experiencia. Simmel fue también uno de los primeros sociólogos en estudiar las formas de sociabilidad, en su ensayo Sociabilidad (1910), definió esta noción como “la forma pura de la asociación, en la cual el individuo participa por placer en la interacción misma “la sociabilidad se manifiesta en las conversaciones, los juegos o las reuniones informales donde el fin no es práctico, sino el goce de la relación social, esta idea inspiró posteriormente al interaccionismo simbólico y a la micro sociología, que consideran las interacciones cotidianas como el núcleo de la vida social.

El método de Simmel se caracteriza por su atención al detalle y por su aproximación estética a lo social. Su pensamiento combina elementos

de la filosofía, la psicología y el arte sin buscar leyes universales, sino comprender las experiencias singulares que conforman la vida moderna en este sentido, anticipa la sociología interpretativa de Weber y la fenomenología de Schutz. Giddens (1991) señala que “Simmel fue el primer sociólogo que entendió la vida moderna como una experiencia fragmentada, donde la cultura objetiva domina sobre la cultura subjetiva”. La cultura objetiva el mundo de los productos, instituciones y tecnologías crece más rápido que la cultura subjetiva, es decir, la capacidad del individuo para asimilarlos de ahí surge la sensación de alienación y de pérdida de sentido en la modernidad.

Simmel también reflexionó sobre las formas espaciales y sociales de la distancia. En su ensayo *El extraño* (1908), describe una figura típica de la vida moderna: el individuo que pertenece y no pertenece al grupo, que está dentro y fuera a la vez. El extraño como el comerciante, el inmigrante o el intelectual encarna la ambivalencia de la modernidad: cercanía económica y distancia emocional. “El extraño es aquel que hoy viene y mañana se queda” (Simmel, 1908, p. 15). Este concepto sería retomado por sociólogos posteriores para analizar la migración, la marginalidad y las identidades híbridas.

El pensamiento de Simmel es, en última instancia, una reflexión sobre la tensión entre el individuo y la sociedad. En la modernidad, el individuo busca autonomía, pero se enfrenta a un entorno cada vez más impersonal y fragmentado. Su sociología muestra que la vida social no puede reducirse ni a las estructuras ni a las intenciones individuales: surge en el espacio intermedio donde las personas se encuentran, negocian y se interpretan mutuamente. Este concepto sería retomado por

sociólogos posteriores para analizar la migración, la marginalidad y las identidades híbridas. Por lo tanto, Georg Simmel transformó la sociología al enfocarse en las formas de interacción que sostienen la vida social y al analizar la experiencia moderna de la ciudad como un laboratorio de nuevas identidades y sensibilidades y su mirada estética y relacional reveló que la esencia de lo social no está en las instituciones ni en las leyes, sino en los vínculos humanos que las hacen posibles.

3.4 W.E.B. Du Bois: Raza, desigualdad y doble conciencia

William Edward Burghardt Du Bois (1868–1963) fue uno de los primeros sociólogos estadounidenses y el fundador de una tradición crítica que integró el análisis científico de la sociedad con la denuncia de la desigualdad racial. Su obra situó la cuestión de la raza en el centro del pensamiento sociológico moderno y demostró que la experiencia del racismo debía comprenderse no solo como un problema moral o político, sino como una estructura social e histórica. A través de su concepto de doble conciencia, Du Bois reveló cómo la opresión racial moldea la identidad, la percepción y las oportunidades de las personas afroamericanas en la sociedad moderna.

Nacido en Massachusetts poco después de la Guerra Civil, Du Bois vivió en un país que proclamaba la igualdad mientras mantenía la segregación racial. Estudió en Harvard y en la Universidad de Berlín, donde entró en contacto con el pensamiento europeo de Durkheim, Marx y Weber. En 1895 se convirtió en el primer afroamericano en obtener un doctorado en Harvard. Desde entonces se propuso combinar la erudición científica con el activismo político, convencido de que “la verdad

científica debe ser utilizada para cambiar la injusticia social” (Du Bois, 1903, p. 4).

Su obra más influyente, *The Souls of Black Folk* (1903), introdujo el concepto de doble conciencia (*double consciousness*), una noción que expresa la tensión interna de las personas negras que viven en una sociedad dominada por la mirada blanca. Du Bois escribió: “Uno siente siempre su dualidad: un americano, un negro; dos almas, dos pensamientos, dos luchas irreconciliables en un solo cuerpo oscuro” (1903, p. 9). Esta condición produce una percepción escindida del yo: verse a sí mismo a través de los ojos de los otros, medir el valor propio con el criterio de una sociedad que lo desprecia.

La doble conciencia no es solo un conflicto psicológico, sino una experiencia social producida por la exclusión racial. Du Bois comprendió que la identidad se forma en la interacción, y que cuando esa interacción está mediada por el prejuicio, el sujeto internaliza la inferioridad impuesta. Su análisis anticipa lo que más tarde se llamaría “reconocimiento” en la teoría social contemporánea. Para él, la liberación no consistía solo en la igualdad jurídica, sino en la superación de la mirada opresora que fragmenta la conciencia.

En *The Philadelphia Negro* (1899), Du Bois aplicó un método sociológico pionero. Realizó encuestas, mapeó barrios y analizó estadísticas para estudiar las condiciones de vida de la población afroamericana en Filadelfia. Este trabajo, considerado la primera monografía empírica moderna en los Estados Unidos, mostró que la pobreza y la marginalidad de la comunidad negra no eran resultado de

deficiencias morales o raciales, sino de la discriminación estructural y la falta de oportunidades. “La causa fundamental de la desigualdad es el prejuicio racial, no la incapacidad del individuo” (Du Bois, 1899, p. 112). Con ello, introdujo el análisis de la estructura social del racismo décadas antes de que el concepto se generalizara.

Du Bois también abordó el papel del conocimiento en la lucha por la justicia. Fundó el Departamento de Sociología de la Universidad de Atlanta y la revista *The Crisis*, órgano del movimiento NAACP (Asociación Nacional para el Progreso de las Personas de Color), desde donde articuló un proyecto de educación emancipadora. Defendía la formación de una “élite del talento” (*The Talented Tenth*), una minoría de intelectuales y líderes negros que, mediante la educación y la cultura, guiarían el avance de su pueblo hacia la igualdad. Aunque esta idea fue criticada por su elitismo, refleja su confianza en el poder transformador del conocimiento.

El pensamiento de Du Bois combinó elementos positivistas y humanistas. En su primera etapa, confió en la investigación empírica para desmontar los prejuicios raciales; más tarde, evolucionó hacia un enfoque más crítico, influido por Marx, al considerar que la desigualdad racial estaba inseparablemente unida a la desigualdad económica. En *Black Reconstruction in America* (1935), releyó la historia de la posguerra civil desde la perspectiva de los afroamericanos, mostrando que la reconstrucción fracasó no por incapacidad negra, sino por la alianza entre racismo y capitalismo. “El trabajo, el color y la clase se unieron en un sistema que transformó la esclavitud en una nueva forma de servidumbre económica” (Du Bois, 1935, p. 28).

Su visión dialéctica del cambio social lo aproxima al marxismo, aunque con una sensibilidad cultural y moral propia. Du Bois comprendió que el racismo no era un residuo del pasado, sino un mecanismo funcional al sistema capitalista, que dividía a los trabajadores y mantenía el orden social. De allí su afirmación de que “el problema del siglo XX es el problema de la línea del color” (Du Bois, 1903, p. 13). Esta frase, escrita en 1903, anticipa los debates contemporáneos sobre interseccionalidad y colonialidad del poder.

Su enfoque sobre la raza como construcción social también se adelantó a teorías posteriores. Para Du Bois, la raza no tiene base biológica, sino que es una categoría histórica y política creada para justificar la dominación. La identidad racial se produce mediante procesos simbólicos, económicos y jurídicos que definen quién pertenece al grupo dominante y quién queda excluido. Esta idea influyó en pensadores como Frantz Fanon, Stuart Hall y Paul Gilroy, quienes reconocieron en Du Bois el origen de la crítica poscolonial.

En su análisis de la vida urbana, Du Bois destacó la importancia del espacio y la segregación. Observó cómo los barrios negros eran deliberadamente confinados y privados de servicios, creando lo que hoy llamaríamos desigualdad espacial. Su mapa social de Filadelfia anticipó la sociología urbana de la Escuela de Chicago, pero con una dimensión ética ausente en muchos de sus contemporáneos. Su sociología fue una ciencia comprometida, al servicio de la emancipación.

La noción de doble conciencia tiene, además, una dimensión universal: describe la experiencia de toda persona o grupo que vive entre culturas

o bajo dominación. Ser consciente de dos mundos el propio y el impuesto puede ser fuente de sufrimiento, pero también de creatividad. Para Du Bois, esa tensión podía convertirse en fuerza moral y política. “La doble conciencia puede transformarse en una visión más profunda de la humanidad” (1903, p. 11).

En la última etapa de su vida, Du Bois se acercó al panafricanismo, defendiendo la unidad de los pueblos africanos y de la diáspora negra frente al colonialismo. Participó en los congresos panafricanos y denunció la explotación imperialista de África y el racismo global. Su pensamiento trascendió así las fronteras nacionales, integrando la cuestión racial dentro de una visión mundial de justicia social.

El legado de W.E.B. Du Bois es inmenso: pionero en la sociología empírica, teórico de la raza como construcción social, crítico del capitalismo y defensor de la educación como emancipación. Su obra sigue siendo una referencia esencial para entender cómo la desigualdad racial se articula con el poder económico, político y simbólico. Giddens (1991) destaca que “Du Bois fue el primer sociólogo que mostró cómo la identidad individual está moldeada por la historia y por las estructuras de dominación” (p. 30). Su visión de la doble conciencia sigue iluminando las tensiones entre pertenencia e identidad en un mundo globalizado.

Du Bois transformó la sociología al introducir la raza como categoría central del análisis social y al demostrar que el conocimiento científico puede ser una herramienta de liberación. Su noción de doble conciencia

continúa siendo una de las contribuciones más poderosas para comprender las experiencias de quienes viven entre mundos desiguales.

3.5 Charlotte Perkins Gilman: Economía doméstica y género

Charlotte Perkins Gilman (1860–1935) fue una de las intelectuales más influyentes del feminismo de principios del siglo XX y una precursora de la sociología del género. Su obra analizó de manera pionera cómo la organización económica y las normas sociales confinaban a las mujeres al ámbito doméstico, limitando su autonomía y su desarrollo intelectual. Gilman entendió que la subordinación femenina no era un destino biológico, sino una construcción social y económica derivada de la división sexual del trabajo. Su pensamiento unió crítica cultural, análisis sociológico y una propuesta emancipadora centrada en la transformación de la vida cotidiana.

En su obra más conocida, *Women and Economics* (1898), Gilman argumentó que la dependencia económica de las mujeres respecto de los hombres era el fundamento de la desigualdad de género. “La relación entre el hombre y la mujer es hoy, en esencia, una relación económica” (Gilman, 1898, p. 5). Según ella, mientras las mujeres siguieran dependiendo del matrimonio para su subsistencia, no podrían alcanzar la plena libertad ni desarrollar sus capacidades humanas. Su tesis anticipó los debates contemporáneos sobre la economía del cuidado y el trabajo doméstico no remunerado, al mostrar que el hogar es también un espacio de producción económica y de poder simbólico.

Gilman rechazó las explicaciones biológicas del patriarcado. Frente a la idea darwinista de que las diferencias entre los sexos eran naturales,

sostuvo que eran el resultado de una estructura social construida por los hombres para mantener el control económico y simbólico. La domesticidad femenina entendida como el ideal de mujer dedicada exclusivamente al hogar era, en su visión, una forma de alienación. “La mujer, confinada al hogar, se convierte en un ser parasitario que depende del trabajo de los demás para sobrevivir” (Gilman, 1898, p. 33). Esta dependencia no solo reducía las oportunidades materiales de las mujeres, sino que empobrecía la vida colectiva al desperdiciar su talento y energía.

Su crítica a la división sexual del trabajo fue también una propuesta de reorganización social. Gilman imaginó una sociedad donde las tareas domésticas fueran colectivas y profesionalizadas, liberando a las mujeres del aislamiento del hogar. Propuso comedores y guarderías comunitarias, viviendas diseñadas para la cooperación y la autonomía, y un sistema educativo igualitario. Estas ideas, que hoy se asocian al feminismo socialista, estaban motivadas por una preocupación ética y sociológica: integrar la esfera privada en el análisis social y reconocer que la economía comienza en el hogar.

En *The Home: Its Work and Influence* (1903), Gilman profundizó en su crítica a la institución doméstica. Sostenía que el hogar tradicional era una estructura arcaica que impedía el progreso social. Para ella, el modelo familiar patriarcal no solo oprimía a las mujeres, sino que generaba una cultura de dependencia y pasividad. La verdadera reforma social, afirmaba, debía empezar por el rediseño de la vida doméstica. “El hogar debe dejar de ser un lugar de servidumbre para convertirse en un espacio de desarrollo humano compartido” (Gilman, 1903, p. 21).

Esta visión hacía de la vivienda y del trabajo doméstico temas centrales para la sociología de la vida cotidiana.

Gilman también abordó las dimensiones psicológicas y simbólicas de la desigualdad. En su relato autobiográfico *The Yellow Wallpaper* (1892), utilizó la ficción para denunciar la opresión médica y patriarcal que sufrían las mujeres. La protagonista, confinada a una habitación por prescripción de su esposo-médico, acaba perdiendo la cordura. La historia simboliza la alienación de las mujeres en el hogar, reducidas al silencio y la pasividad. “He comenzado a pensar que la casa me enferma”, escribe la narradora (Gilman, 1892, p. 12). Esta metáfora del encierro se convirtió en un texto fundacional del feminismo literario y sociológico, al mostrar cómo el control del cuerpo y la mente femenina sostenía el orden patriarcal.

Su pensamiento dialoga con el de otros fundadores de la sociología, pero desde una perspectiva crítica. Frente a Durkheim, que veía la división del trabajo como fuente de cohesión, Gilman señaló que esa división estaba sexuada y jerarquizada. Frente a Spencer y su organicismo, rechazó la idea de que la subordinación femenina fuera funcional al equilibrio social. Y frente a Marx, compartió la crítica a la alienación, pero añadió que el capitalismo se sostenía también en la explotación del trabajo reproductivo femenino. Así, Gilman articuló una sociología del género antes de que la disciplina reconociera ese campo de estudio.

Su propuesta emancipadora no se limitaba a la igualdad de derechos, sino que aspiraba a una reconstrucción moral y social basada en la cooperación. Creía que las mujeres aportarían a la sociedad una “ética

del cuidado” y una racionalidad más humanista. “La libertad de las mujeres no significa imitar al hombre, sino humanizar la vida común” (Gilman, 1898, p. 87). Esta visión, avanzada para su tiempo, anticipa las corrientes contemporáneas que vinculan feminismo, economía solidaria y sostenibilidad.

Gilman fue también una defensora de la educación como herramienta de cambio social. Insistía en que la independencia económica debía acompañarse de una transformación cultural que liberara tanto a mujeres como a hombres de los estereotipos de género. La educación, en su propuesta, debía enseñar a los individuos a cooperar y a compartir responsabilidades. Solo así podría alcanzarse una verdadera sociedad igualitaria.

Aunque su pensamiento fue marginado durante décadas, hoy se reconoce su papel como una de las fundadoras del feminismo sociológico. Sus ideas influyeron en teóricas como Simone de Beauvoir, Betty Friedan y Nancy Fraser, quienes retomaron su análisis del trabajo doméstico y su crítica a la estructura patriarcal. Giddens (1991) señala que “Gilman mostró que la división entre lo público y lo privado es una construcción de poder, y que la economía doméstica es la base invisible de la sociedad moderna” (p. 34). Su aporte consistió en mostrar que no puede haber justicia social sin igualdad en el hogar.

Perkins Gilman transformó el pensamiento sociológico al revelar que la opresión de las mujeres tiene raíces económicas y culturales, y que el espacio doméstico es un terreno político donde se reproducen —o se desafían— las desigualdades de género. Su visión integró economía,

moral y arquitectura social en un proyecto emancipador que sigue inspirando los debates contemporáneos sobre el trabajo, la familia y la equidad.

3.6 William G. Sumner: Normas, folkways y mores

William Graham Sumner (1840–1910) fue uno de los sociólogos estadounidenses más influyentes de fines del siglo XIX y principios del XX. Discípulo intelectual del pensamiento darwinista y del positivismo de Herbert Spencer, Sumner dedicó su obra a estudiar las costumbres, normas y valores que regulan la vida social. Fue uno de los primeros en analizar cómo las reglas de conducta se forman de manera espontánea dentro de los grupos humanos y cómo estas definen lo que una comunidad considera correcto o incorrecto. A través de los conceptos de folkways (usos o costumbres) y mores (normas morales), Sumner estableció las bases para el estudio sociológico de la cultura, la moral y el control social.

En su obra más conocida, *Folkways: A Study of the Sociological Importance of Usages, Manners, Customs, Mores, and Morals* (1906), Sumner definió los folkways como “las formas habituales de pensar, sentir y actuar que surgen espontáneamente en el grupo por la repetición de las experiencias colectivas” (Sumner, 1906, p. 2). Estas costumbres no son impuestas por una autoridad externa, sino que emergen de la convivencia cotidiana. Son las rutinas, hábitos y tradiciones que las personas aprenden sin cuestionarlas y que les permiten coordinar sus acciones y mantener la cohesión del grupo.

Los folkways, según Sumner, son el fundamento de la vida social porque proporcionan estabilidad y continuidad cultural. Incluyen aspectos tan diversos como las formas de saludo, los hábitos alimentarios, las modas, los rituales familiares o las reglas de cortesía. Estas prácticas no tienen necesariamente una justificación racional, pero su persistencia les da fuerza normativa. “Los hombres hacen primero las costumbres, y luego las costumbres hacen a los hombres” (Sumner, 1906, p. 10). En esta frase resume su visión del orden social como un proceso de aprendizaje colectivo donde la cultura moldea la conducta individual.

De los folkways derivan los mores, es decir, las costumbres que han adquirido un significado moral y una sanción social más fuerte. Los mores establecen lo que la comunidad considera bueno o malo, justo o injusto. Mientras los folkways organizan la convivencia, los mores definen la moralidad del grupo. Por ejemplo, ayudar a un vecino o respetar a los mayores puede ser un more, mientras que decir “buenos días” es un folkway. En palabras de Sumner: “Cuando los usos se cargan de un valor moral, se convierten en mores” (1906, p. 11).

La fuerza de los mores radica en su poder coercitivo. Aunque no siempre están codificados en leyes, su violación puede generar rechazo, vergüenza o castigo social. En este sentido, anticipan la distinción posterior entre normas sociales y normas jurídicas. Sumner demostró que el control social no depende solo del Estado o de las instituciones formales, sino también de las prácticas cotidianas que los individuos interiorizan desde la infancia. Este enfoque lo convierte en un precursor de la sociología de la cultura y de la socialización.

Sumner también introdujo la idea de etnocentrismo, definida como la tendencia de los grupos humanos a considerar sus propias costumbres y creencias como superiores a las de los demás. “Cada grupo cree que su manera de vivir es la correcta y que los otros pueblos son bárbaros o inmorales” (Sumner, 1906, p. 13). Esta observación, inspirada en el darwinismo social, reveló cómo el orgullo cultural y la falta de comprensión mutua generan prejuicios, conflictos y discriminación. El etnocentrismo, para Sumner, es una consecuencia natural del apego a los folkways propios, pero también una barrera para la cooperación y el progreso moral de la humanidad.

Su pensamiento, aunque marcado por el evolucionismo de su época, aportó un análisis pionero del relativismo cultural. Reconoció que los folkways y los mores varían según el contexto histórico y geográfico, y que ninguna cultura puede reclamar una superioridad absoluta. Sin embargo, mantuvo una postura conservadora respecto al cambio social. Creía que las costumbres se desarrollan de forma espontánea y que las reformas impuestas desde el poder político suelen ser ineficaces o incluso dañinas. “Las instituciones no se pueden fabricar; crecen como las plantas” (Sumner, 1906, p. 15). Esta metáfora refleja su visión organicista de la sociedad como un sistema natural de adaptación y equilibrio.

Sumner consideraba que las normas sociales surgen de la necesidad del grupo de sobrevivir y adaptarse al entorno. Por tanto, los folkways y los mores son respuestas evolutivas que aseguran la estabilidad social. Este punto de vista lo alineó con la tradición funcionalista que más tarde desarrollaron Durkheim y Parsons, para quienes las normas y valores

son mecanismos de integración. No obstante, mientras Durkheim enfatizaba la conciencia colectiva, Sumner destacaba el papel de la costumbre como base del orden moral.

Desde una perspectiva crítica, su pensamiento ha sido cuestionado por justificar el statu quo y por su cercanía al darwinismo social, ya que consideraba que las desigualdades eran producto de la “selección natural” en la competencia social. Defendió el individualismo económico y la no intervención del Estado, argumentando que las instituciones sociales debían evolucionar libremente según las costumbres. A pesar de ello, su análisis del poder normativo de la cultura sigue siendo una aportación clave a la teoría sociológica.

El legado de Sumner es especialmente relevante para comprender cómo las normas y los valores estructuran la vida cotidiana y cómo el cambio social ocurre a través de la transformación gradual de los mores. Su distinción entre folkways (hábitos sociales) y mores (costumbres morales) se convirtió en una herramienta básica para el estudio del control social, la educación y la moral pública. Giddens (1991) señala que “Sumner aportó una comprensión temprana del vínculo entre cultura y comportamiento, al mostrar que las normas sociales son tan poderosas como las leyes” (p. 36).

William G. Sumner estableció una de las primeras teorías sistemáticas sobre las normas sociales y el comportamiento colectivo. Al explicar cómo las costumbres se transforman en reglas morales y en instituciones, abrió el camino para el estudio científico de la cultura y del orden social. Su obra muestra que la vida social no se impone desde arriba, sino que

se teje día a día en los hábitos, creencias y valores compartidos por las personas.

3.7 El concepto de rol social y estructura social

El concepto de rol social constituye uno de los pilares fundamentales de la sociología moderna, pues permite comprender cómo los individuos participan en la sociedad y cómo sus comportamientos se articulan dentro de un sistema más amplio de relaciones. El término “rol” proviene del mundo del teatro —del francés *rôle*, que designa el papel que un actor interpreta— y fue adoptado por la sociología para describir los comportamientos esperados de una persona en función de su posición dentro de un grupo o institución. A través del estudio de los roles, la sociología analiza la conexión entre lo individual y lo colectivo, entre la acción y la estructura, mostrando que la vida social es una red de expectativas compartidas y de interacciones reguladas.

El rol social se define como el conjunto de normas, conductas y expectativas asociadas a una posición determinada dentro de la sociedad. Así, una persona puede desempeñar simultáneamente múltiples roles como hijo, estudiante, trabajador o ciudadano, cada uno de los cuales implica responsabilidades, derechos y comportamientos específicos. Tal como explica Giddens (1991), “la vida social es posible porque las personas conocen las reglas de conducta apropiadas para cada contexto y anticipan las expectativas de los demás” (p. 40). Esta comprensión recíproca hace posible la coordinación social y el orden cotidiano.

El concepto de rol se vincula estrechamente con el de estatus o posición social, que designa el lugar que un individuo ocupa dentro de la

estructura social mientras el estatus indica la posición, el rol describe la función o el comportamiento que corresponde a esa posición. De esta manera, la estructura social puede entenderse como un entramado de posiciones interdependientes y de los roles que las articulan, tal como planteó Ralph Linton (1936), “el estatus es el conjunto de derechos y deberes, y el rol es su manifestación dinámica” Esta distinción permitió a la sociología analizar la estabilidad del orden social sin reducirlo a las decisiones individuales.

Desde el funcionalismo de Talcott Parsons, el rol social fue concebido como un mecanismo de integración en toda sociedad, los individuos internalizan las normas y valores colectivos a través del proceso de socialización, lo que les permite desempeñar sus roles de manera coherente con las expectativas del sistema. En *El sistema social* (1951), Parsons argumentó que los roles funcionan como “puentes entre la personalidad individual y la estructura social” (p. 25). Cuando las personas cumplen adecuadamente sus roles, contribuyen al equilibrio del sistema; cuando los roles entran en conflicto o se incumplen, surgen tensiones que deben resolverse para mantener la cohesión.

Sin embargo, la sociología contemporánea reconoce que el cumplimiento de los roles no es mecánico ni pasivo. Desde el interaccionismo simbólico corriente representada por George Herbert Mead y Erving Goffman se enfatiza el carácter interpretativo y creativo del rol. Mead (1934) planteó que el individuo construye su identidad social a través de la interacción, al ponerse en el lugar del “otro generalizado” y anticipar las respuestas de los demás. “Ser persona”, escribió, “es desempeñar un conjunto de roles reconocidos por la

comunidad” (p. 155). Esta perspectiva destaca que los roles no son simples guiones impuestos, sino que se negocian constantemente en la interacción social.

Erving Goffman (1959), en su célebre obra *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, llevó esta idea más lejos al analizar la vida social como una representación teatral cada individuo actúa en “escenarios” donde interpreta distintos papeles según las normas del contexto. El comportamiento se ajusta para mantener una imagen coherente ante los demás, lo que él denominó manejo de la impresión. Goffman mostró que los roles sociales son flexibles y estratégicos: las personas adaptan su actuación según las circunstancias, pero dentro de los límites que la estructura social les impone.

La noción de rol social también permite comprender los conflictos y tensiones que surgen cuando un individuo ocupa múltiples posiciones incompatibles este fenómeno, conocido como conflicto de roles, se presenta, por ejemplo, cuando las expectativas del rol profesional contradicen las del rol familiar, asimismo, la tensión de rol ocurre cuando las demandas dentro de un mismo rol son difíciles de cumplir simultáneamente. Estas situaciones revelan que la vida social no es estática, sino un campo de negociación constante entre las normas colectivas y las capacidades individuales.

La estructura social incluye tanto los elementos macrosociales (clase, género, etnicidad, instituciones) como las interacciones microsociales que les dan vida. Simmel (1908) subrayó que la estructura no es algo exterior a los individuos, sino el conjunto de formas de relación que

emergen de su interacción. Por ello, puede afirmarse que la estructura social no es una cosa fija, sino una red dinámica de roles y vínculos. Como sintetiza Berger (1963), “la sociedad es una obra humana: los hombres la producen, pero una vez creada, esta ejerce poder sobre ellos” (p. 65).

Desde esta perspectiva, el rol social es el punto de encuentro entre la acción individual y la estructura colectiva. Los individuos actúan dentro de marcos institucionales que definen sus posibilidades, pero al mismo tiempo, sus acciones cotidianas reproducen o transforman esas estructuras. Anthony Giddens (1991) desarrolló esta idea en su teoría de la estructuración, al sostener que “la estructura no solo condiciona la acción, sino que también es el resultado de ella” (p. 37). Los roles, por tanto, no son fijos: se recrean constantemente en la práctica social.

El estudio de los roles y la estructura social tiene una importancia fundamental para entender fenómenos contemporáneos como los cambios en la familia, el trabajo o la educación. Por ejemplo, la redefinición de los roles de género ha transformado la estructura doméstica y laboral, desafiando los patrones tradicionales de autoridad. Asimismo, las nuevas tecnologías han generado roles sociales inéditos —influencers, creadores de contenido, activistas digitales— que reconfiguran las jerarquías simbólicas y la interacción social.

Así el rol social y la estructura social son conceptos complementarios que explican la tensión permanente entre el individuo y la sociedad. El primero permite entender cómo las personas aprenden a actuar dentro de las normas colectivas; el segundo muestra cómo esas acciones se

integran en un sistema de relaciones que da forma y estabilidad a la vida social. La sociología, al estudiar ambos, revela que el orden no es natural ni estático, sino el resultado continuo de la cooperación, la interpretación y la negociación entre los actores sociales.

CAPÍTULO IV

4 TEORÍAS MODERNAS Y PARADIGMAS DEL SIGLO XX

4.1 Escuela de Chicago: El interaccionismo simbólico (Mead, Cooley, Park)

La Escuela de Chicago fue una de las corrientes más influyentes en el desarrollo de la sociología moderna, especialmente por su énfasis en el estudio empírico de la vida urbana y de las interacciones cotidianas. Fundada en la Universidad de Chicago a inicios del siglo XX, este movimiento se consolidó entre 1910 y 1940 como un laboratorio de observación social. Su enfoque principal —el interaccionismo simbólico— transformó la comprensión de la relación entre individuo y sociedad al proponer que la realidad social se construye a través de los significados compartidos y de la comunicación simbólica. Entre sus representantes más destacados se encuentran George Herbert Mead, Charles Horton Cooley y Robert E. Park, cuyas contribuciones sentaron las bases de la sociología interpretativa y la micro-sociología contemporánea.

El contexto en que surgió la Escuela de Chicago fue el de una ciudad que se convertía rápidamente en un símbolo de la modernidad: industrialización, migraciones masivas, diversidad cultural y expansión urbana. Chicago era, en palabras de Park (1915), “un laboratorio natural donde observar los procesos de desorganización y reorganización social” (p. 7). Los investigadores de esta escuela adoptaron métodos cualitativos —observación participante, estudios de caso, entrevistas y mapas sociales— para analizar fenómenos como la pobreza, la delincuencia,

los guetos étnicos, la juventud y la adaptación cultural. Frente a la sociología teórica europea, su enfoque fue empírico, inductivo y pragmático, centrado en la experiencia vivida.

El interaccionismo simbólico, corriente teórica que se consolidó dentro de esta escuela, parte de una idea fundamental: la sociedad no es una estructura fija, sino un proceso continuo de interacción en el que los individuos crean significados compartidos. George Herbert Mead (1934), uno de sus principales fundadores, afirmó que “la mente y el yo surgen del proceso social de comunicación” (p. 155). En su obra *Mind, Self and Society*, Mead explica que la identidad individual —el self— se forma al interior de la interacción social, a través del lenguaje y de los símbolos. El ser humano no solo reacciona ante los demás, sino que interpreta sus acciones y ajusta las suyas en consecuencia.

Para Mead, la capacidad de ponerse en el lugar del otro es el fundamento del orden social. Introdujo el concepto del “otro generalizado”, que representa el conjunto de expectativas y normas que la persona internaliza desde la comunidad. En el juego y en la comunicación, los individuos aprenden a adoptar diferentes roles y a ver su comportamiento desde la perspectiva de los demás. Así, la sociedad se reproduce simbólicamente: cada persona actúa considerando las reacciones imaginadas de los otros. Esta concepción dio origen a una sociología procesual y relacional, donde la acción y el significado son más importantes que las estructuras o las leyes universales.

Otro miembro clave del interaccionismo simbólico fue Charles Horton Cooley (1864–1929), quien desarrolló el concepto del “yo espejo”

(looking-glass self). En *Human Nature and the Social Order* (1902), Cooley sostuvo que la identidad se construye al imaginar cómo los demás nos perciben. “Nos vemos reflejados en la mente de los otros, como en un espejo” (Cooley, 1902, p. 23). Este proceso tiene tres etapas: primero, imaginamos cómo nos ven los demás; segundo, cómo juzgan esa imagen; y tercero, desarrollamos un sentimiento sobre nosotros mismos en función de ese juicio. De esta manera, la autoimagen depende del reconocimiento y la interacción. El “yo” no es una entidad aislada, sino una construcción social que cambia con cada experiencia.

El pensamiento de Cooley aportó una comprensión profunda de la socialización y de los vínculos afectivos en los grupos primarios —la familia, los amigos, las comunidades locales—. En estos espacios se forman los valores y las normas que luego regulan la conducta en la vida pública. Para él, la sociedad es una red de relaciones interdependientes y simbólicas. “La vida social es una imaginación compartida”, escribió (Cooley, 1902, p. 45). Su énfasis en la comunicación y la empatía influiría posteriormente en la psicología social y en la teoría de los medios.

Robert E. Park (1864–1944), por su parte, amplió el enfoque interaccionista hacia el estudio de la ciudad y de los procesos de cambio social. Fue quien integró la observación empírica y la teoría ecológica dentro de la sociología urbana. Junto con Ernest Burgess, desarrolló el modelo de zonas concéntricas de la ciudad, según el cual los grupos sociales se distribuyen en anillos que reflejan su estatus económico, su grado de integración y sus formas de interacción. Para Park, la ciudad era un “laboratorio moral” donde las personas aprenden a coexistir en

medio de la diversidad y la competencia. “La ciudad no es solo un lugar físico, sino un estado mental, un conjunto de costumbres y actitudes” (Park, 1925, p. 40).

Park introdujo el concepto de “distancia social”, que mide el grado de aceptación o rechazo entre distintos grupos étnicos y sociales. Este concepto permitió analizar los procesos de segregación, asimilación y conflicto cultural en contextos urbanos. En lugar de ver la sociedad como un sistema ordenado y cerrado, Park la concibió como un espacio de interacciones en movimiento, donde los individuos negocian constantemente su lugar. Su enfoque abrió el camino para los estudios de migración, minorías y comunicación intercultural.

El interaccionismo simbólico, en conjunto, sostiene que la realidad social se construye a través del lenguaje, los símbolos y los significados compartidos. Las instituciones familia, escuela, trabajo, religión no existen independientemente de las prácticas que las sostienen; son productos de la interacción cotidiana. Este enfoque rompe con el determinismo estructural y devuelve protagonismo al individuo como sujeto activo. Como señala Giddens (1991), “la Escuela de Chicago enseñó que la sociedad es una conversación continua: las personas crean y recrean el mundo social al comunicarse” (p. 42).

Los métodos de la Escuela de Chicago también marcaron un giro en la investigación sociológica. Frente a la estadística o la teoría abstracta, sus autores privilegiaron la observación participante, los relatos de vida y el estudio de comunidades concretas. Obras como *The Polish Peasant in Europe and America* de Thomas y Znaniecki (1918) o los estudios sobre

pandillas juveniles de Clifford Shaw mostraron cómo la investigación cualitativa puede captar los significados subjetivos de la acción social.

El legado del interaccionismo simbólico se extiende hasta la sociología contemporánea. Inspiró corrientes como la etnometodología (Harold Garfinkel) y la sociología de la vida cotidiana (Erving Goffman), que profundizaron en la manera en que los individuos “ponen en escena” sus roles y construyen la realidad social en la interacción. También influyó en la psicología social y en los estudios sobre comunicación, identidad y cultura.

La Escuela de Chicago transformó la sociología al colocar la interacción simbólica en el centro del análisis. Mead mostró que la mente y el yo surgen de la comunicación; Cooley explicó cómo el individuo se ve reflejado en los otros; y Park reveló que la ciudad es un escenario donde se negocian las identidades y los vínculos sociales. Todos coincidieron en que la sociedad no es una cosa dada, sino una creación constante que se renueva en cada encuentro humano.

4.2 Funcionalismo estructural (Parsons, Merton)

El funcionalismo estructural fue una de las corrientes teóricas más influyentes de la sociología del siglo XX. Desarrollada principalmente por Talcott Parsons y Robert K. Merton, esta perspectiva buscó explicar cómo las distintas partes de la sociedad contribuyen al mantenimiento del orden, la estabilidad y la integración social. Inspirado en el pensamiento de Émile Durkheim y Herbert Spencer, el funcionalismo parte de la analogía entre la sociedad y un organismo vivo: cada

institución o práctica social cumple una función que contribuye al equilibrio del sistema total.

Durante la primera mitad del siglo XX, el funcionalismo estructural se consolidó en un contexto de reconstrucción social y económica, especialmente después de la Segunda Guerra Mundial. En una época de búsqueda de estabilidad y consenso, esta teoría ofreció una visión ordenada de la sociedad, enfatizando la interdependencia de sus partes y la necesidad de normas compartidas. Según Parsons (1951), la sociología debía explicar cómo las sociedades logran mantenerse cohesionadas a pesar de los conflictos y cambios constantes.

4.3 Talcott Parsons y el sistema social

Talcott Parsons (1902–1979) fue quien formuló la versión más sistemática del funcionalismo. En su obra *The Social System* (1951), definió la sociedad como un sistema de acción estructurado compuesto por subsistemas interdependientes —la economía, la política, la cultura, la familia, la educación—, cada uno de los cuales cumple funciones específicas que garantizan la estabilidad del conjunto. Para Parsons, todo sistema social enfrenta cuatro requisitos funcionales fundamentales, conocidos como el esquema AGIL:

- **Adaptación (A):** La sociedad debe adaptarse a su entorno y distribuir los recursos necesarios para sobrevivir. Esta función corresponde principalmente al sistema económico.

- **Goal attainment o logro de metas (G):** El sistema debe establecer y alcanzar objetivos colectivos, función del sistema político.
- **Integración (I):** Las diferentes partes del sistema deben coordinarse y mantenerse unidas, tarea que cumplen la religión, la moral y el derecho.
- **Latencia o mantenimiento de pautas (L):** La sociedad debe reproducir los valores y motivaciones que garantizan la continuidad del sistema, función atribuida a la familia y a la educación.

Estas funciones permiten que el sistema social conserve su equilibrio frente al cambio. Parsons (1951) afirmó que “una sociedad estable es aquella en la que los individuos internalizan las normas y valores que orientan su acción” (p. 37). La socialización es, por tanto, el mecanismo mediante el cual los valores colectivos se transmiten y se reproducen. Así, la sociedad logra integrar a los individuos, convertirlos en actores cooperativos y evitar la anomia.

El modelo parsoniano se inspira en Durkheim, quien veía en la moral y las instituciones los fundamentos del orden social. Sin embargo, Parsons llevó este planteamiento a un nivel de abstracción más alto: la acción social se entiende dentro de un marco normativo que vincula motivaciones individuales con reglas colectivas. En este sentido, su teoría fue una síntesis entre el estructuralismo y la teoría de la acción.

Aunque su pensamiento fue criticado por su excesivo formalismo, Parsons aportó una visión coherente del funcionamiento social. Su objetivo no era negar el cambio, sino mostrar que incluso las transformaciones ocurren dentro de límites normativos que aseguran la continuidad del sistema. Como señaló Giddens (1991), “Parsons fue el arquitecto de una sociología del orden: una teoría del equilibrio que buscaba entender cómo es posible la sociedad” (p. 48).

4.4 Robert K. Merton y las funciones manifiestas y latentes

Robert K. Merton (1910–2003), discípulo de Parsons, desarrolló una versión más empírica y flexible del funcionalismo. En su obra *Social Theory and Social Structure* (1949), Merton propuso una sociología que no se limitara a los grandes sistemas teóricos, sino que analizara funciones concretas dentro de contextos específicos. Mientras Parsons se centraba en la integración global, Merton puso atención en los desequilibrios, las tensiones y los efectos no previstos del funcionamiento social.

Una de sus aportaciones más importantes fue la distinción entre funciones manifiestas y funciones latentes. Las funciones manifiestas son los efectos intencionados y reconocidos de una práctica o institución; las funciones latentes, en cambio, son los efectos no buscados o inadvertidos. Por ejemplo, la educación tiene la función manifiesta de transmitir conocimientos, pero también cumple funciones latentes como la socialización, la creación de redes sociales o la reproducción de la jerarquía social. Esta distinción permitió analizar la complejidad de los fenómenos sociales más allá de sus fines declarados.

Merton también introdujo el concepto de disfunción, es decir, aquellas consecuencias que debilitan o desorganizan el sistema social. Reconoció que no todas las instituciones contribuyen positivamente al equilibrio; algunas generan tensiones o desigualdades. Este enfoque matizó el optimismo de Parsons, mostrando que la sociedad puede contener contradicciones internas sin colapsar necesariamente.

En su estudio sobre la anomia —inspirado en Durkheim—, Merton propuso la teoría de la tensión estructural (*strain theory*), según la cual la desviación social surge cuando existe un desajuste entre los objetivos culturales valorados (como el éxito económico) y los medios legítimos para alcanzarlos. Cuando el acceso a esos medios es desigual, los individuos pueden recurrir a estrategias desviadas como la innovación o la rebelión. Así, Merton explicó la criminalidad y la desviación como respuestas adaptativas dentro del sistema, no como simples fallas morales.

Con esta visión más realista, el funcionalismo de Merton dejó espacio para el cambio social. A diferencia de Parsons, aceptó que las sociedades no siempre logran el equilibrio perfecto y que la adaptación implica conflicto, innovación y reforma. “La estabilidad no excluye la tensión”, escribió (Merton, 1949, p. 89).

4.5 Aportes y críticas

El funcionalismo estructural tuvo una gran influencia en la sociología de mediados del siglo XX. Proporcionó un marco analítico para estudiar instituciones como la familia, la educación, la religión y el Estado, destacando su papel en la cohesión social. Su énfasis en la

interdependencia de las partes ayudó a entender la sociedad como un sistema complejo y autorregulado.

Sin embargo, también recibió críticas importantes. Autores como C. Wright Mills, Ralf Dahrendorf y Pierre Bourdieu señalaron que el funcionalismo tendía a justificar el orden existente, ignorando el conflicto y el poder. Al centrarse en la estabilidad, relegaba a un segundo plano las desigualdades y las luchas sociales. Desde el marxismo, se cuestionó su carácter conservador y su visión de consenso; desde el interaccionismo, su falta de atención al significado subjetivo de la acción.

A pesar de estas críticas, el funcionalismo estructural sigue siendo una referencia esencial. Su visión sistémica influyó en disciplinas como la antropología, la ciencia política y la psicología social, y muchos de sus conceptos —función, estructura, integración, anomia, rol— siguen siendo herramientas analíticas fundamentales.

4.6 Teoría del conflicto (Dahrendorf, Wright Mills)

La teoría del conflicto surge a mediados del siglo XX como una reacción crítica frente al predominio del funcionalismo estructural. Mientras el funcionalismo, representado por Talcott Parsons, concebía la sociedad como un sistema armónico donde cada parte cumple una función para mantener el equilibrio, la teoría del conflicto sostiene que la sociedad está marcada por la desigualdad, la coerción y la lucha por el poder. Esta corriente retoma la herencia marxista y la adapta a los contextos del capitalismo avanzado, mostrando que el cambio social no proviene del consenso, sino del enfrentamiento entre intereses opuestos. Entre sus

principales exponentes se destacan Ralf Dahrendorf y C. Wright Mills, quienes reinterpretaron el pensamiento sociológico para explicar las tensiones y contradicciones que atraviesan las sociedades modernas.

Ralf Dahrendorf: Autoridad y conflicto en la sociedad industrial

Ralf Dahrendorf (1929–2009) fue uno de los teóricos que más claramente sistematizó el pensamiento del conflicto en el marco de las sociedades contemporáneas. En su obra *Class and Class Conflict in Industrial Society* (1959), propuso una reinterpretación de Marx adaptada a la realidad del siglo XX. Dahrendorf coincidía con Marx en que el conflicto es inherente a toda sociedad, pero rechazaba la idea de que este se base únicamente en la propiedad de los medios de producción. En las sociedades modernas, argumentó, las relaciones de autoridad — y no solo las relaciones económicas— son la principal fuente de desigualdad y conflicto.

Según Dahrendorf, toda estructura social se compone de posiciones de dominación y subordinación. Las instituciones generan relaciones de autoridad que otorgan poder a unos grupos sobre otros: directivos sobre empleados, profesores sobre estudiantes, Estado sobre ciudadanos. Estas posiciones, aunque funcionales para el orden, producen tensiones porque los intereses de quienes mandan y de quienes obedecen nunca coinciden plenamente. “Donde hay autoridad, hay conflicto potencial” (Dahrendorf, 1959, p. 47).

El conflicto, lejos de ser una disfunción, es un motor del cambio social. Dahrendorf argumentó que las luchas entre grupos con intereses opuestos son necesarias para la evolución de las instituciones. Los

conflictos generan ajustes, reformas y transformaciones que impiden la rigidez del sistema. Así, el conflicto cumple un papel equivalente al de la función en el funcionalismo, pero desde una perspectiva dinámica.

Además, introdujo la noción de grupos de interés y de conflicto. Los primeros son aquellos que aún no son conscientes de su posición subordinada; los segundos, cuando adquieren conciencia de sus intereses y comienzan a organizarse políticamente. Este proceso de toma de conciencia colectiva recuerda la teoría marxista de la clase en sí y la clase para sí, pero con un enfoque más institucional y menos económico.

Para Dahrendorf, el poder y la autoridad son los ejes centrales de la vida social. La sociedad moderna no está integrada por consenso moral — como creía Parsons—, sino por la coacción legítima y la negociación permanente. De este modo, sustituyó la noción de equilibrio por la de coexistencia de orden y conflicto. “Toda sociedad contiene elementos de consenso y de coerción, de integración y de conflicto; ambos son necesarios para su existencia” (Dahrendorf, 1959, p. 112).

Su aporte permitió renovar la sociología del poder, integrando las tensiones políticas y organizacionales en el análisis del cambio social. En lugar de pensar la sociedad como un organismo que busca el equilibrio, la concibió como un campo de fuerzas que se transforma constantemente a partir de las contradicciones internas.

C. Wright Mills: Poder, estructura y conciencia crítica

C. Wright Mills (1916–1962), otro de los grandes representantes de la teoría del conflicto, fue una figura clave de la sociología crítica estadounidense. En obras como *The Power Elite* (1956) y *The Sociological Imagination* (1959), denunció las desigualdades de poder en la sociedad norteamericana y la complicidad de las instituciones académicas con el statu quo. Para Mills, la sociología debía recuperar su capacidad de crítica y de compromiso con los problemas reales de las personas.

En *The Power Elite*, analizó la estructura del poder en Estados Unidos y sostuvo que el gobierno, las grandes corporaciones y las fuerzas armadas formaban una élite del poder que tomaba las decisiones fundamentales sin rendir cuentas a la ciudadanía. Este grupo concentraba los recursos económicos, políticos y militares, configurando una oligarquía moderna. “La historia de la humanidad es la historia de quienes tienen poder y de quienes están sometidos a él” (Mills, 1956, p. 9). Frente a la visión funcionalista de la democracia como un sistema de equilibrio, Mills mostró que el poder estaba centralizado y que las masas eran cada vez más pasivas y manipuladas.

Una de sus contribuciones más duraderas fue el concepto de imaginación sociológica, definido como la capacidad de conectar las experiencias personales con los procesos históricos y estructurales. En *The Sociological Imagination*, Mills (1959) escribió: “La imaginación sociológica nos permite comprender la biografía y la historia, y la relación entre ambas en la sociedad” (p. 12). Gracias a esta facultad, el

individuo puede reconocer que sus problemas privados —como el desempleo o la frustración— son, en realidad, cuestiones públicas derivadas de la organización económica y política.

La imaginación sociológica no es solo una herramienta analítica, sino también una forma de emancipación. Permite al individuo tomar conciencia de las estructuras que lo condicionan y participar activamente en su transformación. Para Mills, la sociología debía ser una ciencia crítica y pública, capaz de denunciar la desigualdad y de inspirar la acción social. Rechazaba la neutralidad valorativa de Parsons y defendía una sociología comprometida con la verdad y la justicia.

Al igual que Dahrendorf, Mills consideraba que el conflicto es inherente a la vida social. Sin embargo, puso mayor énfasis en el papel de la cultura y la conciencia. Mientras Dahrendorf explicó el conflicto desde las estructuras de autoridad, Mills lo vinculó con la falta de conciencia y participación ciudadana. Criticó la alienación de las masas en la sociedad de consumo y el papel de los medios en la creación de una cultura pasiva. Su análisis anticipó debates posteriores sobre la hegemonía y el control simbólico.

El conflicto como motor del cambio social

Tanto Dahrendorf como Wright Mills coincidieron en que el conflicto no es un elemento patológico, sino una condición necesaria del cambio social. Sin contradicciones, no hay transformación ni progreso. La estabilidad aparente de las instituciones oculta desigualdades que tarde o temprano generan resistencia y transformación. Frente al consenso funcionalista, la teoría del conflicto subraya la dinámica del poder y la

lucha por los recursos —materiales, políticos y simbólicos— como eje del desarrollo histórico.

Mientras Dahrendorf ofreció un modelo analítico del poder institucional, Mills aportó una visión crítica que unía conocimiento y acción. El primero mostró que las estructuras sociales contienen siempre tensiones entre autoridad y subordinación; el segundo enseñó que la conciencia y la reflexión sociológica son herramientas para liberar al individuo de la dominación.

La teoría del conflicto dio un giro a la sociología contemporánea al introducir el poder, la desigualdad y la crítica en el centro del análisis. Como señala Giddens (1991), “la teoría del conflicto restituyó a la sociología su dimensión histórica, mostrando que toda sociedad está atravesada por contradicciones que impulsan su transformación” (p. 50).

4.7 Teoría crítica (Horkheimer, Adorno, Marcuse, Habermas)

A inicios del siglo XX, en la Escuela de Frankfurt, se originó la Teoría Crítica, una línea de pensamiento que combina aspectos filosóficos y sociológicos, su objetivo fue actualizar el marxismo tradicional de acuerdo con las transformaciones del capitalismo contemporáneo, así como examinar la forma en que ya no solo se ejerce la dominación a través de la política o la economía, sino también por medio de la comunicación, la cultura y la racionalidad, sus más destacados representantes, Theodor W. Adorno, Jürgen Habermas, Max Horkheimer y Herbert Marcuse, coincidieron en que la sociología debía ser una ciencia crítica, no solamente entender la realidad, sino también interrogar las estructuras de poder e impulsar el desarrollo humano.

Orígenes y fundamentos

La Escuela de Frankfurt, establecida en 1923 como Instituto de investigación Social de la Universidad de Frankfurt, fue el lugar donde se originó la Teoría Crítica, en un mundo caracterizado por la burocratización socialista, la crisis económica, el crecimiento del fascismo y la expansión del capitalismo industrial, estos intelectuales se plantearon examinar el marxismo desde un punto de vista interdisciplinario, con el objetivo de comprender por qué las sociedades modernas, en lugar de progresar hacia la libertad, habían replicado nuevas maneras de alineación y control, integraron componentes de la psicología, la sociología, la filosofía y la estética.

En su ensayo Teoría crítica y teoría tradicional (1937), Max Horkheimer definió la diferencia fundamental entre las dos, la teoría crítica, a diferencia de la teoría tradicional, asociada al positivismo y las ciencias naturales, acepta que todos los saberes están relacionados con intereses sociales y humanos. Horkheimer (1973, p.12), sostiene que ``el pensamiento crítico no solo pretende entender la sociedad, sino también cambiarla``, es decir, su meta no es la imparcialidad absoluta, sino la liberación.

Horkheimer y Adorno: La razón instrumental y la industria cultural

Dialéctica de la Ilustración (1944), uno de los libros más importantes del pensamiento actual, fue redactado por Horkheimer y Theodor W. Adorno mientras estaban exiliados en Estados Unidos, en la mismo argumentan que el proyecto ilustrado de emancipar al ser humano a

través de la razón se ha convertido en lo opuesto, una razón instrumental que subyuga a la naturaleza, a los demás y, por último, a sí misma, la racionalidad contemporánea, que se guía por la eficiencia y el control técnico, ha transformado a las personas en herramientas de manipulación política y económica.

De qué manera se manifiesta esta racionalidad de la industria cultural, como los medios comunicación, el cine, la música popular y la publicidad, fue analizando por Adorno y Horkheimer, estos productos estandarizados generan pasividad y conformidad, suprimen la capacidad de análisis crítico de las masas. Según Adorno & Horkheimer, (1944, p. 128). ``La cultura se ha transformado en una fábrica de entretenimiento donde la diversión es el prolongamiento del trabajo``, lo que da a entender, las personas al consumir cultura se sienten libres a la vez que perpetúan las reglas del capitalismo.

El objetivo de esta crítica cultural no era rechazar la tecnología o el arte, sino más bien señalar su empleo como herramientas de dominación simbólica, para los frankfurtianos, era necesario volver a una razón crítica y reflexiva que pudiera resistir la manipulación del sistema para lograr la emancipación, la sociología tenía que examinar no únicamente la estructura económica, sino también los modos de pensar, comunicarse y desear que sostiene el dominio.

Herbert Marcuse: La sociedad unidimensional y la falsa conciencia

Herbert Marcuse (1898-1979), fue otro notable integrante de la Escuela de Frankfurt, que introdujo la Teoría Crítica en el escenario de la sociedad consumista y posbélica, en el hombre unidimensional (1964),

Marcuse afirmó que el capitalismo evolucionado había conseguido neutralizar la resistencia social al integrar a las personas en un sistema de consumo y bienestar, los medios, la tecnología y la publicidad generan una conciencia unidimensional que no puede concebir alternativas al orden existente, ``La libertad se vuelve una opción entre productos``(Marcuse, 1964, p. 22).

Según Marcuse, el trabajo de la teoría crítica tenía dos aspectos, por un lado, denunciar la opresión y, por otro, proclamar que era posible una existencia diferente, más humana, es por ello que su frase más celebre nos comenta, que `` El pensamiento crítico solo existe cuando se rechaza lo que es en nombre de lo que podría ser`` (Marcuse, 1964, p. 43).

Jürgen Habermas: comunicación, racionalidad y acción social

La teoría Crítica fue reformulada por la segunda generación de la Escuela de Frankfurt, liderada por Jürgen Habermas (1929), y se ajustó a las democracias actuales, Habermas, en su trabajo Teoría de la acción comunitaria (1981), cuestiono el enfoque pesimista de quienes le precedieron y sugirió una nueva concepción de racionalidad que se fundamenta no en la dominación, sino en el dialogo y el entendimiento mutuo, Habermas hizo una distinción entre dos clases de racionalidad.

1. Racionalidad instrumental, enfocada en la eficacia y el éxito, característica del sistema económico y político.
2. Racionalidad comunicativa, enfocada en la comprensión, que se refleja tanto en el lenguaje como en las interacciones diarias.

3. La primera tiende a colonizar la vida social, por medio de la burocracia, los medios y el mercado, mientras que la segunda simboliza la posibilidad de emancipación de la sociedad, en los lugares donde la gente conversa libremente y sin coerción, la familia, el ámbito público y los movimientos sociales, es posible crear un consenso democrático y racional.

El ideal de una esfera pública deliberativa fue defendido por Habermas en la que los ciudadanos intervengan de manera activa en el desarrollo de la voluntad colectiva, 'Una democracia autentica se fundamente en una comunicación que no esté dominada'' (Habermas, 1981, p. 78). De esta manera, convirtió la Teoría crítica en una sociología de la comunicación que conserva el espíritu emancipador de Frankfurt, pero común un enfoque más pragmatismo y menos sombrío.

Aportes y vigencia de la Teoría Crítica

La Teoría Crítica unió filosofía, sociología y política para analizar la modernidad como un proyecto ambivalente: liberador en sus ideales, pero opresivo en sus formas. Frente al positivismo, que pretendía neutralidad, los teóricos críticos insistieron en que el conocimiento siempre implica una posición ética y política. Su sociología no busca describir el orden, sino desenmascarar la dominación. Entre sus principales aportes se encuentran:

- La crítica a la razón instrumental y al uso de la ciencia y la técnica como medios de control.

- El análisis de la cultura de masas y del papel de los medios en la reproducción del poder.
- La reflexión sobre la alienación en la sociedad de consumo.
- La defensa del diálogo y la comunicación como vías para la emancipación democrática.

La Teoría Crítica ha influido en múltiples corrientes posteriores, desde los estudios culturales hasta el feminismo, la ecología política y la teoría poscolonial. Autores como Nancy Fraser, Axel Honneth y Boaventura de Sousa Santos han continuado su legado al explorar nuevas formas de injusticia y reconocimiento.

4.8 Sociología del conocimiento (Berger y Luckmann)

La sociología del conocimiento es una corriente teórica que busca comprender cómo las ideas, los saberes y las creencias humanas se originan y se mantienen en el contexto social. Más que preguntar qué conocemos, se pregunta cómo llegamos a considerar algo como verdadero, válido o natural dentro de una sociedad determinada. Su desarrollo moderno alcanzó una formulación decisiva con la obra de Peter L. Berger y Thomas Luckmann, *La construcción social de la realidad* (1966), considerada uno de los textos más influyentes de la sociología contemporánea.

Esta perspectiva sostiene que el conocimiento no surge en el vacío ni es simplemente el resultado de procesos individuales de pensamiento, sino que se forma a través de la interacción social y de los significados

compartidos. Berger y Luckmann afirmaron que la realidad cotidiana es una construcción social, producto de la vida en común. Lo que los individuos perciben como “natural” o “sentido común” es, en realidad, el resultado de procesos históricos y culturales que se transmiten y reproducen mediante el lenguaje, las instituciones y la educación.

Raíces teóricas y giro sociológico del conocimiento

La sociología del conocimiento tiene antecedentes en los trabajos de Karl Marx, Max Scheler y Karl Mannheim. Marx había señalado que las ideas dominantes de cada época reflejan los intereses de la clase dominante. Mannheim, por su parte, desarrolló una sociología del conocimiento más amplia, mostrando que todos los sistemas de pensamiento —religiosos, científicos, filosóficos o políticos— están condicionados por el contexto social del que emergen. Sin embargo, Berger y Luckmann dieron un giro innovador al centrar su análisis no en las ideologías o doctrinas intelectuales, sino en la realidad cotidiana: en la manera en que la vida común se estructura por significados compartidos.

Según Berger y Luckmann (1966), “la realidad de la vida cotidiana se presenta como un mundo ordenado, dotado de sentido, que se impone al individuo como un hecho objetivo” (p. 23). Pero este mundo, aunque parece objetivo, es el producto de una construcción intersubjetiva: se crea a través de la interacción social y se mantiene mediante la institucionalización.

Construcción social de la realidad: Externalización, objetivación e internalización.

El núcleo de su teoría se basa en un proceso dialéctico de tres momentos: externalización, objetivación e internalización.

- **Externalización:** Los seres humanos, mediante su actividad y comunicación, proyectan sus ideas, valores y significados hacia el mundo. Toda acción humana deja huellas: costumbres, símbolos, lenguajes, instituciones.
- **Objetivación:** Esas creaciones se consolidan y adquieren una existencia independiente de los individuos. Las instituciones, las normas y los roles sociales comienzan a presentarse como realidades “dadas”, que existen antes y fuera de cada persona.
- **Internalización:** Los individuos, al socializarse, aprenden esos significados y los incorporan como parte de su propia conciencia. La realidad social se interioriza y se percibe como natural.

Este ciclo explica cómo lo social produce al individuo y, al mismo tiempo, cómo los individuos reproducen lo social. “La sociedad es un producto humano; el hombre es un producto social” (Berger & Luckmann, 1966, p. 78).

El papel de la socialización y el lenguaje

La socialización es el mecanismo a través del cual la realidad social se transmite de generación en generación. A través de ella, los individuos aprenden las normas, valores y creencias de su cultura, y adquieren las

categorías cognitivas necesarias para interpretar el mundo. Berger y Luckmann distinguen dos fases de socialización:

- **La socialización primaria**, que ocurre en la infancia dentro de la familia o del entorno más cercano, y donde se construye la identidad básica.
- **La socialización secundaria**, que tiene lugar en etapas posteriores, cuando el individuo se incorpora a otros contextos — como la escuela, el trabajo o la religión— y asimila nuevos roles y submundos sociales.

El lenguaje ocupa un papel central en este proceso. Es el instrumento por el cual los significados se objetivan y se comunican. Las palabras no solo describen el mundo: lo crean. Nombrar algo implica darle existencia social. “El lenguaje construye el mundo de la vida cotidiana, lo organiza y le da sentido” (Berger & Luckmann, 1966, p. 57). A través del lenguaje, los individuos no solo comunican ideas, sino que también establecen los límites de lo que se considera real o posible dentro de su cultura.

Institucionalización y legitimación del conocimiento

Las instituciones —como la familia, la escuela, el Estado o la religión— desempeñan una función clave en la consolidación del conocimiento social. Una vez que las prácticas y normas se repiten, se institucionalizan, es decir, se vuelven patrones estables de comportamiento. Con el tiempo, esas instituciones producen mecanismos de legitimación: sistemas de creencias, ideologías o teorías que justifican su existencia.

Por ejemplo, las reglas del matrimonio o las jerarquías laborales se legitiman a través de discursos religiosos, científicos o morales que les otorgan sentido. Así, el conocimiento social no solo describe el mundo, sino que lo mantiene y lo defiende. La sociología del conocimiento, en consecuencia, se dedica a revelar estos procesos ocultos que transforman lo histórico en “natural”.

La realidad cotidiana y el sentido común

Una de las principales aportaciones de Berger y Luckmann fue situar el sentido común como objeto de estudio sociológico. La vida cotidiana está regida por un conjunto de saberes prácticos, creencias y rutinas que permiten a las personas actuar sin cuestionarlo todo constantemente. Este conocimiento cotidiano es fragmentario, pero suficiente para desenvolverse en el mundo.

Sin embargo, este sentido común también puede ocultar las estructuras de poder y las desigualdades. Lo que una sociedad considera “normal” o “natural” suele reflejar sus jerarquías y valores dominantes. De ahí el carácter crítico de la sociología del conocimiento: desnaturalizar lo dado, mostrar que las realidades son construidas y, por tanto, pueden ser transformadas.

Vigencia y aportes

La teoría de Berger y Luckmann ha tenido un impacto profundo en la sociología, la antropología, la psicología social y la comunicación. Sus conceptos de construcción social, institucionalización y socialización son hoy fundamentales para entender fenómenos tan diversos como la

identidad de género, la religión, los medios de comunicación o las representaciones del poder.

Además, su enfoque dialoga con el interaccionismo simbólico de Mead y Cooley, al subrayar que la realidad surge del intercambio simbólico entre actores. Pero va más allá al incorporar una dimensión histórica y estructural: las interacciones cotidianas, al repetirse, crean instituciones que trascienden a los individuos.

Para Giddens (1991), “Berger y Luckmann devolvieron a la sociología la conciencia de que el mundo social no es una simple estructura externa, sino una obra humana en permanente construcción” (p. 54). Su propuesta invita a pensar que cambiar la sociedad implica cambiar los significados con los que la interpretamos.

4.9 El enfoque fenomenológico y la vida cotidiana

El enfoque fenomenológico en sociología busca comprender cómo las personas construyen y experimentan el mundo social desde su propia conciencia y experiencia cotidiana. Su punto de partida es la fenomenología filosófica desarrollada por Edmund Husserl, quien planteó que el conocimiento debe partir de la descripción de las cosas “tal como se presentan a la conciencia”, sin presupuestos teóricos ni juicios previos. En sociología, esta perspectiva fue retomada y desarrollada principalmente por Alfred Schutz, y posteriormente inspiró a autores como Peter L. Berger y Thomas Luckmann, quienes analizaron cómo la vida cotidiana constituye la base del orden social.

La fenomenología parte de una idea clave: la realidad social no existe como un objeto externo y fijo, sino como un mundo vivido, experimentado e interpretado por los sujetos. Cada persona actúa en el mundo basándose en significados que se han formado socialmente y que se actualizan en la experiencia. Schutz (1932) lo expresó con claridad: “El mundo de la vida cotidiana es la realidad por excelencia para el hombre común, el escenario en el que actúa, piensa y siente” (p. 41).

De la fenomenología filosófica a la sociología de la vida cotidiana

Edmund Husserl propuso el método fenomenológico como un retorno “a las cosas mismas”, es decir, al análisis directo de la experiencia. Para él, toda conciencia es intencional, siempre está dirigida hacia algo, y todo conocimiento implica una relación entre sujeto y objeto mediada por la interpretación. Su propuesta de “poner entre paréntesis” los supuestos del mundo (la *epoché*) permitió centrarse en cómo las cosas aparecen ante la conciencia, antes de toda explicación científica o teórica.

Alfred Schutz trasladó esta visión al ámbito sociológico. En *La construcción significativa del mundo social* (1932), afirmó que los fenómenos sociales solo pueden entenderse desde la perspectiva del actor: desde cómo los individuos atribuyen sentido a sus acciones y a las de los demás. La tarea del sociólogo, entonces, no es imponer categorías externas, sino reconstruir los significados subjetivos que orientan la vida social.

Schutz argumentó que la vida cotidiana está estructurada por un stock de conocimiento: un conjunto de saberes prácticos, rutinas, costumbres

y esquemas que las personas utilizan para desenvolverse sin necesidad de reflexionar constantemente. Este conocimiento de sentido común constituye el fundamento del orden social, pues permite la comunicación y la previsibilidad de las acciones.

La vida cotidiana como realidad intersubjetiva

Para la fenomenología, el mundo social es intersubjetivo: no pertenece a un solo individuo, sino que se comparte con otros a través de la comunicación y la interacción. Cada persona experimenta la realidad desde su punto de vista particular, pero gracias al lenguaje y a las prácticas comunes, esas experiencias se integran en un mundo compartido.

Schutz (1962) señaló que la vida cotidiana posee una estructura temporal y espacial específica: el “aquí y ahora” de la acción. Es el ámbito donde se enfrentan las urgencias prácticas, donde se toman decisiones, se interpretan gestos y se establecen expectativas. En este nivel se construye la confianza básica en el mundo social, una especie de “fe en la realidad” que nos permite actuar sin dudar de todo a cada instante.

El lenguaje juega un papel central en esta construcción intersubjetiva. A través de las palabras, los significados individuales se objetivan y se hacen accesibles a los demás. “El lenguaje es el depósito del conocimiento socialmente compartido”, escribió Schutz (1962, p. 78). De esta manera, la realidad cotidiana no es una mera suma de experiencias privadas, sino un universo simbólico construido colectivamente.

Tipificación, sentido común y mundo de la vida

Una de las contribuciones más importantes de Schutz es el concepto de tipificación. Las personas no interactúan con los demás como individuos únicos en cada momento, sino que utilizan categorías generales o “tipos” sociales que les permiten orientarse. Por ejemplo, tratamos con “el profesor”, “el médico” o “el cliente” sin conocer su historia personal; lo que guía la interacción son las expectativas sociales asociadas a esos roles. Estas tipificaciones simplifican la realidad, haciendo posible la coordinación social.

El conocimiento de sentido común —ese saber implícito que orienta nuestras acciones— constituye lo que Husserl y Schutz llamaron el mundo de la vida (*Lebenswelt*): el horizonte pre-reflexivo de experiencias donde los individuos se sienten en casa. Es el escenario donde las personas actúan con familiaridad, sin cuestionar las estructuras sociales que lo sostienen. Solo en situaciones de crisis o extrañamiento —como el encuentro con otra cultura o un cambio drástico en la rutina— el mundo de la vida se problematiza.

Berger y Luckmann (1966), influenciados por Schutz, desarrollaron esta idea en *La construcción social de la realidad*. Según ellos, la vida cotidiana es la “realidad primaria”, el espacio donde los individuos producen y reproducen el orden social mediante la interacción. El conocimiento cotidiano se institucionaliza a través del lenguaje y las costumbres, volviéndose objetivo y coercitivo. Así, el enfoque fenomenológico proporcionó la base teórica para la sociología del

conocimiento y para la comprensión del carácter construido de la realidad.

Implicaciones metodológicas y críticas

Metodológicamente, el enfoque fenomenológico invita a una sociología comprensiva, centrada en la descripción detallada de las experiencias y significados. Se opone a las explicaciones mecanicistas del positivismo, que reducen el comportamiento humano a causas externas. En lugar de buscar leyes universales, la fenomenología busca entender el sentido que los actores atribuyen a sus acciones en contextos específicos.

Esta perspectiva influyó en corrientes posteriores como la etnometodología (Harold Garfinkel) y la sociología de la vida cotidiana (Erving Goffman), que analizaron cómo las personas crean orden social mediante prácticas rutinarias. También inspiró estudios sobre identidad, lenguaje y cultura, al destacar la importancia de la experiencia subjetiva.

Las principales críticas al enfoque fenomenológico apuntan a su aparente falta de atención a las estructuras de poder y desigualdad. Al centrarse en la subjetividad, puede dejar en segundo plano las condiciones materiales que condicionan la experiencia. Sin embargo, su valor radica en haber recordado que la sociedad no es solo una estructura impersonal, sino un mundo vivido y sentido.

Vigencia del enfoque fenomenológico

El enfoque fenomenológico conserva una enorme vigencia en la sociología contemporánea. Su énfasis en la experiencia cotidiana y en la

construcción intersubjetiva del sentido ha sido retomado por investigaciones sobre la vida urbana, la educación, la identidad de género, la comunicación y las emociones. En un mundo donde las instituciones se perciben cada vez más lejanas, la fenomenología ofrece herramientas para comprender cómo los individuos siguen produciendo sentido y pertenencia en su vida diaria.

Como señala Giddens (1991), “la fenomenología devolvió a la sociología el reconocimiento de que las estructuras sociales no existen fuera de los actores, sino en las prácticas mediante las cuales los actores les dan vida” (p. 56).

CAPÍTULO V

5 TEORÍAS CONTEMPORÁNEAS Y NUEVOS ENFOQUES

5.1 Pierre Bourdieu: Habitus, campo y capital simbólico

Pierre Bourdieu (1930-2002) propuso un enfoque innovador para analizar la sociedad, integrando dimensiones estructurales, culturales y simbólicas. Su teoría ofrece herramientas para entender cómo las relaciones de poder y la desigualdad se reproducen a través de prácticas sociales aparentemente naturales.

5.1.1 *Habitus*

El habitus es un sistema de disposiciones duraderas y transferibles que orientan los pensamientos, percepciones y acciones de los individuos (Bourdieu, 1986). Estas disposiciones se forman a partir de la historia personal y colectiva, reflejando la posición social de cada individuo. Por ejemplo, los hábitos culturales, preferencias estéticas y estilos de comunicación no son elecciones aisladas, sino internalizaciones de la estructura social.

Características principales del habitus:

- Durabilidad: persiste a lo largo de la vida.
- Flexibilidad: permite adaptarse a nuevas situaciones sociales.
- Inconsciencia: los individuos actúan según disposiciones que no siempre reconocen.

5.1.2 *Campo*

El concepto de campo describe espacios sociales relativamente autónomos donde se desarrollan competencias y relaciones de poder (Bourdieu, 1990). Cada campo, como el educativo, artístico o político, tiene sus reglas, jerarquías y formas de capital valoradas. La posición de un actor dentro de un campo depende de la cantidad y tipo de capital que posee.

Ejemplo: en el campo educativo, los títulos académicos y las competencias culturales determinan la autoridad y el reconocimiento de los actores.

5.1.3 *Capital simbólico*

El capital simbólico se refiere a los recursos que un individuo acumula y que son reconocidos y valorados socialmente como prestigio, honor o legitimidad (Bourdieu, 1986). Puede derivarse del capital económico, cultural o social, pero su fuerza radica en la percepción y aceptación social.

Formas de capital según Bourdieu:

1. Capital económico: recursos financieros y materiales.
2. Capital cultural: conocimientos, habilidades y competencias culturales.
3. Capital social: redes de relaciones y contactos.

4. Capital simbólico: prestigio y reconocimiento que legitiman la autoridad de un actor.

Aplicación práctica: el capital simbólico explica cómo ciertos individuos o instituciones adquieren autoridad y legitimidad incluso en ausencia de poder económico directo.

5.1.4 Críticas y aportes

El enfoque de Bourdieu ha sido criticado por su aparente determinismo social y la dificultad de operacionalizar el habitus en estudios empíricos. Sin embargo, su teoría sigue siendo fundamental para analizar la reproducción social, la desigualdad y la intersección entre cultura y poder.

Aportes clave:

- Conecta la estructura social con las prácticas individuales.
- Proporciona un marco para estudiar la desigualdad cultural y educativa.
- Permite analizar fenómenos contemporáneos como la movilidad social, las redes digitales y la legitimación simbólica.

5.2 Anthony Giddens: Estructuración y reflexividad

Anthony Giddens (1938-) es uno de los sociólogos contemporáneos más influyentes, reconocido por su teoría de la estructuración, que busca superar la dicotomía tradicional entre estructura y acción. Su enfoque

permite comprender cómo los individuos y las instituciones se influyen mutuamente, generando procesos de continuidad y cambio social.

5.2.1 *Teoría de la estructuración*

La teoría de la estructuración sostiene que las estructuras sociales no son externas a los actores, sino que se producen y reproducen a través de sus prácticas cotidianas (Giddens, 1984). Esto implica que los individuos no solo están condicionados por las normas y reglas sociales, sino que también poseen la capacidad de transformarlas mediante sus acciones.

Elementos clave de la teoría:

- **Dualidad de la estructura:** las estructuras sociales son tanto medios como resultados de la acción humana.
- **Reglas y recursos:** las acciones dependen de normas culturales y de los recursos disponibles, que pueden ser materiales o simbólicos.
- **Agencia:** los individuos tienen capacidad de actuar y reflexionar sobre su comportamiento, aunque dentro de límites impuestos por la estructura.

5.2.2 *Reflexividad*

Giddens introduce el concepto de reflexividad para explicar cómo los actores sociales monitorean y ajustan sus acciones de manera continua, en función de la información que reciben del entorno y de las consecuencias de sus actos (Giddens, 1991). La reflexividad permite que

las personas evalúen sus estrategias y decisiones, promoviendo la adaptación y el cambio social.

Ejemplo: en la vida cotidiana, un estudiante ajusta sus hábitos de estudio según la retroalimentación que recibe de sus profesores, adaptando sus prácticas para mejorar su desempeño académico. Este proceso refleja la interacción constante entre agencia y estructura.

5.2.3 Aplicaciones contemporáneas

La teoría de Giddens ha sido ampliamente utilizada para analizar fenómenos de la modernidad, como la globalización, la digitalización y la individualización. Su enfoque permite estudiar cómo los cambios tecnológicos y sociales afectan tanto a las estructuras colectivas como a las decisiones individuales.

Ejemplo: las redes sociales son un campo donde la acción individual y la estructura se producen mutuamente. Los usuarios generan contenido que redefine normas de comunicación y cultura digital, mientras se ven influidos por algoritmos y tendencias preexistentes.

5.2.4 Críticas y aportes

Entre las críticas a Giddens se destaca que su enfoque puede subestimar la persistencia de desigualdades estructurales y los límites de la agencia individual. Sin embargo, su teoría sigue siendo un marco valioso para comprender la interdependencia entre acción y estructura, así como los procesos de transformación social.

Aportes clave:

- Integra estructura y agencia en un modelo dinámico.
- Explica cómo los individuos pueden modificar las estructuras sociales mediante prácticas reflexivas.
- Ofrece herramientas analíticas para estudiar la modernidad y los cambios sociales contemporáneos.

5.3 Michel Foucault: Poder, discurso y biopolítica

Michel Foucault (1926-1984) es uno de los pensadores contemporáneos más influyentes en la sociología y las ciencias sociales. Su obra se centra en la relación entre conocimiento y poder, y en cómo los discursos estructuran la realidad social y las relaciones entre los individuos y las instituciones.

5.3.1 *Poder y saber*

Foucault sostiene que el poder no se encuentra únicamente en instituciones formales, como el Estado, sino que está presente en todas las relaciones sociales y se manifiesta a través del conocimiento (Foucault, 1975). La relación entre poder y saber implica que aquello que se considera verdadero en una sociedad está siempre vinculado a relaciones de autoridad y control.

Ejemplo: en el sistema educativo, los criterios de evaluación y los contenidos curriculares no solo transmiten conocimientos, sino que también reproducen ciertas normas sociales y jerarquías culturales.

5.3.2 *Discurso*

El concepto de discurso se refiere a conjuntos de enunciados, prácticas y normas que determinan qué se puede decir, pensar y hacer en un contexto social determinado (Foucault, 1980). Los discursos definen la forma en que los individuos perciben la realidad y construyen su identidad dentro de la sociedad.

Ejemplo: los discursos médicos sobre la salud mental han configurado prácticas de diagnóstico y tratamiento, además de influir en la forma en que la sociedad percibe a las personas con trastornos psicológicos.

5.3.3 *Biopolítica*

Foucault introduce la noción de biopolítica para describir la forma en que los Estados modernos regulan la vida de las poblaciones mediante políticas, normas sanitarias, educativas y demográficas (Foucault, 1976). La biopolítica implica el control de los cuerpos y la gestión de la vida colectiva, con el objetivo de maximizar la eficiencia, la productividad y la seguridad social.

Ejemplo: las campañas de vacunación masiva o los programas de planificación familiar muestran cómo el poder estatal se ejerce sobre la vida biológica de las poblaciones.

5.3.4 *Críticas y aportes*

Foucault ha sido criticado por su aparente relativismo moral y la dificultad de aplicar sus conceptos a estudios empíricos tradicionales. Sin embargo, sus aportes son fundamentales para comprender la

relación entre conocimiento, poder y control social, y para analizar fenómenos contemporáneos como la vigilancia digital, la gestión sanitaria y la regulación de cuerpos y poblaciones.

Aportes clave:

- Permite estudiar cómo el poder se manifiesta en prácticas cotidianas y discursos.
- Introduce la perspectiva de biopolítica para analizar la gobernanza de poblaciones.
- Ofrece herramientas para comprender procesos de control social y legitimación de normas.

5.4 Zygmunt Bauman: Modernidad líquida y consumo

Zygmunt Bauman (1925-2017) es un sociólogo contemporáneo reconocido por su análisis de la modernidad y la transformación de las relaciones sociales en contextos caracterizados por la incertidumbre, la fluidez y el cambio constante. Su concepto de modernidad líquida describe la manera en que las instituciones, valores y vínculos humanos se vuelven cada vez más flexibles, inestables y transitorios.

5.4.1 Modernidad líquida

La modernidad líquida se refiere a la condición de la sociedad contemporánea, donde las estructuras rígidas y permanentes de la modernidad sólida se han debilitado (Bauman, 2000). En este contexto, las identidades, las relaciones personales y las carreras profesionales se

construyen y reconstruyen continuamente, generando incertidumbre y ansiedad en los individuos.

Ejemplo: la movilidad laboral y los contratos temporales reflejan la inestabilidad de las relaciones entre empleadores y trabajadores, característica de la modernidad líquida.

5.4.2 *Consumo y cultura*

Bauman sostiene que el consumo se ha convertido en una forma central de relación con la sociedad y de construcción de identidad (Bauman, 2007). Los individuos no solo consumen bienes materiales, sino también experiencias, estilos de vida y símbolos culturales, lo que refleja la lógica de la modernidad líquida, donde todo es temporal y desechable.

Ejemplo: la moda rápida y la constante renovación de productos tecnológicos muestran cómo los consumidores buscan mantenerse actualizados, generando ciclos de obsolescencia y deseo constante.

5.4.3 *Riesgos y precariedad*

La modernidad líquida genera riesgos individuales y colectivos, ya que la fluidez de las instituciones y normas provoca inseguridad y vulnerabilidad. Las relaciones interpersonales, los empleos y los proyectos de vida están sujetos a cambios imprevisibles, lo que afecta la estabilidad emocional y social de las personas.

Ejemplo: la inseguridad laboral y la necesidad de reinventarse profesionalmente en cortos períodos reflejan la precariedad que caracteriza a la sociedad contemporánea.

5.4.4 Críticas y aportes

Bauman ha sido criticado por enfatizar excesivamente la fragilidad y la incertidumbre, y por ofrecer propuestas limitadas para la acción social. Sin embargo, sus ideas aportan una comprensión profunda de los desafíos de la modernidad contemporánea, incluyendo la volatilidad de las relaciones humanas y la centralidad del consumo en la construcción de la identidad.

Aportes clave:

- Explica cómo los cambios sociales generan inseguridad y fluidez en la vida cotidiana.
- Analiza la relación entre consumo y construcción de identidad.
- Permite interpretar fenómenos contemporáneos como la precarización laboral, la cultura digital y las relaciones interpersonales efímeras.

5.5 Judith Butler: Performatividad e identidad

Judith Butler (1956-) es una teórica contemporánea cuyo trabajo ha sido fundamental en los estudios de género, sexualidad y teoría crítica. Butler propone que la identidad no es un atributo fijo o esencial de los individuos, sino que se construye socialmente a través de prácticas repetidas, lo que ella denomina performatividad.

5.5.1 *Performatividad*

La teoría de la performatividad sostiene que los géneros no son inherentemente naturales, sino que se constituyen mediante actos repetidos y normas sociales que establecen lo que se considera femenino o masculino (Butler, 1990). La identidad de género, por lo tanto, es un proceso dinámico y socialmente regulado, sujeto a interpretación y cambio.

Ejemplo: los roles de género en la educación y la familia se reproducen diariamente mediante la enseñanza de comportamientos esperados, como la manera de vestir, hablar o comportarse según el sexo asignado al nacer.

5.5.2 *Identidad y normatividad*

Butler enfatiza que la normatividad social establece límites sobre qué identidades son aceptables y cuáles son marginalizadas o sancionadas. Esto implica que las identidades están constantemente negociadas y en tensión con las normas culturales y legales de la sociedad.

Ejemplo: la discriminación hacia personas transgénero o no binarias refleja cómo las normas sociales regulan y limitan la expresión de identidades consideradas “no conformes”.

5.5.3 *Subversión y agencia*

Butler también analiza las posibilidades de resistencia y subversión frente a las normas sociales. La performatividad no solo reproduce las

normas, sino que puede ser utilizada para desafiarlas y crear nuevas formas de identidad, promoviendo transformaciones sociales.

Ejemplo: movimientos de activismo LGBTIQ+ utilizan estrategias culturales y simbólicas para cuestionar las normas de género y visibilizar identidades diversas, generando cambios en la percepción social y en políticas públicas.

5.5.4 Críticas y aportes

Entre las críticas a Butler se encuentran la complejidad y abstracción de su lenguaje, así como la dificultad de aplicar la teoría de manera empírica. No obstante, sus aportes son esenciales para comprender cómo las identidades son construcciones sociales, cómo se reproducen las desigualdades de género y cómo es posible la transformación social mediante la subversión de normas.

Aportes clave:

- Explica la construcción social de la identidad de género.
- Introduce la noción de performatividad como herramienta de análisis social.
- Permite analizar procesos de resistencia, visibilidad y transformación cultural y política.

5.6 Patricia Hill Collins: Conocimiento situado e interseccionalidad

Patricia Hill Collins (1948-) es una socióloga contemporánea destacada por sus aportes en los estudios sobre género, raza y clase social. Su trabajo se centra en cómo las relaciones de poder estructuran la experiencia social y en la importancia de reconocer perspectivas diversas para producir conocimiento crítico y emancipador.

5.6.1 *Conocimiento situado*

El concepto de conocimiento situado sostiene que todo conocimiento está condicionado por la posición social, cultural y histórica del sujeto que lo produce (Collins, 1990). Esto implica que las experiencias de grupos marginados aportan perspectivas únicas sobre la realidad social, que no pueden ser comprendidas plenamente desde posiciones dominantes.

Ejemplo: las experiencias de mujeres afrodescendientes ofrecen visiones del racismo y del sexismo que no se perciben desde posiciones sociales privilegiadas, y su análisis contribuye a un entendimiento más completo de la desigualdad.

5.6.2 *Interseccionalidad*

Collins amplía el concepto de interseccionalidad, desarrollado originalmente por Kimberlé Crenshaw, para explicar cómo las categorías de raza, género, clase y otras identidades se entrelazan y producen experiencias específicas de opresión y privilegio (Collins,

2000). La interseccionalidad permite analizar la complejidad de las desigualdades sociales y evita enfoques simplistas que consideren cada categoría de manera aislada.

Ejemplo: una mujer afroamericana de bajos ingresos enfrenta simultáneamente discriminación por su género, su raza y su posición económica, lo que requiere un análisis que contemple todas estas dimensiones de manera conjunta.

5.6.3 Aplicaciones contemporáneas

El enfoque de Collins ha sido utilizado para estudiar fenómenos como la discriminación laboral, la violencia de género, la educación inclusiva y las políticas públicas. Su perspectiva promueve la incorporación de voces históricamente marginadas en la construcción de conocimiento y en la toma de decisiones sociales y políticas.

Ejemplo: investigaciones sobre la brecha salarial entre mujeres de diferentes grupos étnicos y clases sociales muestran cómo la intersección de múltiples factores produce desigualdades específicas y persistentes.

5.6.4 Críticas y aportes

Entre las críticas se señala que la interseccionalidad puede ser compleja de operacionalizar en estudios empíricos y que su enfoque puede dificultar la generalización de resultados. No obstante, los aportes de Collins son fundamentales para comprender la relación entre conocimiento, poder y justicia social.

Aportes clave:

- Destaca la importancia del conocimiento situado para entender experiencias diversas.
- Proporciona un marco analítico para estudiar la intersección de múltiples formas de opresión.
- Permite diseñar políticas y estrategias más inclusivas y sensibles a la diversidad social.

5.7 Mark Fisher: Realismo capitalista y deseo postcapitalista

Mark Fisher (1968-2017) fue un teórico cultural y crítico social británico, cuyo trabajo se centra en la cultura contemporánea, el capitalismo y sus efectos en la subjetividad y la vida cotidiana. Fisher introduce la noción de realismo capitalista para describir la percepción de que no existe una alternativa viable al capitalismo, lo que influye en la política, la cultura y los deseos individuales.

5.7.1 *Realismo capitalista*

El realismo capitalista se refiere a la sensación de inevitabilidad del sistema capitalista, que genera resignación y limita la imaginación política y social (Fisher, 2009). Según Fisher, esta percepción se manifiesta en diversos ámbitos de la vida cotidiana, incluyendo la educación, el trabajo y la cultura popular, y contribuye a la aceptación pasiva de desigualdades y limitaciones estructurales.

Ejemplo: en los medios de comunicación, la narrativa de que “no hay alternativas” al mercado y al consumo perpetúa la sensación de que los problemas sociales no pueden ser abordados más allá de reformas superficiales.

5.7.2 *Deseo postcapitalista*

Fisher propone la idea de deseo postcapitalista como un anhelo de formas de vida y organización social que superen las limitaciones del capitalismo contemporáneo. Este concepto se relaciona con la creatividad, la innovación y la búsqueda de nuevas formas de interacción social y económica.

Ejemplo: movimientos de economía colaborativa, cooperativas y prácticas culturales alternativas muestran cómo los individuos exploran modos de vida más solidarios y sostenibles, resistiendo las lógicas del realismo capitalista.

5.7.3 *Aplicaciones contemporáneas*

El enfoque de Fisher se aplica al análisis de la cultura digital, la precarización laboral, la publicidad y los medios de comunicación, y permite comprender cómo las subjetividades se configuran bajo la lógica del capitalismo tardío. Su perspectiva invita a cuestionar las narrativas dominantes y explorar alternativas posibles para la acción social y política.

Ejemplo: plataformas de streaming y redes sociales moldean la percepción del éxito y el consumo, reforzando la sensación de inevitabilidad del sistema económico vigente.

5.7.4 Críticas y aportes

Entre las críticas se destaca que el enfoque de Fisher puede ser percibido como pesimista y centrado en la cultura occidental, con limitaciones para explicar dinámicas globales y contextos no occidentales. Sin embargo, sus aportes son significativos para analizar la relación entre capitalismo, cultura y subjetividad.

Aportes clave:

- Introduce el concepto de realismo capitalista para analizar la percepción de inevitabilidad del sistema.
- Propone el deseo postcapitalista como marco para imaginar alternativas sociales y culturales.
- Permite estudiar cómo las estructuras económicas influyen en la subjetividad y la cultura contemporánea.

CAPÍTULO VI

6 PERSPECTIVAS NO OCCIDENTALES Y DEL SUR GLOBAL

6.1 Orlando Fals Borda: Investigación acción participativa

El pensamiento de Orlando Fals Borda (1925–2008) representa un pilar fundamental en la sociología latinoamericana contemporánea, destacándose por su significativa contribución a la Investigación Acción Participativa (IAP) esta metodología establece una articulación entre la ciencia social y los procesos de emancipación popular en contraste con la tradición positivista y funcionalista que predominaba en la sociología del siglo XX, Fals Borda formuló un paradigma crítico, comprometido y transformador. Este enfoque se orienta a desarticular la dicotomía entre el sujeto investigador y el objeto investigado (Fals Borda, 1987).

La Investigación Acción Participativa (IAP) surgió como una respuesta ética y política ante la marginalización de los pueblos latinoamericanos en el ámbito de la producción del conocimiento el autor sostiene que “no se puede estudiar al pueblo sin el pueblo” (Borda & Rahman, 1991), lo que implica la necesidad de reconocer a las comunidades como coautoras en el proceso científico en este sentido dicho enfoque modificó la función del investigador, quien debía renunciar a la posición de observador neutral para asumir el papel de actor social integrado en la práctica colectiva (Torres, 2014). La investigación se redefine como una praxis dialéctica entre teoría y acción, en la cual la reflexión emerge de la experiencia compartida y se dirige hacia el cambio social.

Desde una perspectiva epistemológica, la Investigación-Acción Participativa (IAP) representa una modalidad de conocimiento que se caracteriza por su situacionalidad y contextualidad, en contraste con la universalidad abstracta que se asocia con la ciencia occidental (Smith, 2012). En este esenario, Fals Borda anticipó los debates contemporáneos relacionados con las epistemologías del Sur al argumentar que los saberes populares poseen un valor cognitivo intrínseco, más allá de su función meramente instrumental (Bonaventura 2010). Este reconocimiento conllevó una ruptura con el eurocentrismo académico y promovió la validación de los conocimientos vernáculos como fuentes legítimas para la comprensión social (Walsh, 2018).

Desde una perspectiva metodológica, la Investigación-Acción Participativa (IAP) integra el diagnóstico participativo, la recuperación de la memoria histórica y la acción colectiva como componentes interdependientes del proceso investigativo la participación trasciende la mera consulta o la recolección de datos, constituyendo un principio fundamental de co-producción de conocimiento (Kindon et al., 2007). Mediante la implementación de talleres, cartografías sociales, grupos de trabajo y proyectos comunitarios, las comunidades asumen un papel central en su propio proceso de investigación y transformación.

Fals Borda estableció una conexión entre la Investigación Acción Participativa (IAP) y un compromiso ético-político que trasciende los confines de la academia las ciencias sociales, según su perspectiva, debe “servir a los pueblos oprimidos y contribuir a su liberación” (Borda, 1986). La propuesta en cuestión se encuentra intrínsecamente vinculada a las luchas campesinas y a los movimientos sociales de América Latina,

los cuales representan tanto el contexto como la base de legitimidad de su epistemología. Este compromiso otorga a la Investigación-Acción Participativa (IAP) un carácter intrínsecamente democrático y emancipador, en el que el conocimiento se genera "con" los sujetos sociales en lugar de "sobre" ellos.

La obra de Orlando Fals Borda constituye una transformación metodológica y epistémica que reconfigura el significado de la sociología en el contexto latinoamericano su legado trasciende el ámbito académico y se manifiesta como una práctica social orientada hacia la justicia cognitiva y la transformación estructural de las desigualdades donde la Investigación Acción Participativa (IAP) se establece como un instrumento de poder popular y un paradigma alternativo, que sigue sirviendo de inspiración para proyectos de investigación orientados hacia la emancipación de los pueblos del Sur.

6.2 Aníbal Quijano: Colonialidad del poder

El pensamiento de Aníbal Quijano (1928–2018) constituye una de las contribuciones más significativas para la renovación epistemológica y crítica de las ciencias sociales en América Latina el concepto de colonialidad del poder se establece como una categoría analítica fundamental para el entendimiento de la continuidad de las jerarquías globales que se instauraron durante el proceso colonial y que se han perpetuado en la modernidad de acuerdo con Quijano (2000), la colonización estableció no solo un sistema económico capitalista, sino también una matriz de poder fundamentada en la racialización y la

jerarquización epistémica esta matriz organiza el trabajo, el conocimiento y la subjetividad en una escala global.

La colonialidad del poder se refiere a la manera en que el colonialismo histórico se configura dentro de las estructuras contemporáneas de dominación el fenómeno en cuestión trasciende las dimensiones políticas y económicas, constituyendo una lógica civilizatoria que legitima y naturaliza las desigualdades existentes entre el Norte y el Sur global, así como entre Europa y América Latina.

Esta lógica también se manifiesta en la dicotomía entre la razón occidental y las diversas formas alternativas de conocimiento (Maldonado & Torres, 2007). Esta lógica se fundamenta en la concepción de la modernidad como un proyecto universal, en el cual Occidente se posiciona como el agente del progreso y la racionalidad en contraposición, el resto del mundo es representado como su "otro" subalterno (Mignolo, 2011).

Según Quijano, esta estructura jerárquica clasifica no solo cuerpos y territorios, sino también conocimientos y formas de existencia la colonialidad del saber se expresa a través de la predominancia del conocimiento científico eurocentrado, el cual tiende a invisibilizar las epistemologías locales, indígenas y afrodescendientes (Lander, 2003). La descolonización epistemológica, por lo tanto, conlleva el reconocimiento de la pluralidad de racionalidades y la promoción de una "diversalidad" del conocimiento, en contraposición a una universalidad impuesta (Mignolo & Walsh, 2018).

La presente propuesta pone en tela de juicio las pretensiones de neutralidad científica y aboga por la necesidad de contextualizar la producción del conocimiento dentro de marcos históricos y culturales específicos la interrelación entre la colonialidad del poder, del saber y del ser establece un entramado complejo de dominación que permea tanto las estructuras materiales como las simbólicas (Quijano, 2007).

La noción de colonialidad del ser, elaborada por Maldonado-Torres (2007), expone cómo la deshumanización de los pueblos colonizados genera subjetividades subalternas, lo que resulta en la privación de amplios sectores del reconocimiento ontológico pleno la modernidad debe ser analizada en relación con su "lado oscuro", la colonialidad, la cual se presenta como una condición de posibilidad para su comprensión (Mignolo, 2011).

Desde una perspectiva sociológica, la contribución de Quijano va más allá del análisis histórico, proporcionando una crítica estructural del conocimiento social donde el enfoque propuesto permite una reinterpretación de las desigualdades globales, no como meros rezagos del pasado, sino como manifestaciones contemporáneas de una matriz colonial que persiste en la actualidad el presente marco teórico ha emergido como un elemento central en la articulación de las corrientes decoloniales en América Latina.

La influencia del pensamiento de Quijano se manifiesta en el trabajo de pensadores como Catherine Walsh, Walter Mignolo y Boaventura de Sousa Santos, quienes amplían este legado hacia conceptos como la justicia cognitiva y la interculturalidad crítica donde se desarrolla con

mayor énfasis el concepto de colonialidad del poder propuesta por Quijano representa una ruptura epistemológica con las teorías sociales de enfoque eurocéntrico, constituyendo así un fundamento para el desarrollo de una sociología contextualizada en el Sur.

La propuesta presentada aboga por la necesidad de reflexionar desde las realidades históricas y culturales propias, con el objetivo de dismantelar los paradigmas que perpetúan la dependencia intelectual de este modo, Quijano no solo lleva a cabo un proceso de decolonización de la historia, sino que también transforma el pensamiento, lo que permite el surgimiento de una sociología plural, crítica y liberadora.

6.3 Boaventura de Sousa Santos: Epistemologías del Sur

El sociólogo portugués Boaventura de Sousa Santos ha desarrollado una de las propuestas más significativas para la reconfiguración de las ciencias sociales contemporáneas, abordados desde una perspectiva plural, crítica y emancipadora el concepto de Epistemologías del Sur se establece como un marco teórico que denuncia las formas de epistemicidio, entendidas como la destrucción sistemática de los saberes no occidentales, generadas por el colonialismo, el capitalismo y el patriarcado modernos (de Sousa Santos, 2014).

El autor sostiene que la modernidad occidental estableció una monocultura del conocimiento científico, lo que resultó en la deslegitimación de otros modos de conocer, sentir y existir que no se alinean con sus criterios de racionalidad (De Sousa Santos, 2010).

Desde esta perspectiva crítica, las Epistemologías del Sur se proponen reconstruir la diversidad epistémica del mundo, reconociendo el valor cognitivo de los saberes indígenas, afrodescendientes, campesinos y populares (de Sousa Santos & Meneses, 2020). Este enfoque no tiene como objetivo sustituir la ciencia moderna, sino fomentar una ecología de saberes en la que diversas formas de conocimiento puedan interactuar en condiciones de igualdad la noción de ecología conlleva conceptos de interdependencia, reciprocidad y coexistencia, en contraposición a las jerarquías inherentes al pensamiento eurocéntrico.

La propuesta de de Sousa Santos se estructura en torno a tres conceptos fundamentales: la sociología de las ausencias, la sociología de las emergencias y la ecología de saberes la primera denuncia se refiere a la manera en que la ciencia moderna genera "ausencias" al considerar como inexistentes aquellos saberes que no se ajustan a sus criterios de validez (de Sousa Santos, 2009). La segunda perspectiva pone de manifiesto las alternativas que surgen de las luchas sociales en el Sur, reconociendo sus potencialidades transformadoras.

La ecología de saberes promueve un diálogo horizontal que facilita la traducción de conocimientos, evitando su reducción a una única forma de racionalidad (de Sousa Santos, 2018). Este marco epistemológico presenta implicaciones políticas significativas las Epistemologías del Sur, al reivindicar la pluralidad cognitiva, fomentan una concepción de justicia cognitiva que se encuentra intrínsecamente vinculada a la justicia social (Escobar, 2015).

De Sousa Santos argumenta que la existencia de jerarquías en el ámbito del conocimiento que excluyen a la mayoría de la humanidad de la producción de saberes impide la realización de una democracia global la descolonización del saber se establece como una condición necesaria para la transformación de las estructuras de poder y la construcción de sociedades más equitativas (Walsh, 2018).

En el ámbito de la sociología, esta propuesta sugiere una reconfiguración del canon disciplinar, trasladando el enfoque teórico desde el Norte hacia el Sur global el investigador transita de una posición de observador distante a la de mediador intercultural, asumiendo el rol de escucha, traducción y articulación de diversas racionalidades de este modo, la sociología se transforma de una ciencia universalista en una práctica plural, contextual y comprometida con las luchas de los pueblos subalternos (Santos, 2019).

Las Epistemologías del Sur proponen una alternativa civilizatoria al pensamiento hegemónico, fundamentada en principios de reciprocidad, reconocimiento y coexistencia entre diferentes formas de conocimiento. Este paradigma no solo pone en tela de juicio la desigualdad epistémica, sino que también plantea la posibilidad de una nueva modernidad democrática, fundamentada en el respeto a la diversidad cultural y cognitiva por lo tanto, Boaventura de Sousa Santos plantea, en última instancia, una sociología que se compromete con la emancipación de los pueblos, en la cual el conocimiento se concibe como un acto de justicia.

6.4 Raewyn Connell: Sociologías del Sur y conocimiento situado

El pensamiento de Raewyn Connell representa una de las aportaciones más significativas a la crítica de la hegemonía epistémica del Norte global en el ámbito de las ciencias sociales en su obra *Southern Theory* (2007), el autor realiza una revisión exhaustiva del canon sociológico, señalando que las teorías predominantes, desde Durkheim hasta Parsons, han sido elaboradas a partir de experiencias históricas y culturales europeas, las cuales se presentan erróneamente como universales.

Connell argumenta que esta asimetría epistémica no es un fenómeno fortuito, sino que forma parte del entramado de poder que se ha heredado del colonialismo y del capitalismo global (Connell, 2014). Desde esta perspectiva, la autora plantea una "sociología del Sur" que tiene como objetivo visibilizar los conocimientos, experiencias y teorías generadas en contextos históricamente subordinados.

Esta sociología se caracteriza no por una delimitación geográfica, sino por una definición epistémica, entendida como una modalidad de pensamiento que se origina en las realidades del Sur global con el propósito de analizar y comprender procesos sociales de carácter universal en este contexto, la "teoría del Sur" se presenta como un proyecto orientado hacia la descolonización del conocimiento sociológico, al desafiar la noción de que las teorías legítimas únicamente pueden emerger del Norte (Connell, 2007; Alatas, 2006).

La crítica de Connell se inserta en un debate más amplio acerca de la estructura global del conocimiento las universidades Latino Americanas, en numerosas ocasiones, replican sin un análisis crítico las

epistemologías predominantes mediante la implementación de currículos, metodologías y criterios de validación que son establecidos por instituciones académicas del Norte (Connell, 2019).

Esta dinámica perpetúa lo que Connell y Dados (2012) denominan "imperialismo intelectual", el cual transforma al Sur en un consumidor en lugar de un productor de teoría este fenómeno reproduce una jerarquía epistemológica que se asemeja a la colonialidad del saber, tal como fue descrita por Quijano (2000). Se establece, de este modo, un paralelismo entre la crítica sociológica y la teoría decolonial en el contexto latinoamericano.

Desde una perspectiva sociológica, la propuesta de Connell ofrece una reflexión estructural acerca del ámbito científico. Inspirada en parte en la obra de Bourdieu, se argumenta que las relaciones de poder entre el Norte y el Sur configuran un campo global del conocimiento, en el cual el capital simbólico se distribuye de manera desigual (Connell, 2007). La predominancia de las teorías del Norte representa un desafío que trasciende la mera circulación de ideas, abarcando también el control institucional de los mecanismos de legitimación académica.

Estos mecanismos, que incluyen revistas, indexaciones y universidades de prestigio, son determinantes en la definición de lo que se considera conocimiento válido (Connell, 2019). donde se propone una sociología situada y dialógica que permita reconocer las interdependencias globales sin la reproducción de jerarquías el conocimiento situado, según lo expuesto por Donna Haraway (1995), se define como aquel que

reconoce su contexto y sus limitaciones, evitando así las aspiraciones de una objetividad universal.

Desde esta perspectiva, la sociología del Sur no tiene como objetivo sustituir un canon por otro, sino más bien pluralizar los centros de enunciación y crear espacios que favorezcan la reciprocidad epistémica en el ámbito de la práctica sociológica, esta propuesta sugiere reconsiderar la investigación como un proceso de co-producción de conocimiento entre investigadores y comunidades, en consonancia con la tradición de la investigación-acción participativa establecida por Fals Borda (1987).

La sociología del Sur se configura como una disciplina de las ciencias sociales que se compromete con la justicia cognitiva y social, con el propósito de transformar las condiciones estructurales de desigualdad a nivel global finalmente los aporte de Raewyn Connell presenta un proyecto de reconstrucción epistemológica que reubica la teoría sociológica en el contexto real, al tiempo que reconoce la historicidad, la diversidad cultural y las experiencias de los grupos subalternos.

El planteamiento en cuestión trasciende la mera denuncia del eurocentrismo, proponiendo una reconfiguración de la sociología como una práctica inclusiva a nivel global en este escenario, el conocimiento se concibe no sólo como una herramienta analítica, sino también como un acto político de resistencia ante el monopolio epistémico del Norte.

6.5 Silvia Rivera Cusicanqui: Descolonización y pensamiento andino

La obra de Silvia Rivera Cusicanqui representa una de las manifestaciones más significativas y profundas del pensamiento descolonizador en el contexto latinoamericano contemporáneo la socióloga, activista e intelectual aymara, Rivera Cusicanqui, desarrolla una reflexión crítica sobre el conocimiento, el poder y la identidad desde la perspectiva de los Andes bolivianos.

Su propuesta de una epistemología situada cuestiona las jerarquías coloniales del saber y reivindica la autonomía de los saberes indígenas (Rivera Cusicanqui, 2010). Su pensamiento se sitúa dentro del marco de las epistemologías del Sur, aunque se caracteriza por su vinculación con la experiencia concreta de los pueblos originarios y por su oposición al academicismo hegemónico.

Uno de los conceptos más originales que se presenta es el de “ch’ixi”, un término aymara que se refiere a la coexistencia simultánea de elementos opuestos, tales como lo indígena y lo colonial, así como lo moderno y lo ancestral, sin que estos se fusionen ni se anulen entre sí esta categoría cuestiona la lógica binaria del pensamiento occidental y sugiere una concepción del mundo en la que las contradicciones no requieren resolución, sino que deben ser reconocidas como elementos constitutivos de la realidad social (Rivera Cusicanqui, 2018).

Desde una perspectiva sociológica, el concepto de ch’ixi constituye una alternativa teórica para el análisis de las identidades híbridas, las tensiones culturales y las prácticas de resistencia en contextos

postcoloniales (Walsh, 2018). Los aportes de Rivera Cusicanqui argumenta que la colonialidad del saber se manifiesta no únicamente en el ámbito del discurso científico, sino también en las prácticas cotidianas, en la corporeidad, en el lenguaje y en la memoria colectiva (Mignolo & Walsh, 2018).

La descolonización, en consecuencia, no puede ser considerada únicamente como un ejercicio teórico, sino que conlleva una transformación tanto práctica como existencial desde esta perspectiva, el conocimiento se genera no solo en el ámbito universitario o a través de la literatura, sino también en prácticas comunitarias como los tejidos, las mingas, las luchas colectivas y los rituales andinos este desplazamiento epistémico desafía la división moderna entre teoría y práctica, razón y espiritualidad, así como entre mente y cuerpo (Cusicanqui, 2010).

A diferencia de otros teóricos de la corriente decolonial, Rivera Cusicanqui adopta una posición crítica respecto a la excesiva institucionalización del discurso decolonial en la obra *Un mundo ch'ixi es posible* (2018), se señala que la academia enfrenta el riesgo de transformar la descolonización en una tendencia discursiva, lo que podría resultar en la pérdida de su potencial político la propuesta presentada aboga por una descolonización "desde abajo", la cual se encuentra relacionada con las luchas específicas de los pueblos y con la autonomía tanto epistemológica como territorial de las comunidades (Rivera Cusicanqui, 2018; Escobar, 2015).

Desde una perspectiva sociológica, el pensamiento de Rivera Cusicanqui propone una reconsideración de las modalidades de producción del conocimiento social se propone considerar a las comunidades no como meros objetos de estudio, sino como sujetos históricos que generan teoría este giro epistemológico establece una conexión con la tradición latinoamericana representada por Fals Borda (1987) y las propuestas de Boaventura de Sousa Santos (2018), quienes abogan por una ciencia que se compromete con la emancipación.

La autora presenta una perspectiva plurinacional y comunitaria de la sociología, la cual reconoce la interdependencia entre el conocimiento, el territorio y la vida.

El desarrollo de los conceptos de Silvia Rivera Cusicanqui representa una sociología insurgente que cuestiona tanto el eurocentrismo como el extractivismo en el ámbito académico el pensamiento andino no busca su universalización, sino que tiene como objetivo inspirar una comprensión alternativa de la realidad desde la perspectiva del Sur la descolonización, en su dimensión más profunda, implica la recuperación de la dignidad epistémica de los pueblos y la construcción de una ciencia social que establezca un diálogo con la tierra, la memoria y la comunidad.

6.6 Syed Hussein Alatas: Crítica a la sociología eurocéntrica

Syed Hussein Alatas (1928–2007) se presenta como una de las figuras más destacadas del pensamiento sociológico postcolonial del siglo XX la obra de Alatas constituye una crítica profunda al eurocentrismo en las ciencias sociales, con un enfoque particular en la sociología según

Alatas, esta disciplina ha estado dominada por marcos teóricos y categorías conceptuales desarrolladas en Europa y Estados Unidos, las cuales desatienden las realidades históricas, culturales y sociales del mundo no occidental (Alatas, 2006).

En este contexto, el pensamiento de la autora se alinea con el proyecto de descolonización del conocimiento, en consonancia con los postulados de Aníbal Quijano, Raewyn Connell y Boaventura de Sousa Santos un eje central de su crítica se presenta en la obra *The Myth of the Lazy Native* (1977), en la cual se desmantelan los discursos coloniales que contribuyeron a la construcción de la imagen del "nativo perezoso" en el Sudeste Asiático.

La representación construida por los administradores coloniales y los académicos occidentales desempeñó un papel fundamental en la justificación de la dominación imperial, así como en la legitimación del racismo y la explotación económica (Alatas, 1977). Mediante un análisis histórico y sociológico, Alatas evidencia la institucionalización de estas narrativas en el ámbito académico y en el pensamiento social contemporáneo, lo que ha dado lugar a una dependencia intelectual estructural.

Alatas se refiere a este fenómeno como "captividad intelectual", aludiendo a la tendencia de las élites del Sur global a reproducir, sin un análisis crítico, las teorías occidentales, incluso en aquellos casos en que estas no logran explicar de manera adecuada sus contextos (Alatas, 1974). La captividad se manifiesta en diversos aspectos de la enseñanza

universitaria, incluyendo la selección de bibliografía, las metodologías de investigación y las políticas científicas a nivel nacional.

Desde esta perspectiva, la liberación intelectual del Sur requiere la construcción de marcos teóricos que sean propios, fundamentados en la historia y en las necesidades específicas de las comunidades locales desde una perspectiva sociológica más amplia, Alatas sostiene que la hegemonía epistémica del Norte no solo distorsiona la comprensión del mundo social, sino que también perpetúa la desigualdad global en la producción del conocimiento (Connell, 2007).

Este dominio, fundamentado en las estructuras coloniales, ha establecido un orden cognitivo internacional en el cual el Sur se presenta como objeto de estudio en lugar de ser considerado un sujeto teórico en consecuencia, la sociología occidental ha tendido a universalizar categorías que emergen de su experiencia histórica, tales como modernización, desarrollo y secularización estas categorías han sido aplicadas a sociedades que operan bajo lógicas culturales distintas (Alatas, 2006; Alatas, 2014).

Alatas no aboga por un rechazo total a la sociología occidental, sino por su reformulación a través del diálogo y la contextualización el proyecto se orienta hacia el desarrollo de una "sociología autónoma del Sur", que tiene la capacidad de integrar contribuciones globales sin someterse a ellas en este contexto, su pensamiento prefigura las discusiones actuales sobre la ecología de saberes (de Sousa Santos, 2014) y las sociologías del Sur (Connell, 2014), al abogar por un espacio que promueva la pluralidad epistémica y la justicia cognitiva.

El legado de Syed Hussein Alatas propone una reflexión sobre la sociología como una disciplina que debe ser entendida en su contexto histórico y cultural en este sentido, se sugiere que la construcción teórica debe surgir de la interacción con los contextos locales la crítica al eurocentrismo se presenta no únicamente como un ejercicio académico, sino como un imperativo para la emancipación intelectual de los pueblos del Sur global.

Alatas propone una sociología que se caracteriza por su enfoque democrático, participativo y plural esta perspectiva busca reconocer la diversidad de experiencias humanas y, al mismo tiempo, desactivar los mecanismos de dominación epistémica que continúan estructurando el pensamiento social contemporáneo.

CAPÍTULO VII

7 CONCEPTOS FUNDAMENTALES PARA IMAGINAR LO SOCIAL

7.1 Hecho social y norma

El concepto de hecho social, desarrollado por Émile Durkheim (1895), hace referencia a fenómenos colectivos que existen independientemente de la conciencia individual, ejercen coerción sobre los miembros de la sociedad y se manifiestan de manera generalizada. Los hechos sociales comprenden creencias, valores, costumbres, leyes y normas, y constituyen el entramado que regula la vida social.

Las normas constituyen los instrumentos mediante los cuales se garantiza la cohesión social. Se distinguen en formales, cuando están codificadas como leyes, y en informales, cuando se expresan a través de costumbres y tradiciones. La comprensión de los hechos sociales y las normas permite identificar cómo la sociedad mantiene su orden, reproduce patrones de conducta y asegura la continuidad de sus estructuras culturales.

7.2 Socialización primaria y secundaria

La socialización constituye un proceso fundamental para la formación de la identidad y la integración del individuo en la sociedad. Se entiende como el mecanismo mediante el cual los individuos internalizan normas, valores, creencias, roles y prácticas culturales que permiten la participación efectiva en la vida social (Berger & Luckmann, 1966). La

socialización no es un proceso uniforme; se distingue principalmente en dos dimensiones: primaria y secundaria, cada una con funciones y alcances específicos.

7.2.1 *Socialización primaria*

La socialización primaria se desarrolla durante la infancia y se efectúa principalmente a través de la interacción con la familia y los cuidadores primarios. Este proceso es determinante en la construcción de la identidad inicial y en la adquisición de competencias básicas de interacción social. Durante esta etapa, el individuo aprende patrones de conducta, normas básicas de convivencia, lenguaje, valores morales y formas de comunicación que constituyen la base de su integración social (Durkheim, 1895). La socialización primaria es fundamental para la internalización de los valores culturales esenciales y para el desarrollo de la capacidad de asumir roles sociales posteriores.

7.2.2 *Socialización secundaria*

La socialización secundaria ocurre en contextos más amplios, como instituciones educativas, grupos de pares, organizaciones laborales y espacios comunitarios. Esta etapa permite al individuo adaptarse a nuevas situaciones, desempeñar roles específicos y cumplir con las expectativas de diferentes sistemas sociales. A diferencia de la socialización primaria, que establece la base identitaria, la secundaria se centra en la especialización de roles y la incorporación de competencias funcionales para la interacción en distintos ámbitos sociales (Berger & Luckmann, 1966; Giddens, 1984). Este proceso refleja la capacidad del

individuo para internalizar múltiples sistemas normativos y culturales y para ejercer agencia dentro de estructuras sociales diversas.

7.2.3 Interrelación entre socialización primaria y secundaria

La socialización primaria y secundaria se encuentran interrelacionadas. La primera proporciona los cimientos de la identidad, mientras que la segunda permite el ajuste y la integración del individuo en contextos sociales complejos. La eficacia de la socialización secundaria depende, en gran medida, de la solidez de la socialización primaria, dado que los valores y normas internalizados inicialmente constituyen el marco interpretativo que guía la adaptación a nuevos roles y normas sociales.

7.2.4 Relevancia sociológica

El estudio de la socialización es esencial para comprender cómo se reproducen y transforman los patrones culturales y las estructuras sociales. Analizar estos procesos permite explicar fenómenos como la transmisión intergeneracional de valores, la formación de identidades colectivas y la adaptación a cambios sociales, tecnológicos y culturales. Además, proporciona herramientas para identificar cómo diferentes contextos sociales, desigualdades y estructuras institucionales influyen en la construcción del comportamiento individual y colectivo.

7.3. Agencia y estructura

El análisis sociológico de la interacción humana requiere comprender la relación dialéctica entre agencia y estructura. La estructura se define como el conjunto de normas, instituciones, roles y patrones

organizativos que delimitan las posibilidades de acción de los individuos, constituyendo marcos preexistentes de organización social (Giddens, 1984). La agencia, por su parte, se refiere a la capacidad de los actores de actuar de manera deliberada, tomar decisiones y producir cambios dentro de esos marcos estructurales (Emirbayer & Mische, 1998).

7.2.5 *La estructura social*

La estructura social comprende tanto los elementos formales como informales que regulan la vida colectiva. Incluye normas legales, instituciones educativas y políticas, así como prácticas culturales y convenciones sociales. Estas estructuras no solo organizan la interacción cotidiana, sino que también reproducen desigualdades, jerarquías y relaciones de poder. Desde la perspectiva durkheimiana, las estructuras sociales ejercen coerción sobre los individuos y aseguran la continuidad de los patrones culturales y normativos (Durkheim, 1895).

7.2.6 *La agencia individual*

La agencia implica la capacidad reflexiva del individuo para evaluar las condiciones sociales, formular objetivos y ejecutar acciones intencionales. Los individuos no son meros receptores de estructuras preexistentes; mediante sus decisiones y acciones, pueden reproducir, modificar o transformar los marcos sociales en los que operan. La agencia se manifiesta en la capacidad de innovar, resistir normas injustas y generar alternativas frente a limitaciones estructurales (Giddens, 1984).

7.2.7 *La teoría de la estructuración*

Anthony Giddens (1984) propuso la teoría de la estructuración, que integra agencia y estructura como dimensiones interdependientes. Según este enfoque, la estructura y la acción humana se constituyen mutuamente: la acción de los individuos reproduce las normas y patrones existentes, pero también puede modificarlos, generando dinámicas de cambio social. Esta perspectiva permite superar dicotomías tradicionales entre determinismo estructural y voluntarismo individual, ofreciendo un marco analítico para comprender la continuidad y transformación social simultáneamente.

La relación entre agencia y estructura se evidencia en múltiples ámbitos sociales, como la educación, el trabajo, la política y la cultura. Por ejemplo, un estudiante puede adaptarse a las normas académicas (estructura) mientras desarrolla proyectos innovadores o cuestiona prácticas institucionales (agencia). De manera similar, en el ámbito laboral, los trabajadores pueden reproducir rutinas organizacionales, pero también introducir cambios en procesos, políticas o culturas organizacionales. Analizar esta interacción permite comprender cómo se generan cambios sociales, cómo se perpetúan desigualdades y cómo los individuos pueden influir en la transformación de su entorno.

7.4. *Instituciones sociales (familia, educación, religión, economía, política)*

Las instituciones sociales constituyen estructuras organizadas y duraderas que regulan la conducta humana y facilitan la reproducción de la sociedad. Funcionan como mecanismos de estabilidad y cohesión

social, estableciendo expectativas y normas que guían la interacción colectiva (Durkheim, 1895; Giddens, 1984). Las instituciones no solo organizan la vida social, sino que también reflejan relaciones de poder, valores culturales y jerarquías de la sociedad.

7.2.8 Familia

La familia se considera la institución primaria de socialización, en la cual se transmiten valores, normas, roles y comportamientos fundamentales para la integración social. Además de su función reproductiva, la familia cumple funciones económicas, educativas y afectivas, moldeando la identidad y las relaciones interpersonales de los individuos (Parsons & Bales, 1955). La estructura familiar y sus formas de organización varían según contextos culturales, económicos y legales, reflejando la diversidad social y los cambios históricos.

7.2.9 Educación

La educación formal constituye una institución clave para la transmisión de conocimientos, habilidades y valores socialmente aceptados. Las escuelas y universidades no solo proporcionan formación académica, sino que también socializan a los individuos en normas de comportamiento, ética, disciplina y ciudadanía. Además, la educación contribuye a la reproducción de desigualdades sociales mediante el acceso diferencial a recursos, oportunidades y capital cultural (Bourdieu & Passeron, 1977).

7.2.10 Religión

La religión funciona como una institución que regula la conducta, proporciona sentido y cohesiona grupos sociales a través de creencias, rituales y normas morales compartidas. Según Durkheim (1912), la religión contribuye a la solidaridad social y al mantenimiento del orden colectivo, sirviendo también como marco interpretativo de experiencias individuales y sociales. La religión puede, al mismo tiempo, legitimar estructuras de poder y ofrecer espacios de resistencia cultural.

7.2.11 Economía

La economía como institución regula la producción, distribución y consumo de bienes y servicios. Las estructuras económicas determinan las relaciones de propiedad, empleo y acceso a recursos materiales, configurando la estratificación social y las oportunidades de movilidad (Polanyi, 1944). Las prácticas económicas están mediadas por normas legales, políticas y culturales que condicionan la interacción de los actores en los mercados y en la vida social en general.

7.2.12 Política

La política se entiende como la institución encargada de la toma de decisiones colectivas, la organización del poder y la regulación de conflictos sociales. Los sistemas políticos, partidos, gobiernos y legislaciones estructuran las relaciones de autoridad, participación y control social, influenciando la distribución de recursos y oportunidades (Weber, 1922/1978). La política también interactúa con otras

instituciones sociales, determinando el marco normativo y las posibilidades de acción individual y colectiva.

El estudio de las instituciones sociales permite comprender cómo la sociedad organiza la vida colectiva, reproduce valores culturales y distribuye poder y recursos. Cada institución cumple funciones específicas, pero todas están interrelacionadas y contribuyen a la cohesión, estabilidad y transformación social. La comprensión de estas instituciones es esencial para analizar procesos de cambio social, desigualdad y adaptación cultural.

7.3 Cultura, valores, normas y sanciones

La cultura constituye el conjunto de conocimientos, creencias, costumbres, normas, valores, símbolos y prácticas que caracterizan a una sociedad y guían la conducta de sus miembros (Geertz, 1973). Es un fenómeno social que se transmite de generación en generación, estructurando la percepción del mundo, la interacción social y la organización de la vida colectiva.

7.3.1 Valores

Los valores son principios o criterios compartidos que orientan la acción y el juicio moral de los individuos dentro de un grupo social. Funcionan como referentes que determinan lo que se considera deseable, correcto o legítimo, y sirven para establecer prioridades y resolver conflictos (Rokeach, 1973). Los valores influyen en la creación de normas y constituyen la base de la cohesión social, contribuyendo a la estabilidad y continuidad cultural.

7.3.2 Normas

Las normas son reglas de comportamiento explícitas o implícitas que regulan las relaciones sociales y aseguran la previsibilidad en la interacción. Se clasifican generalmente en formales, codificadas en leyes y reglamentos, e informales, transmitidas mediante costumbres y convenciones sociales (Durkheim, 1895). Las normas establecen límites, derechos y responsabilidades dentro de la sociedad y guían la conducta individual y colectiva.

7.3.3 Sanciones

Las sanciones constituyen los mecanismos mediante los cuales se refuerzan las normas y se asegura su cumplimiento. Pueden ser positivas, como reconocimientos o recompensas, o negativas, como castigos, reproches o exclusión social. El sistema de sanciones contribuye a la estabilidad social, ya que refuerza los comportamientos deseables y desalienta conductas que contravienen los valores y normas aceptadas (Parsons, 1951).

7.3.4 Interrelación entre cultura, valores, normas y sanciones

Los elementos culturales, los valores, las normas y las sanciones conforman un sistema integrado que organiza la vida social. Los valores proporcionan los criterios para evaluar la conducta, las normas regulan comportamientos específicos y las sanciones aseguran su cumplimiento. Este entramado permite a la sociedad mantener cohesión, regular conflictos y adaptarse a cambios históricos y sociales (Geertz, 1973; Durkheim, 1895).

7.4 Identidad, rol y estatus

El análisis sociológico de la interacción social requiere comprender cómo los individuos se perciben a sí mismos y cómo son percibidos por los demás, así como las posiciones que ocupan en la estructura social. Los conceptos de identidad, rol y estatus permiten explicar estas dinámicas.

7.4.1 Identidad

La identidad se refiere al conjunto de características, atributos, creencias y valores que definen a un individuo o a un grupo dentro de un contexto social determinado (Mead, 1934; Giddens, 1991). La identidad no es estática; se construye y negocia continuamente a través de la interacción social, los procesos de socialización y la internalización de normas y valores culturales. Además, incluye dimensiones personales y colectivas, como la identidad de género, étnica, profesional y nacional, que influyen en la percepción de sí mismo y en la relación con otros.

7.4.2 Rol

El rol social se entiende como el conjunto de expectativas, derechos y obligaciones asociados a una posición específica dentro de la estructura social (Parsons, 1951). Los roles proporcionan pautas de comportamiento que facilitan la coordinación y la previsibilidad en las relaciones sociales. Cada individuo puede desempeñar múltiples roles simultáneamente, y el cumplimiento o conflicto entre ellos condiciona la dinámica de interacción y la cohesión social.

7.4.3 *Estatus*

El estatus se refiere a la posición jerárquica que un individuo ocupa en un sistema social determinado (Weber, 1922/1978). Esta posición puede ser asignada (estatus comocriptado por nacimiento, género o etnia) o alcanzada (estatus obtenido a través de logros personales, educativos o profesionales). El estatus influye en la distribución de poder, prestigio y acceso a recursos, y se manifiesta en expectativas sociales específicas relacionadas con la conducta y la interacción del individuo.

7.4.4 *Interrelación entre identidad, rol y estatus*

La identidad, los roles y el estatus están estrechamente vinculados: la identidad del individuo se desarrolla y se afirma a través del desempeño de roles, y estos roles están condicionados por el estatus que ocupa en la estructura social. Comprender estas relaciones permite analizar cómo los individuos negocian su posición en la sociedad, cómo reproducen patrones culturales y cómo responden a expectativas sociales diversas.

7.5 *Ideología y hegemonía*

Las ideas, creencias y sistemas de valores implica comprender cómo se estructuran y reproducen las concepciones del mundo que legitiman relaciones de poder y desigualdad. En este sentido, los conceptos de ideología y hegemonía permiten explicar cómo las estructuras sociales influyen en la percepción y el comportamiento de los individuos.

7.5.1 *Ideología*

La ideología se define como un conjunto coherente de creencias, valores, ideas y representaciones que orientan la acción social y justifican determinados intereses dentro de una sociedad (Althusser, 1971). Las ideologías funcionan como sistemas de significados que moldean la percepción de la realidad, legitiman estructuras de poder y contribuyen a la reproducción de normas y valores culturales. No son neutrales, sino que reflejan relaciones de dominación y conflicto entre distintos grupos sociales.

Ejemplo: la ideología meritocrática puede naturalizar desigualdades económicas al presentar el éxito individual como resultado exclusivo del esfuerzo personal, ignorando factores estructurales de acceso y oportunidades.

7.5.2 *Hegemonía*

La hegemonía, según Gramsci (1971), se refiere a la capacidad de un grupo social dominante para lograr consenso cultural y político que legitime su poder, no solo mediante la coerción, sino también a través de la aceptación y reproducción de sus valores e ideas por parte de los subordinados. La hegemonía implica que las creencias de los grupos dominantes se perciban como universales, naturales o inevitables, asegurando la estabilidad social y la continuidad de las relaciones de poder.

El concepto de hegemonía permite comprender cómo los procesos culturales y simbólicos, como la educación, los medios de comunicación

y la producción cultural, influyen en la legitimación del poder y la reproducción de estructuras sociales.

Ideología y hegemonía están estrechamente relacionadas: mientras la ideología ofrece el contenido de creencias y valores que justifican intereses específicos, la hegemonía describe el proceso mediante el cual estos valores se institucionalizan y se aceptan como legítimos por la mayoría social. La combinación de ambos conceptos permite analizar cómo se reproducen las desigualdades, cómo se construye consenso y cómo los grupos dominantes mantienen su posición en la sociedad.

El estudio de la ideología y la hegemonía es esencial para comprender la dinámica del poder, la reproducción social y los procesos de cambio cultural. Permite identificar los mecanismos de legitimación de desigualdades, los conflictos entre intereses sociales y las estrategias mediante las cuales los grupos subordinados pueden cuestionar y transformar estructuras de poder. Analizar estos conceptos es clave para interpretar fenómenos políticos, mediáticos, educativos y culturales en contextos contemporáneos.

7.6 Globalización y cambio social

La globalización se entiende como un proceso multidimensional que integra economías, sociedades, culturas y políticas a nivel mundial, generando interdependencias complejas entre actores locales, nacionales e internacionales (Appadurai, 1996; Giddens, 1990). Este fenómeno no solo implica la circulación de bienes, servicios y capitales, sino también de información, ideas, tecnologías y prácticas culturales,

transformando la estructura y la dinámica de las sociedades contemporáneas.

7.6.1 *Globalización económica, cultural y política*

La globalización económica se manifiesta en la expansión de mercados, la liberalización del comercio y la interconexión de sistemas financieros. Estas transformaciones afectan la distribución de recursos y oportunidades, generando tanto integración como desigualdad entre distintos territorios y grupos sociales (Sassen, 2001).

La globalización cultural implica la circulación y hibridación de símbolos, valores, estilos de vida y medios de comunicación. Este proceso produce fenómenos de homogeneización cultural, como la difusión de marcas globales, y simultáneamente, procesos de resistencia y reafirmación cultural local (Tomlinson, 1999; Appadurai, 1996).

La globalización política se refleja en la creación de organismos internacionales, tratados multilaterales y sistemas de gobernanza transnacional que influyen en la toma de decisiones nacionales y locales, reconfigurando las relaciones de poder y soberanía (Held et al., 1999).

7.6.2 *Cambio social*

El cambio social se refiere a las transformaciones significativas en las estructuras, instituciones, normas, valores y prácticas culturales de una sociedad a lo largo del tiempo. La globalización actúa como un motor de cambio social, acelerando procesos de innovación tecnológica, reorganización económica, movilidad poblacional y transformación

cultural (Beck, 2000). Estos cambios generan efectos complejos: por un lado, ofrecen oportunidades de desarrollo, conectividad y acceso a recursos; por otro, pueden profundizar desigualdades, conflictos y tensiones culturales.

La globalización y el cambio social están interrelacionados en la medida en que la expansión de redes transnacionales, flujos de información y mercados globales influye en la organización interna de las sociedades. Los individuos y grupos sociales deben adaptarse a nuevas estructuras económicas, políticas y culturales, mientras que las sociedades locales negocian, resisten o incorporan estos cambios. Este proceso evidencia la tensión entre continuidad y transformación social, así como la capacidad de agencia frente a estructuras globales (Giddens, 1990; Beck, 2000).

BIBLIOGRAFÍA

Alatas, S. F. (2014). *Applying Ibn Khaldun: The recovery of a lost tradition in sociology*. Routledge.

Alatas, S. H. (1974). The captive mind and creative development. *International Social Science Journal*, 26(4), 691–700.

Alatas, S. H. (1977). *The myth of the lazy native: A study of the image of the Malays, Filipinos and Javanese from the 16th to the 20th century and its function in the ideology of colonial capitalism*. Frank Cass.

Alatas, S. H. (2006). *Alternative discourses in Asian social science: Responses to Eurocentrism*. SAGE.

Connell, R. (2007). *Southern theory: The global dynamics of knowledge in social science*. Polity Press.

Connell, R. (2014). Using southern theory: Decolonizing social thought in theory, research and application. *Planning Theory*, 13(2), 210–223.

Connell, R. (2019). *The good university: What universities actually do and why it's time for radical change*. Zed Books.

Connell, R., & Dados, N. (2012). Where in the world does neoliberalism come from? *Theory and Society*, 41(5), 435–447.

Cusicanqui, S. R. (2010). *Ch'ixinakax utxiwa: Una reflexión sobre prácticas y discursos descolonizadores*. Tinta Limón.

Cusicanqui, S. R. (2015). *Sociología de la imagen: Miradas ch'ixi desde la historia andina*. Tinta Limón.

Cusicanqui, S. R. (2018). *Un mundo ch'ixi es posible: Ensayos desde un presente en crisis*. Tinta Limón.

de Sousa Santos, B. (2009). *Una epistemología del Sur: La reinención del conocimiento y la emancipación social*. Siglo XXI.

de Sousa Santos, B. (2010). *Refundación del Estado en América Latina: Perspectivas desde una epistemología del Sur*. Siglo XXI.

de Sousa Santos, B. (2014). *Epistemologies of the South: Justice against epistemicide*. Routledge.

de Sousa Santos, B. (2018). *The end of the cognitive empire: The coming of age of epistemologies of the South*. Duke University Press.

de Sousa Santos, B., & Meneses, M. P. (Eds.). (2020). *Knowledges born in the struggle: Constructing the epistemologies of the Global South*. Routledge.

Escobar, A. (2015). *Territories of difference: Place, movements, life, redes*. Duke University Press.

Fals Borda, O. (1986). *Conocimiento y poder popular: Lecciones con campesinos de Nicaragua, México y Colombia*. Siglo XXI.

Fals Borda, O. (1987). *La ciencia y el pueblo: Nueva reflexión sobre la investigación-acción*. Siglo XXI.

Fals Borda, O., & Rahman, M. A. (Eds.). (1991). *Action and knowledge: Breaking the monopoly with participatory action-research*. Apex Press.

Haraway, D. (1995). Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of partial perspective. *Feminist Studies*, 14(3), 575–599.

Kindon, S., Pain, R., & Kesby, M. (2007). *Participatory action research approaches and methods: Connecting people, participation and place*. Routledge.

Lander, E. (Ed.). (2003). *La colonialidad del saber: Eurocentrismo y ciencias sociales. Perspectivas latinoamericanas*. CLACSO.

Maldonado-Torres, N. (2007). On the colonality of being: Contributions to the development of a concept. *Cultural Studies*, 21(2–3), 240–270.

Mignolo, W. (2011). *The darker side of Western modernity: Global futures, decolonial options*. Duke University Press.

Mignolo, W., & Walsh, C. (2018). *On decoloniality: Concepts, analytics, praxis*. Duke University Press.

Quijano, A. (2000). Coloniality of power and Eurocentrism in Latin America. *International Sociology*, 15(2), 215–232.

Quijano, A. (2007). Coloniality and modernity/rationality. *Cultural Studies*, 21(2–3), 168–178.

Santos, B. de S. (2019). The rise of the Global South: The epistemological challenge to global social sciences. *Current Sociology*, 67(6), 831–850.

Smith, L. T. (2012). *Decolonizing methodologies: Research and indigenous peoples*. Zed Books.

Spivak, G. C. (2008). *Can the subaltern speak?* Columbia University Press.

Torres, A. (2014). Investigación acción participativa: Una alternativa metodológica en ciencias sociales. *Revista Colombiana de Sociología*, 37(2), 93–112.

Tlostanova, M., & Mignolo, W. (2012). *Learning to unlearn: Decolonial reflections from Eurasia and the Americas*. Ohio State University Press.

Walsh, C. (2018). *Interculturalidad, Estado, sociedad: Luchas (de)coloniales de nuestra época*. Abya-Yala.

Walsh, C., & Mignolo, W. (2019). *On decoloniality: Concepts, analytics, praxis*. Duke University Press.

Althusser, L. (1971). *Lenin and philosophy and other essays*. Monthly Review Press.

Appadurai, A. (1996). *Modernity at large: Cultural dimensions of globalization*. University of Minnesota Press.

Beck, U. (2000). *What is globalization?* Polity Press.

Berger, P., & Luckmann, T. (1966). *The social construction of reality: A treatise in the sociology of knowledge*. Anchor Books.

Bourdieu, P., & Passeron, J.-C. (1977). *Reproduction in education, society and culture*. Sage.

Durkheim, É. (1895). *Les règles de la méthode sociologique*. Alcan.

Durkheim, É. (1912). *Les formes élémentaires de la vie religieuse*. Alcan.

Emirbayer, M., & Mische, A. (1998). What is agency? *American Journal of Sociology*, 103(4), 962–1023.
<https://doi.org/10.1086/231294>

Geertz, C. (1973). *The interpretation of cultures: Selected essays*. Basic Books.

Giddens, A. (1984). *The constitution of society: Outline of the theory of structuration*. University of California Press.

Giddens, A. (1990). *The consequences of modernity*. Stanford University Press.

Giddens, A. (1991). *Modernity and self-identity: Self and society in the late modern age*. Stanford University Press.

Gramsci, A. (1971). *Selections from the prison notebooks* (Q. Hoare & G. Nowell Smith, Eds. & Trans.). International Publishers.

Held, D., McGrew, A., Goldblatt, D., & Perraton, J. (1999). *Global transformations: Politics, economics and culture*. Stanford University Press.

Mead, G. H. (1934). *Mind, self and society*. University of Chicago Press.

Parsons, T. (1951). *The social system*. Free Press.

Parsons, T., & Bales, R. F. (1955). *Family, socialization and interaction process*. Free Press.

Polanyi, K. (1944). *The great transformation: The political and economic origins of our time*. Beacon Press.

Rokeach, M. (1973). *The nature of human values*. Free Press.

Sassen, S. (2001). *The global city: New York, London, Tokyo* (2nd ed.). Princeton University Press.

Tomlinson, J. (1999). *Globalization and culture*. University of Chicago Press.

Weber, M. (1978). *Economy and society: An outline of interpretive sociology* (G. Roth & C. Wittich, Eds.). University of California Press. (Original work published 1922).



Las raíces del mundo social: teorías que explican la sociedad, se publicó en el mes de diciembre de 2025.

ISBN:

978-9907-0-0564-6

**Grupo Editorial BLR
Ecuador
Cel: +593 98 320 4362
[https://grupoblir.com/
publicaciones@grupoblir.com](https://grupoblir.com/publicaciones@grupoblir.com)**

BIOGRAFÍA DE LOS AUTORES

Rommel Sebastián Coba Torres:

Es sociólogo y magíster en Estudios Latinoamericanos. Docente de la Universidad Estatal de Bolívar, Ecuador, ha investigado fenómenos sociales como protestas y conflictos históricos.

Fernando Fredi Rea García:

Licenciado en Sociología por la Universidad Estatal de Bolívar, Magíster en Gobierno y Gestión Local por la Universidad Autónoma del Estado de Hidalgo y candidato a Doctor (Ph.D.) en Políticas Públicas por la Universidad Estatal Politécnica del Carchi, especializado en análisis sociopolítico y gestión pública.

Gabriela Fernanda Ocampo Valle:

Es licenciada en Sociología y máster en Intervención Social, cuenta con nueve años de experiencia docente en secundaria y universidad. Ha impartido cátedras en sociología, historia, filosofía y proyectos sociales. Autora de artículos y libros académicos, ponente internacional y capacitada en innovación pedagógica y ciencias sociales.

Sheila Janet Rangel Gómez:

Docente de la Carrera de Sociología y coordinadora de la Maestría en Sociología en la Universidad Estatal de Bolívar. Especialista en género, es autora de publicaciones en revistas de alto impacto. Actualmente cursa el doctorado en Gobierno y Gestión Pública.

LAS RAÍCES DEL MUNDO SOCIAL: TEORÍAS QUE EXPLICAN LA SOCIEDAD

Estimado lector, Más allá de la teoría abstracta, este libro destaca la importancia de la "imaginación sociológica" propuesta por C. Wright Mills, la cual permite a los individuos conectar sus experiencias biográficas personales con las grandes estructuras históricas y sociales. Los autores argumentan que problemas que parecen ser meramente individuales, como el desempleo o la precariedad, son en realidad reflejos de disfunciones estructurales que requieren una mirada crítica para ser comprendidos en su totalidad.

La obra dedica una atención especial a la sociología de la vida cotidiana, sosteniendo que lo que consideramos "natural" o "sentido común" es, de hecho, un producto de la interacción social y la construcción de significados compartidos. A través de conceptos como el habitus de Bourdieu y la socialización primaria y secundaria de Berger y Luckmann, se explica cómo los seres humanos internalizamos las normas y valores de nuestro entorno desde la infancia. Finalmente, el libro enfatiza que la sociología tiene una vocación ética y emancipadora; su propósito no es solo describir el mundo, sino desnaturalizar las desigualdades y proporcionar herramientas para la mejora de la realidad contemporánea. Agradecemos a todos los lectores que se acercan a esta obra con ánimo de aprender, aplicar y transformar.



UEB
UNIVERSIDAD
ESTATAL DE BOLIVAR

Grupo Editorial BLR
Ecuador
Cel: +593 98 320 4362
[https://grupobl.com/
publicaciones@grupobl.com](https://grupobl.com/publicaciones@grupobl.com)

ISBN: 978-9907-0-0564-6



9 789907 005646